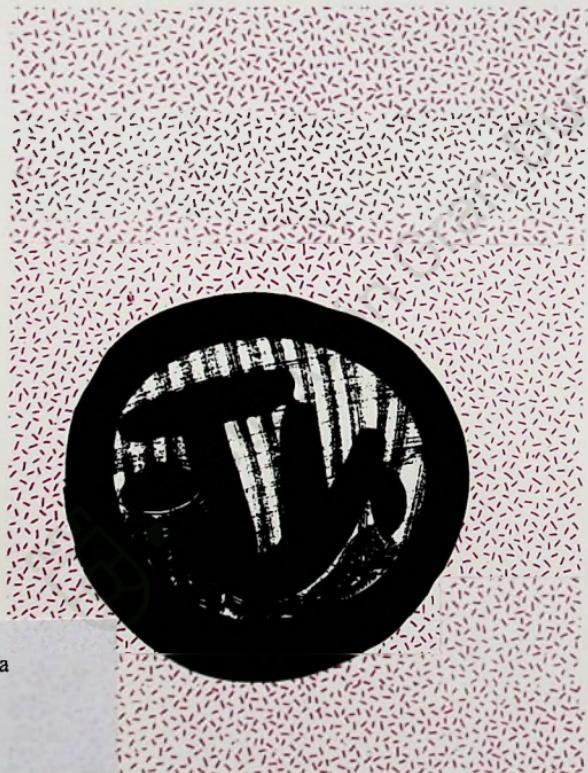


Eugenio González Martín • Javier Aroca García • Iván Escobar Cuesta • Marcos Antonio
Hierro Menéndez • Carlos T. Beltrán Castañón • Alberto Sánchez Moreno • Jesús Barroso
Fernández • Teresa Núñez González • Andrés Carballo Expósito • Milagros Gil Lázaro

PREMIOS NACIONALES DE NARRATIVA DE LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA DE ÁVILA (1994 - 1997)



Los Premios Nacionales de Narrativa que la Asociación de la Prensa de Ávila ha concedido en el período de 1994-1997 son el mejor ejemplo de lo que una asociación ha sido capaz de realizar dentro de su tarea de difusión de la cultura.

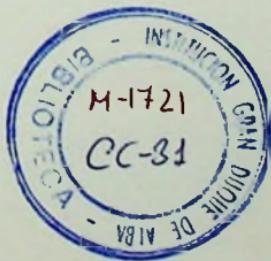
Este volumen reúne los premios y, en alguna ocasión, la mención de honor que han merecido los escritores universitarios, en sus primeras convocatorias, y otros creadores de ámbito nacional en las últimas.

Es difícil conseguir un conjunto de relatos de calidad que tengan como tema a Ávila, en la más amplia extensión de la palabra, y que ese ramillete de trabajos sean una muestra de inequívoca belleza, un retablo de historias donde el nombre de nuestra ciudad, su paisaje y sus gentes, ocupen un lugar destacado.

He aquí el resultado de una labor lenta y constante, del empeño de que la literatura sirva de vehículo expresivo para que nuestra identidad como abulenses sea, a su vez, el impulso de escritores que hacen de Ávila y de la narración el motor de sus creaciones literarias.

J.M. Muñoz Quirós

CDU 821.134.2-32



Asociación de la Prensa de Ávila

PREMIOS NACIONALES DE NARRATIVA 1994-1997

Autores

Eugenio González Martín
Javier Aroca García
Iván Escobar Cuesta
Marcos Antonio Hierro Menéndez
Carlos T. Beltrán Castaño

Alberto Sánchez Moreno
Jesús Barroso Fernández
Teresa Nuñez González
Andrés Carballo Expósito
Milagros Gil Lázaro

ILUSTRACIONES:

- Miguel A. Pastor, página 9
José Luis Serna (PPT), página 19
E. López Berrón, página 39
Marcelo Guadaño, página 55
Ángel Sardina, página 77
Díaz Castilla, página 89
Ricardo Sánchez, página 111
Carmelo San Segundo, página 127
Fernando Sánchez López, página 139
Arturo Martínez, página 153

CONSEJO DE REDACCIÓN:

- Carmelo Luis López (Director)**
Tomás Sobrino Chomón (Subdirector)
Jacinto Herrero Esteban
José M." Muñoz Quirós
Luis Garcinuño González (Secretario)

I.S.B.N.: 84-89518-38-6

Depósito Legal: AV-161-1998

Imprime: IMCODÁVILA, S.A.

Ctra. de Valladolid, Km. 0,800
05004 Ávila

La Asociación de la Prensa de Ávila, que ya tiene a sus espaldas una larga vida de fecunda actividad, viene promoviendo un concurso literario al que convoca a los jóvenes universitarios y a todas aquellas personas que sienten el impulso narrativo. El lector tiene en sus manos los textos galardonados en los últimos cuatro años.

El grado de desarrollo de la cultura de una sociedad bien puede medirse, sin temor a error, en su producción literaria. La tierra abulense ha aportado -y sigue aportando- a las letras españolas un caudal extraordinario de autores (resulta ocioso ponderarlos en estas líneas prologales) que evidencia -desde hace siglos- el esplendor que el humanismo alcanza en este alto espacio castellano.

En las páginas que siguen -una serie de breves narraciones- late algo más que unas vocaciones literarias: aquí se percibe el pulso de unos jóvenes creativos que anuncian que aquel caudal de escritores -cuyos nombres se escriben en orono se detiene. En esta ocasión cabe citar la sentencia del sabio: la iniciativa de la juventud vale lo que la experiencia de los viejos.

Al margen de los valores literarios de estas narraciones, de sus tramas, de los temas elegidos, de los argumentos, de las historias, de los sentimientos, sueños y emociones que los autores desean transmitir se percibe un frescor y limpia espontaneidad que anuncian empresas mayores.

La lectura de estos relatos dan vida a paisajes y paisanajes, ambientales y lugares, costumbres, aires y atmósferas de Ávila, sus pueblos y sus campos que revelan la inmensa riqueza acumulada a lo largo de tantos siglos.

Al periodismo se le considera la infantería de las letras. Es raro el profesional que bajo su uniforme de soldado, que está en la trinchera de la historia de cada día, no exista un alma de novelista, de poeta, de dramaturgo o de ensayista. La iniciativa de la Asociación de la Prensa de Ávila de editar este libro no hace más que ser consecuente con la condición literaria de tantos periodistas, a los que se suman otros jóvenes universitarios también llamados a enriquecer la capacidad intelectual que alienta esta vieja y siempre emprendedora y creativa tierra de Ávila.

Jesús de la Serna

Presidente de la Federación de
Asociaciones de la Prensa de España (F.A.P.E.)

I Premio Nacional de Narrativa 1994

Primer Premio

Autor: Eugenio González Martín





Institución Gran Duque de Alba



Mil veces quise regresar, pero tan sólo el no poder evitarlo me ha traído hasta aquí.

Murió sola, sin sentirlo siquiera, sentada junto a la ventana, quizás sintiendo en su frente los tibios rayos del sol de marzo, mientras acariciaba parsimoniosamente la labor, su entera labor, la que desgastó sus dedos con un lento vaivén que llenó su vida, enmarcándola en un ritmo cadencioso.

Fue por mi culpa por lo que ella quedó seca, cercenando con mi vida la existencia de otros hijos. La niña que siempre esperó, ya nunca compartiría su vida, y así volcó en mí todo ese cariño que siempre rebosó del vaso de su alma.

Hace frío esta mañana, una fina llovizna, empujada por el viento, golpea mi cara obligándome a cerrar parcialmente los ojos. La soledad acompaña siempre estas calles. Ávila, ieres tan hermosa! Cuando te recordaba, mi cielo se perdía inalcanzable en la monotonía obscura de tus eternos granitos, elevando la melancolía a lo más alto del balcón de los sentimientos.

Estas murallas no desaparecerán nunca. Recuerdo como, cada día, al salir de la casa y bajo el abrazo protector de uno de sus arcos, daba palmadas animosas en el brusco terciopelo de sus piedras, animándolas a que siguieran allí un día más, elevándose majestuosas, y así mirarnos desde el cielo de sus dentadas almenas, orgullosas. Quién hubiera pensado que un día yo vendría a robarles algo de su fuerza infinita y poder seguir viviendo un poco más.

¡Cuánto deseo ser roca para integrarme en ti y así, arropado, ser feliz!, estar contigo siempre...

Mi familia descendía de una de las de más abolengo de la ciudad de Ávila. Un apellido sonoramente castellano, acompañado con la observancia meticulosa de los usos de estilo de una ciudad como ésta, escoltada tenazmente la vida diaria de mi familia de burgueses mesetarios venidos a menos. De la pasada bonanza ya sólo quedaba mi casa y la pesada losa, ya levantada, del peculiar apellido.

La casa se sitúa dentro del recinto amurallado de la ciudad, y en perfecta simbiosis con los edificios de su entorno. Los muros grises destinan recuerdos de pasados gloriosos. Uno de mis antepasados se la compró, a finales del último siglo, a un hidalguete inconformista que emigró a Sudamérica buscando no sé qué fortunas. Su portada, con las grandes puertas de gruesa y vetusta madera decansando sobre dolidos goznes de hierro, estaba coronada por un texto en latín que nadie se había tomado la molestia de descifrar; por lo demás, el muro macizo de la fachada sólo se encontraba horadado por unas pequeñas ventanucas situadas a poca altura sobre el suelo, que trataron en su día de facilitar el penoso trabajo del almacenamiento de la leña para las chimeneas. No eran necesarias más ventanas exteriores, pues la vivienda se volcaba sobre el patio interior, con el brocal de un pozo en el centro, armonizando la simetría perfecta del pórtico que lo rodeaba en todo su perímetro. Rodeando al patio, las cocinas, alcobas y demás habitaciones de la casa, siempre rebosantes de la luz, y el olor a tierra mojada del fresco patio.

La pesada llave tardó en girar, y su brusco ceder descostró el orín que recubría las piezas de la ociosa cerradura.

No ha cambiado nada en este viejo caserón desde que me marché, todo sigue igual: los muebles, las alfombras, las lámparas. Tan sólo el polvo y el voraz apetito de espacio de las enredaderas han conseguido cambiar la fisonomía de estas paredes. El patio está húmedo, aún llueve, las finas gotas que caen fertilizando el enorme patio, al chocar contra las verdes hojas de la flora omnipresente, empapan con frescos sonidos la totalidad del interior de la casa.

¡Es increíble cuánto ha cambiado! Ya no soy aquel muchacho que rodeaba mil veces el patio en un torbellino desasosegante para todo aquel que lo observaba, manteniendo una pugna vertiginosa con caballo fantasma, que al acercárseme por detrás relinchaba excitado, llegando a rozarme el cuello con el vapor de su aliento. Yo corría y corría, con la certeza absoluta de que mi imaginación siempre volaría más rápida que cualquier corcel.

– ¡Para, niño, que te vas a marear!

Con su adulta dulzura mi madre tiraba fuerte de las riendas del negro alazán.

– ¡Madre, me perseguía un caballo negro!

Y ella, retomando su mirada a la eterna labor, reía.

¿Quién sabe? Quizás mi caballo esté aquí ahora refugiado en las sombras de los pasillos, esperando que yo inicie de nuevo mi loca carrera. ¡Sal bonito!, sal, y verás cómo mis piernas aún corren más que tus cuatro tordas patas. ¡Mira que si no empiezas pronto a galopar mis manos llegarán antes que tus cuatro tordas patas a tocar aquella nube! ¡Ven!, iven!

¿O es que ya no estás? ¿Acaso tú también has muerto? No, aún estás aquí ¡Sal, te lo suplico!, corre, alcántame!, idime cosas al oido!, iazúzame con tus relinchos!, imírame! ¿Te alegras de estar acabando con la poca inocencia que queda en mi alma? ¿Dónde estás?, ¡¡MÍRAME!! ¿Por qué me has abandonado? Estoy tan solo...

Ya sólo quedan fantasmas, fantasmas del ayer ¿Y yo? Quizás también sea solo un espectro, iqué estúpido!, el único fantasma vivo.

Es el recuerdo de mi padre quien me mira desde su silla, serio, cabal, austero, diciéndome que ya no era un niño, que era un hombre y debiera de buscar la vida en algún lugar, conocer gente, conocer otros lugares, terminar mis estudios. Descifrar el sentido de la vida ¡Qué duro es conocer la vida!. Si pudiese algún día llegar a comprenderla habría de ser desde la muerte, desde el lugar donde habitan los callados fantasmas.

Cuánto sufrió aquel día en que abandoné esta casa, el viento frío y el vaho de los suspiros envolvieron el sonido de mis primeros pasos. Y aquellas palabras de ella.

– Andrés, ve, estudia y sé un hombre de provecho. No te entristezcas que ya vendrán momentos mejores.

Ella murió pocos meses después, una caverna de podredumbre llenó el pecho que antes rebosó amor, de modo que yo jamás regresé. Hasta hoy...

Hasta el día de mi partida ella me apoyó, quiso que me quedase, que aprendiera con Jacinto el oficio de carpintero para más tarde abrir un buen taller. Luchamos los dos juntos a brazo partido contra mi padre, y yo era ella, y ella me acariciaba con su cálida mano, y en secretos susurros me decía que las

cármes de sus ojos daria por no verme partir, que capaz sería de luchar con bravura, que yo era su hijo y que me quería.

– Niño, tú eres mi vida.

Me arropaba en sus brazos y me contaba historias del ayer, de sus padres, "grandes personas, y de bien", decía ella; de los días en que le enseñaron a coser, a leer y a escribir, y los cuentos que ella narraba yo, torpemente, los elaboraba haciéndolos más grandes, y ella reía, reía sinceramente mientras con sus manos mesaba mi pelo.

– El día ya terminó. Anda, vete a la cama y duerme.

Yo soñaba con ella. Juntos recorriamos mundos de luz, volábamos sobre los ríos y asustábamos a las ovejas que pacían tranquilas en sus riberas, saludábamos al pastor y a todos los personajes de nuestros cuentos.

– Mire Señor Lobo, éste es mi hijo y se llama Andrés.

– Buenos días, Andrés -nos respondían.

– Hola, señor lobo.

Al despertar, ella me arropaba con una cálida manta y me llevaba junto al fogón.

Recuerdo cuando mi padre tocaba el piano, forzando la vista para poder leer las notas del pentagrama. Tomaba un cierto aire felino al arrugar la nariz en un lastimoso intento por corregir el cansancio de sus ojos.

– Es Mozart..., pronto, en la Universidad, sabrás quién fue Mozart, Chopin y Bach, y cuando los estudies comprenderás que tu padre es un erudito y que sabe interpretarlos.

Decía mientras arrugaba de nuevo la nariz tratando de rectificar la última nota que había rasgado impunemente la armonía de la pieza.

– Pero padre, no quiero ir a la Universidad...

– Mira hijo, tu no has nacido para ser un vulgar carpintero, tú has de ser un buen abogado y además deberás saber tocar el piano.

La cara se le tornó fuego mientras con uno de sus puños descargó su ira sobre las teclas del piano.

– ¡Lástima!, se desafinará.

Mejora el día, el tímido sol se cuela por entre las nubes de la mañana calentándose las manos. ¡Qué placer estar aquí!, ¡qué serenidad!. El aire

huele bien aunque la casa esté cerrada. Lo reconozco, es el aroma que siempre envolvió mi infancia, el que abandoné cambiándolo por el olor de la gente traidora, hipócrita y sucia. Sólo aquí se respira paz y sosiego, el espliego y el romero que ella ponía entre mis ropas sigue acariciando la vieja madera de los armarios. Pero ya no la huelo a ella, ni siquiera recuerdo el sabor salado de sus lágrimas cuando marché.

No quisiera salir de aquí, no podría soportar el espacio abierto de la calle, sin rincones donde volver la cara y poder llorar por todo lo que he perdido. Ella fue mi epejo. Mis ojos, mis manos se fueron a la fosa con ella, pudriéndose mientras yo me pudio. Sin ella soy un excremento, una basura, un hombre muerto antes de haber podido morir.

Más nadie me llorará ¿A quién le hago falta? Nadie me besa, ni me mira con ojos cálidos, me arropa en sus brazos ni me limpia las heridas de la vida.

No sé qué haría por volverte a ver, por tocarte la mano y contarte esa historia que nunca te pude llegar a contar, por volar contigo y saludar al Lobe Feroz. Y tu estás aquí junto a mí. Ven, acompáñame a la ventana, mira como vuela el vencejo, acérdate, cógeme de la mano y volemos juntos. Vamos...

– ¡Madre, por fin he vuelto junto a ti!

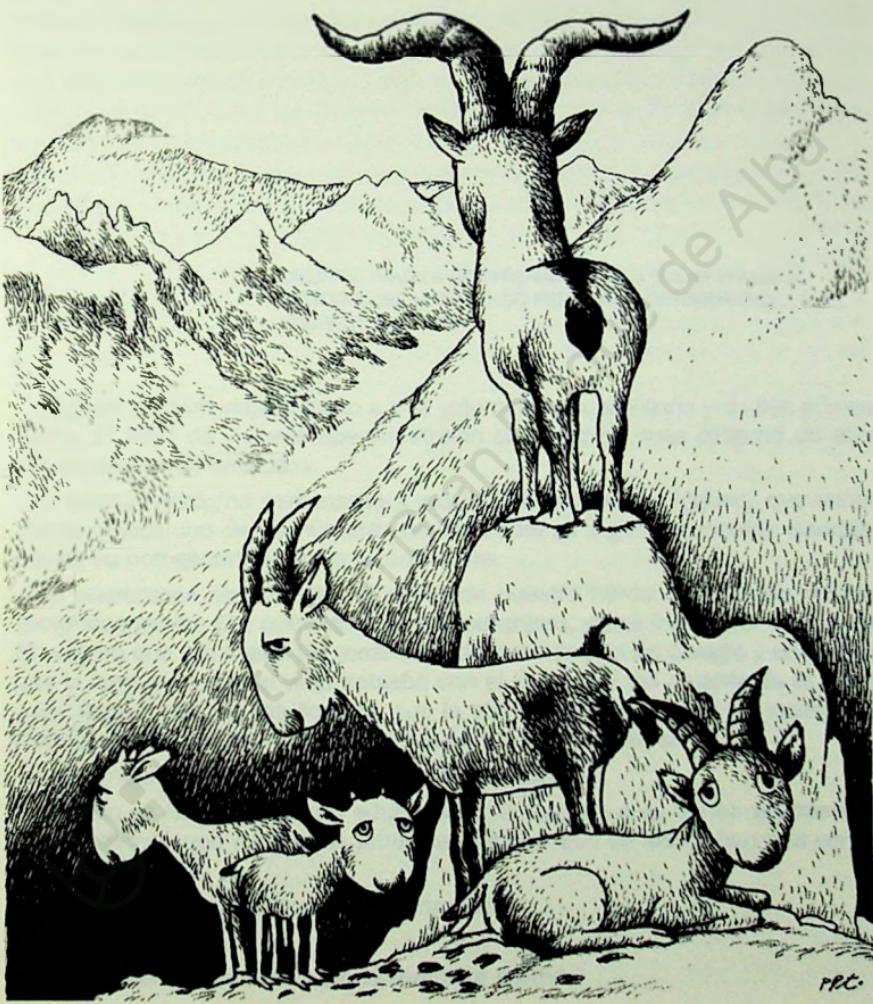


Institución Gran Duque de Alba



Accésit

Autor: Javier Aroca García



P.P.C.



Institución Gran Duque de Alba

DELIRIOS místicos IRREFRENABLES, o lo que es lo mismo,
HISTORIA DEL MALOGRADO PEDERASTA OCTOGENARIO
EGGBERT BASTARD

Eggbert Bastard viajaba junto a una voluminosa cuarentona y su hija adolescente. El resto de viajeros apenas atraían su atención pues ninguno de ellos era español, sólo ellas dos.

El pecho andrógino comenzaba a inquietar la psique de Eggbert, que sabiamente colocó uno de los números de Life sobre su ingle para ocultar discretamente su octogenario secreto inconfesable.

La cuarentona escudriñaba el rostro de nuestro héroe e intentaba situarle geográficamente. Era evidente que era extranjero, quizá inglés por el acento. Sí, seguro que era inglés (la gorda recordó sus tiempos de colegio y comprobó que la lengua en que el viejo hablaba con el joven que iba delante de él, coincidía vagamente con los sonidos que la atormentaban durante su inconcluso bachillerato), venían muchos ingleses con lo del año teresiano...

— Estamos llegando -dijo la gorda a las musarañas.

— ¿Esto es Ávila?- preguntó educadamente Eggbert a su contumaz observadora al tiempo que miraba los primeros edificios que se asomaban a la ventanilla.

— Sí, señor, ¿ha venido usted alguna vez?

— No.

— ¿Es usted inglés?- inquirió la marchita mamá.

– Norteamericano. Pero mi madre era española -respondió amablemente Eggbert para dar por terminado el interrogatorio.

– Tío Eggbert, tienes la dirección del hotel en el bolsillo izquierdo de la chaqueta- informó servicialmente el prematuramente envejecido Renato, sobrino de Eggbert Bastard y que era parejo en edad (y necedad, pensaba E.B.) a la impertinente fisgona.

– Ya lo sé -contestó Eggbert con gesto hosco- piensas que soy tan estúpido como para perderlo ¿verdad Renatito? -la voz de Eggbert, a pesar de la vejez conservaba matices irónicos como para poder ridiculizar aún a su estúpido sobrino, que por otra parte era un fotógrafo aceptable. -¡Todavía no estoy senil, imbécil!

Cuando bajaron del vagón buscaron el pequeño hotel que les habían reservado, y por decisión patriarcal los dos durmieron hasta nueva orden. Nuestros héroes tenían un duro trabajo por delante.

Eggbert Bastard daba los últimos toques a la estrategia mental que preparaba para impactar enteramente al mercado americano de información turística. El tío Egg es todo un doctor honoris causa por la Universidad de Tübinga, pensaba Renatito, que esperaba paciente la salida triunfal de su tío del sórdido cuarto de baño. Sí, la primera intoxicación etílica de Renato, el fotógrafo más reputado de los magazines de segunda fila de toda América, le permitía entreviver un futuro prometedor al reportaje que preparaba el tío Egg. ¡Sería lo más sonado desde aquel hombre-sapo de Taiwan!.

– Ya estás borracho a estas horas de la mañana... vas a acabar mal Renato -Eggbert Bastard acababa de salir, impecable, reluciente.

– ¿Nos vamos Tío Egg?

– Nos iremos... de lo contrario agarrarás una curda que te impedirá recordar para qué sirve la cámara -gruñó Eggbert.

El Año Teresiano era el gran acontecimiento mundial de 1999 en el mundo del turismo. Un pequeño pueblo español, Ávila, era el centro religioso y turístico del mundo entero. Unos acudían allí captados por la publicidad institucional que pregonaba la diferencia incuestionable entre Ávila y cualquier otro punto de destino posible. Los bajos precios anunciados también se erigían en un succulento reclamo. Otros, la mayoría, iban hasta aquella pequeña villa, cuna de un misticismo milenario, atemorizados por los negros presagios que traía

consigo el final del milenio. Gentes de todas las condiciones, de todas las confesiones religiosas existentes y provenientes de los lugares más remotos del globo, inundaban las calles de Ávila, que se veía desbordada ante la avalancha humana.

La gente dormía en las calles y en las iglesias, por todos los rincones había gente rezando en todos los idiomas posibles, desesperados por la incertidumbre del futuro e inminente fin del mundo.

Los habitantes de Ávila no daban abasto para recoger a todos los peregrinos, y los abulenses eran ya especie extraña en su propia ciudad.

Eggbert Bastard caminaba confiado por las callejuelas de aquel infecto villorrio. Había que descubrir la verdadera savia que destilaba Ávila. Para ello, habría que rastrear entre el populacho iluminado a la caza de verdaderas especies autóctonas que proporcionasen sus particulares visiones del lugar, y por qué no, del mundo. Para reconocer a las auténticas, un borrachín como él era lo idóneo para ejercer de relaciones públicas.

– Escucha, Renato, vamos a recorrer las tascas de este pueblo para hablar con la gente que ha vivido aquí toda su vida. No nos sirven todos, debemos encontrar a la gente típica pero no folklórica, ¿entiendes?. Ha de ser esa gente que siempre ha pasado desapercibida entre los suyos. Para ello cuento con tu inestimable colaboración etílica, pero procura no sacarme demasiado de mis casillas, o lo lamentarás, ya sabes a qué me refiero -Eggbert Bastard hablaba a su sobrino con solemnidad.

– No te preocupes, Tío Egg, sé lo que esperas de mí y no te defraudaré, lo prometo.

– Más te vale, condenado.

Como ambos hablaban correctamente el castellano, no les sería muy complicado tratar conversación con los abulenses una vez localizados éstos. Por otro lado, la investigación turística requería, para su total validez, mantener en secreto sus verdaderas ocupaciones.

La mañana transcurría como Eggbert Bastard esperaba, una especie de prólogo que no era más que la visita de dos turistas extranjeros añadidos a la indescriptible marabunta que poblaba las calles adoquinadas de Ávila. Eggbert Bastard había quedado impresionado gratamente por el conjunto de iglesias románicas abulenses. Ciertamente estaban semi-deruidas, pero aun así con-

servaban un encanto muy particular que extrañamente afectaba de un modo agradable a su parkinson galopante y a su estómago, no así a su entrepierna: allí se sentía verdaderamente como un viejo de ochenta años, algo completamente distinto de lo que sucedía en su mansión de Los Ángeles, con la piscina siempre rebosando de jovencitas en cueros dispuestas a satisfacer con entusiasmo las necesidades de su añejo miembro viril: Felaciones y onanismos por lo general. ¡Ah!, el tío Egg era un sátiro y un viejo verde con dinero. Espeluznante.

Se hallaban en el interior de la catedral, donde Renato tomaba fotos del retablo, mientras Eggbert Bastard contemplaba el esplendor de las vidrieras en un día de luz tenue. Había mucha gente.

- Hola, señor -la gorda cuarentona con su provocativa hija atacaba de nuevo.

- Buenos días, ¿qué hay de nuevo? -la cortesía de Eggbert se veía distraída por el desvergonzado corpúsculo semi-transparente que mostraba la belleza del pecho de la hija descarrizada. Una dura competencia para las vidrieras-.

- Mi hija y yo hemos venido para hablar con el cabildo, ¿sabe usted?, es que la niña se casa dentro de una semana y queremos hacer una boda por todo lo alto, si quieren están ustedes invitados.

- Sería un honor para nosotros, señora, pero hágase cargo, apenas nos conocemos ¿no se sentirá su hija un poco incómoda con la presencia de unos extranjeros desconocidos en un día tan importante para ella como ése? -diplomacia desbordada.

- No, señor; se les ve a ustedes que son buena gente. Mire, yo me llamo Alfonsa, y ésta es mi hija Vanessa. Tiene sólo diecinueve años, pero es ya toda una mujercita, ¿no le parece?.

- Ya lo creo. Me presentaré, mi nombre es Eggbert Bastard, estoy en viaje de negocios, mi sobrino. ¡Renato!, ¡Renato! ¡Ven aquí, imbécil!

- Deben disculparle, algunas veces pienso que es retrasado mental, aunque en el fondo no es mal chico.

Renato llegó corriendo desde el otro extremo del templo, su resuello exagerado delataba ante los ojos interrogantes de Vanessa que andaba ya cerca del medio siglo de existencia.

- Hola ¿Me llamabas tío Egg?

– Sí. Mira quiero presentarte a doña Alfonsa y a su hija, la joven Vanessa. Nos han invitado a la boda de ella -Eggbert Bastard señaló el pecho de Vanessa-, es la semana que viene.

– ¡Oh!, felicidades, no lo sabía.

– ¿Cómo lo ibas a saber inútil? -Eggbert ridiculizó a su sobrino ante la pícara sonrisa de Vanessa.

– Claro -contestó Renato.

– Bueno pues les enviaremos las invitaciones -dijo la señora Alfonsa- ¿Están ustedes en algún hotel?

– Sí, estamos en el hotel Don Carmelo, -se adelantó Renato a su tío-, que por cierto, es un asco.

– Cállate mentecato. No le haga usted caso Alfonsa -enmendaba Eggbert Bastard- En un buen hotel.

– Oh, no le disculpe, sé de gente que dice lo mismo que su sobrino sobre ese lugar. ¿Sabe lo que le digo señor Esber? -Alfonsa reunió el valor necesario para aventurarse en el intento de pronunciación de aquel nombre tan enrevesado- que nosotros tenemos una casa muy grande y se van a venir ustedes con nosotros. Vivimos las dos solas. Mi marido murió, ipobre!, y nos gustaría mucho que nos hiciesen compañía, si no tienen otros planes.

– Pues, la verdad, me pone usted en un apuro, no sé si debemos aceptar su invitación, no quisiera abusar de su amabilidad -de nuevo derrochando diplomacia.

– Nada, no se hable más, les escribiré la dirección en un papel, es fácil de encontrar. Les esperamos esta tarde, no tarden. Adiós.

Aquel perfecto y mudo cuerpo se alejaba junto a su corpulenta mamá. Eggbert Bastard veía con complacencia cómo sus planes se fortalecían de esta forma, y por otro lado, su miembro estaría animado, cosa que casi había descartado desde que llegó a Ávila.

Se trasladaron al domicilio de la repelente cuarentona, donde se encontraron con una casa diminuta, en contra de lo que esperaban y de lo que se les había dicho. Por otra parte no estaba mal, pensaba Eggbert Bastard, pues así le sería más fácil arrinconar a la joven que no hacía más que insinuarle obscenidades a su anciano cuerpo, escandalizándolo por completo.

Independientemente de sus vicios, Eggbert Bastard era un gran profesional, y lo primero era su trabajo (que garantizaba su prestigio, algo muy difícil de conservar para un viejo).

Aquella noche durmieron y cenaron en la pequeña vivienda de la señora Alfonsa. Había sido un día con muchos contratiempos, pero el trabajo comenzaría por fin a la mañana siguiente.

Y así fue. No era mediodía cuando nuestros dos decrepitos héroes se hallaban en una taberna atestada de indigentes peregrinos. Renato llevaba ya algunos minutos departiendo etílicamente con el castizo camarero, que le señaló un grupo de hombres mayores como tres de los más antiguos clientes del bar. Eran jubilados abulenses, justo el tipo de gente que le gustaba al tío Egg. Tras invitarles a unos vinos en la misma tasca, Eggbert Bastard sugirió a los jubilados, a través del insustituible Renato, la posibilidad de continuar bebiendo en otros lugares, al tiempo que paseaban por la ciudad. A los ancianos lugareños les parecía bien cualquier iniciativa que les permitiese trasegar líquido sin hacer ningún desembolso, pues sus bolsillos sufrían una vacuidad sempiterna.
¡Jesús, María y José!

— Po mire usté siñó Esber, que quié que le diga, Ávila es lo mejorcito pa la ruina. Este güeso d'aquí a mí es que mihace la pajcua ¿sabusté?, entonces el clima este me viene cojonudamente ¿sabusté?, porque la humedad, hay que joderse con la humedad... -Casiano hablaba con absoluta familiaridad a Eggbert Bastard, que lo agradecía y tomaba nota en su fabulosa memoria de las palabras del simpático jubilado algo más joven que él.

— Ya ve usté lo que son las cosas -decía Manolo, otro de los abulenses jubilados-, a mi mi gustaría habeme ío al Uruguay. Fíjese usté que tontería... al Uruguay na menos, y es que es una perra que cogí ya de mozo, cuando hablaba mi padre de su hermano que estaba allá.

— Hala que donde mejor sestá es aquí en casita, con to lo que digan éstos. Y es que anqu'haga frío y to lo custé quiera, pero esto es lo que conocemos desde chicos y que quié usté, a estas horas ya no está uno pa viajecitos ni pa películas... además que ahora que viene lo del fin del mundo y to esto é'stá enterao?, pues aquí en este pueblo tan santo y to eso no hay quien nos quite d'ir al cielo cuando se vaya tó al peo, verá usté, ¿a que sí Casiano? ¡Ja! ¡Ja!

— ¡Psch!, tú verás... ¡Je! ¡Je! ¡Je! -contestaba Casiano convencido.

- Sí claro ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! -correspondía campechanamente Eggbert.

Había otros dos apacibles jubilados, pero se limitaban a escuchar y reír con los comentarios de sus amigos, corroborando gestualmente todos sus juicios. Renato hacía lo mismo que estos dos últimos y de vez en cuando tiraba una foto al grupo entero, rodeando a Eggbert Bastard.

El siguiente grupo con el que el poderío delirante del embriagado Renatito cuarentón topó fue un grupo de ancianas que estaban reunidas en un café del Mercado Grande, bebiendo a sorbos minúsculos pequeñas copas de cazalla. A decir verdad, el contacto fue problemático al principio, pues una de aquéllas señoras confundió la torpeza de Renato cruzando entre las mesas con un fallido intento de frotamiento obsceno del pobre fotógrafo contra uno de aquellos flácidos pechos que mostraba un decadente escote de encaje. -¡Dios mío, pero si esas tetas parecen dos botas de vino de esas típicas que nos han enseñado los jubilados, son horrorosas, creo que estas señoras están algo beudas (se decía un ruborizado Renato). Menos mal que los reflejos de Eggbert Bastard respondieron y su especial tacto para con el sexo femenino logró deshacer el melentendido e iniciar una provechosa conversación.

- Pues a decir verdades, Ávila es un buen sitio para vivir ahora que somos viejas, porque lo que necesitan los viejos es tranquilidad, y aquí sobra, porque nunca pasa nada -decía María, una distinguida anciana de modales señoriales y cargante maquillaje sobre sus abundantes arrugas.

- Sí, lo que es aquí, cualquier día s'acaba el mundo y nosotros ni nos enterramos, es lo único bueno que tié este pueblo cochambroso.

- Calla mujer no seas negá -dijo Inés a la malhumorada Soledad- después de tó aquí es donde hemos nació todas, y... ica! no s'está tan mal.

- ¿Cómo que no? -contraatacaba Soledad, cuya voz comenzaba a tomar tintes esquizofrénicos- Aquí se muere una de agobio. En la hora que no me casé con aquél de correos, el asturiano. Era medio gilipollas, pero po lo menos m'habría io d'aquí... ¡Hay que joderse!

- No seas tan mal hablada delante de estos señores tan amables -María miraba a Eggbert Bastard de reojo.

- ¡Oh! no, no se molesten por mí, -decía egocéntricamente E.B.-, yo mismo digo muchas palabrotas, hasta las escribo algunas veces.

- ¡Huy! -dijo Inés.

— ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Es usted muy chistoso, señor Eggbert -dijo con pronunciación impecable la sofisticada María.

— No crea, no crea, soy muy tímido -mintió Eggbert Bastard, notando como aquella vieja pintarajeada se interesaba por él.

— No se haga usted el interesante, cuéntenos cosas, nosotras ya le hemos dicho lo que nos parece este lugar. Cuéntenos ¿cómo es que a su edad aún sigue trabajando? ¿no debería haberse jubilado ya?

— Bueno, tendremos que dejar eso para otro día, se nos hace tarde, -mintió Eggbert Bastard, que no quería descubrir que aquella charla informal había sido en realidad una entrevista- Vamos Renato.

De vuelta a casa de doña Alfonsa, topáronse con un grupo de muchachos de unos veinte años de edad que consumían, ávidamente, cerveza embotellada y hachis empapelado; el parque les producía un efecto hilante.

El magnetismo que producían la visión de la cerveza y el olor del hachís sobre el apocado Renato, fueron determinantes para entrar en contacto con aquellos jóvenes desocupados, que, casualidades desquiciadas, resultaron ser de Ávila.

— Pues ya ve usted, jefe -decía el diabólico Sargento Batracio, un joven barbudo, con gafas gordas y gran estatura- este pueblo es una MIERDA, ahora, encima, está lleno de guiris iluminados que se pasan el día dando la brasa con los rezos macabeos esos y cantando a la Virgen. Cualquier día de estos nos los cargamos. Encima, los subnormales de los maderos no hacen más que jodernos, porque dicen que perturbamos el clima angelical que reina en la ciudad. ¡No me jodas!.

— IRA RA RA QUE TRABAJE LA GUARDIA CIVIL LARALALALALARALALALA Un joven pequeño, de edad indefinida y nombre indescifrable arengaba a la enardecidamente masa juvenil que le seguía inmediatamente, (Sargento Batracio incluido).

— Aquí no hay ná de ná -informaba a Eggbert Bastard un muchacho de larga melena y oscuros ojos- Estamos hasta la polla, no podemos hacer ná lo bares son una mierda, no hay locales pa ensayar, no hay barra libre, solo hay iglesias curas y viejas indecentes. No sé si será en to los sitios igual, no me extrañaría, pero yo quiero salir de aquí, me estoy muriendo.

– Yo creo que podemos cambiar la ciudad concienciándonos del papel que la gente como nosotros desempeñamos, asociándonos, realizando actividades sociales, elevando la cultura de nuestras gentes, potenciando la solidaridad, reencontrando el folklore de nuestra tierra, tomando posiciones políticas, haciendo presencia en las urnas, porque hay alternativas, yo lo sé... -todo esto lo decía un joven rubio de luenga melenilla y con atuendo estudiado hasta en sus más íntimos detalles.

– Claro -subrayaba la joven Pipi, la única del grupo que ni bebía cerveza ni respiraba hachís- hay que unirse y levantar esto, además ya lo estamos haciendo, pero drogándonos aquí perdemos el tiempo, las oportunidades y el futuro, que es nuestro.

– Anda ya -protestaba un joven punkie muy identificado con la imagen que representaba- Lo que hay que hacer es luchar con sus propias armas, utilizar su propaganda, sabotear su sistema, aplastarlos y dejarse de tanta palabra bonita ¡hostia! a las armas, ¡LA REVOLUCIÓN ES INMINENTE! -concluyó enfervorizado por sus propias palabras.

Dos de los jóvenes y una chica -los que más fumaban y menos hablaban- hablaban entre ellos riéndose a carcajadas sonoras que provocaban un recelo silencioso en sus compañeros más concienciados. Renato se unió a ellos para dar buena cuenta del canuto errante. Eggbert Bastard observaba al cuarteto desterrado y esperaba la oportunidad de hacerles entrar en el glorioso discurso, a fin de conocer sus, sin duda, interesantes opiniones.

– Me gustaría saber que opináis vosotros de todo esto que hablan vuestros amigos -interrogó afablemente Eggbert Bastard- la opinión de todo el mundo es válida. Ánimo muchachos, hacedme participé de vuestros pensamientos sobre la vida en este lugar.

– Yo estoy menguado ostensiblemente -dijo el Increíble Hombre Menguante.

– Yo tengo ahora el chiri y hablar sería una pérdida de tiempo absurda -dijo la simpática Paloma Viajera.

Eggbert Bastard, abrumado, desistió de hacer más invitaciones al diálogo.

En ese momento llegó otro muchacho. Llevaba el cabello cortado a tazón y parecía el delantero centro del Celtic de Glasgow o, en su defecto, el late-

ral derecho del Glasgow Rangers. Eggbert Bastard vió la última ocasión de recabar alguna opinión más.

- Me gustaría preguntarle sobre su visión personal de esta ciudad, si no es molestia.

- ¿Que dices tú? ¿Qué quiere este tío? -preguntaba el simpatico Gustavito a sus atribulados congéneres- Anda ya... ihey mushashox! he pillao cinco taleguetes a un nota de Baracaldo que me he encontrado rezando ahí en los urinarios, está mu rico yo ya me he fumao unos cuantos mayflay's. Vamos a hacemos una buena trompeta, pero aquí no, que me ha visto un secreta y lo mismo viene, vamos al Rastro. Adiós Reeeeey! - le dijo Gustavito al descorazonado Eggbert Bastard-. Y el grupo partió hacia su nuevo punto de destino dejando a Eggbert Bastard. Renato se fue con ellos, porque había hecho muy buenas migas con el Lobo Estepario, el Increíble Hombre Menguante y la Palomita Errante. Este era el grupo segregado de la pandilla; en la lejanía, Eggbert Bastard advertía como el Sargento Batracio y el simpatico Gustavito fluctuaban entre los dos subgrupos, mostrando claramente sus preferencias por el grupo más degenerado en el que iba, como no podía ser de otro modo, Renato. A una cierta distancia, caminaba dando traspies el joven pequeñajo de edad indefinida que cantaba calurosamente: "¡Y EL QUE NO BAILE POLICÍA NACIONAL, POLICÍA NACIONAL, POLICÍA NACIONAL!..." Brutal encuentro para un Eggbert Bastard cada vez más reumático, se fue a casa de doña Alfonsa para ver si se podía recuperar con algún masaje retribuido de la joven Vanessa, que era una aviesa negociente de placeres inconfesables.

Al día siguiente los dos indómitos cazadores de testimonios salieron de nuevo a la vorágine del villorio místico-milenario. Fue un día productivo. Encontraron a un vagabundo alcohólico que no era abulense, pero que llevaba varios años malviviendo en esa ciudad. Tras invitarle a varios litros de vino, el lenguaraz mendigo comenzó a vomitar toda una serie de incoherencias muy convincentes, Renato le tomó una veintena de fotografías.

- ¡La madre que parió a la Santa Inquisición! ¡Viva el cantón de Cartagena! Miré los muros de la patria mía si un día inmersos, hoy descolonizados... -Adalberto deliraba sin remisión- Y un día me metieron en un manicomio las muy putas, que se dedican a hacer quina Santa Catalina en su convento de Zamora, pero yo me escapé. Me gusta la libertad, el vino y la conversación.

– Háblanos de lo que parece Ávila, Adalberto -le dijo Renato, risueño.
– ¿De Ávila? ¿Y qué quieres que te diga compañero? ¿Dónde está ese vino tan rico que llevabas? -Renato le dió la botella- Eso es, trae p'acá, tú y yo amigos para siempre. ¿Qué m'habías preguntao?

– Sobre Ávila -dijo muy serio Eggbert Bastard.

– Tú cállate cara-teléfono.

– Anda Adalberto díños que te parece este lugar y todo este asunto del año teresiano, el fin del milenio y el turismo -socorrió Renato a su ruborizado tío.

– Yo no sé ná d'eso. Lo único que sé es que hay mucha competencia de unos meses p'acá. Ya no hay un dios que saque pa un jarro vino la hostia!.

El vagabundo comenzaba a terminar con la paciencia del viejo Eggbert, así que se despidieron de su interlocutor y reemprendieron la búsqueda de nuevos especímenes.

La siguiente presa fue un cuarentón-periodista-deportivo-radiofónico-abulense al que descubrieron hablando autoritariamente para un grupo de turistas noruegos sobre las excelencias de la guerrera, mística y decrepita Ávila. Admirado por el aspecto intelectualoide de Eggbert Bastard, él mismo se acercó para ejercer de anfitrión.

– Seguro que es usted escritor ¿verdad señor? -dijo Santiago-.

– Algo parecido -dijo Renato-.

– ¿Acaso periodista? Yo también soy periodista -proclamó orgullosamente-.

– Algo parecido -dijo Renato-.

Ya, comprendo ¿Les gusta Ávila? Es maravillosa. A la gente le gusta porque ya están hartos de esas monstruosas ciudades infectadas de delincuentes y negros por todas partes. Buscan la tranquilidad y aquí la encuentran. Luego, además está ese halo de misterio, misticismo, historia y espíritu que nos envuelve, creando un ambiente de sosiego que no existe en ninguna otra parte del mundo. Y es que aquí, nuestras autoridades y la gente de bien hemos sabido crear un clima donde la convivencia es más un placer que una necesidad. La sociedad abulen-

se ha conseguido una unión que no existe más que aquí, claro que hay algunos elementos indeseables entre nosotros, pero los ignoramos sabiamente y logramos mantenerlos apartados de nuestra juventud sana, que gracias a Dios, es fiel seguido ya de las costumbres, creencias y tradiciones de sus mayores.

En ese momento se acercó un hombre joven, impecablemente vestido y con resplandeciente sonrisa dentífrica: era el Alcalde, amigo personal de don Santiago.

– ¿Cómo va eso Santiago?

– Hombre iqué sorpresa! ¿Que tal Alcalde? Pues ya ve, estoy aquí con estos señores hablándoles de nuestra ciudad.

– ¿Y qué, les gusta?

– Sí, claro -dijo Eggbert Bastard, que no le interesaba nada de lo que pudiera decirle el Alcalde, pues ya lo imaginaba él.

– Bueno, hasta otra -el Alcalde se alejó, pues había visto cómo Renato asía una enorme petaca de ginebra y se la llevaba a los labios con ansia. Qué escena tan desagradable.

– Pues como les decía, esta ciudad es un ejemplo a seguir en una época decadente como ésta -proseguía el pegajoso Santiago- que vivimos. Fíjese que todos nuestros políticos, incluso la oposición más opuesta (ya saben, los rescoldos del comunismo) están satisfechos de la identidad que de nosotros mismos hemos creado, y siempre están ojo avizor para que nadie se desemande, sí señor, hasta los comunistas, y es muy loable por su parte, porque se demuestra que esa gente no es tan mala como nosotros creímos. Sí, vivimos muy a gusto aquí, no hay indeseables, aunque sí algunos descarriados, y es ahí donde todos nosotros estamos agradecidos a la oposición comunista, que les está recuperando a través de toda una serie de asociaciones juveniles y agrupaciones culturales. Por otro lado, estamos fomentando la cultura muy seriamente, todo el mundo va a los conciertos de música clásica y a los recitales de poesía. Nuestro Conservatorio Municipal es una mina de oro y talento. Confiamos en que este año Teresiano nos dé a conocer en todo el orbe para que todo el mundo pueda disfrutar los encantos de nuestra forma de vida, nuestra moralidad inmaculada y nuestra cultura y tradiciones renovadas.

— Vámonos ya tío Egg -dijo Renato borracho y aburrido tras tan apes-
tosa diatriba.

— Sí. Adiós amigo, su charla ha sido agradable e instructiva, pero
ahora hemos de irnos. Encantados.

Así transcurrieron los días de aquella semana, hablando con gente
variopinta y saciándose -Eggbert Bastard- con los encantos de la novia
dislocada que tenía por anfitriona. Renato siguió haciendo fotos de per-
sonajes y de los paisajes de Ávila y su provincia para el reportaje del
vicioso tío Egg. También siguió alternando por los bares para bien del
reportaje citado y para desgracia de su maltrecho hígado. Ya tenían todo
el material necesario para un buen trabajo, y Eggbert Bastard dió por
terminada la sufrida labor.

Llegó el día de la boda. Vanessa estaba tranquila, no así su mamá,
que corría de un sitio a otro sin cesar. La casa estaba llena de familiares,
Eggbert Bastard departía con todos ellos, mientras Renato, enemi-
go de aglomeraciones como la de aquel día, se escondía en su cuarto
con una botella de indecoroso whisky español. Tras mucho enredo, todo
el mundo estaba listo, la histeria colectiva había amainado y la comiti-
va casi al completo se dirigía a la Catedral, donde la boda se iba a cele-
brar. Nadie echó de menos la presencia de Renato, ni siquiera el Tío
Egg, lo cual era un punto a favor para que la boda discurriese por los
cauces adecuados.

Eggbert Bastard fue presentado al futuro marido por la mismísima
Vanessa, que justo la noche anterior había accedido muy voluptuosamente
al enfermizo deseo de Eggbert Bastard. Éste se sentía deprimido
al ver la cara del novio, pero la vida era así, tampoco había mucho
remordimiento en su octogenario secreto, que se animaba contem-
plando a las elegantes primitas de Vanessa. ¡Oh, que gran pederasta de
la cultura moderna!

Comenzó la ceremonia. El sacerdote ofició el acto con el rigor y boato
característico de estos casos. Las madres de los cónyuges estaban
emocionadas. Los padres mantenían el tipo como era su deber. Las pri-
mas de Vanessa flirteaban con los primos del novio en los bancos tra-
seros. Eggbert Bastard, junto a la radiante Alfonsa, reprimía un bostezo
tras otro mientras recordaba la excitación de la noche anterior y echa-

ba un vistazo de vez en cuando a las primitas. Había algunas autoridades amigas de la familia. Estaba el soporífero Santiago, invitado por la familia del novio. Los alumnos del Conservatorio ejecutaban con destreza melodías nupciales de dudoso gusto, aunque gustaban, esa es la verdad. La Catedral había sido despejada de peregrinos para la ocasión. Todo era un remanso de armonía, como Ávila misma.

De repente un criterio penetró en la iglesia, los alumnos del Conservatorio intensificaron su volumen para tratar de acallar el murmullo, pero fue imposible. Un grupo de personas, cuya embriaguez era patente y palpable, penetraban en el templo avanzando anárquicamente entre las dos filas de bancos. Los asistentes a la boda, atónitos, no pudieron reaccionar. Eggbert Bastard reprimió un grito de terror al ver que quien encabezaba tan inesperada comitiva no era otro que Renato, que blandía su tercera botella de whiskey español a modo de sable justiciero. Sus acompañantes eran la Palomita Errante, que reía como loca, y el Sargento Batracio, que insultaba a los feligreses de manera mordaz. Más atrás venían Adalberto, gritando exabruptos contra los sagrados evangelios que provocaban la retirada del sacerdote hacia la acristia, el Increíble Hombre Menguante sostenía un enorme cigarrillo en forma de gigantesca zanahoria, cuya composición no ofrecía ningún género de dudas, puesto que el olor era intenso, y había eclipsado el aroma a incienso del templo. El Lobo Estepario se desliza entre los bancos realizando obscenos tocamientos sobre los tersos cuerpos de las primas de Vanessa. En algún momento cesaba fugazmente sus tocamientos para reclamar bochornosamente la trompeta del pecado que sostenía el Increíble Hombre Menguante. Cerraba la comitiva el pequeñajo de edad indefinida que dirigía estratégicamente los gritos del inenarrable conjunto, al son de la nueva exigencia surgida éticamente para reclamar que la insigne Ávila fuese completa: ¡QUEREMOS PUERTO DE MAR, QUEREMOS PUERTO DE MAR, Y BALNEARIO DEL INSERSO, QUEREMOS PUERTO DE MAR...! La policía no hacía acto de presencia por ninguna parte. Las madres lloraban, los padres maldecían, los músicos tocaban, el cura blasfemaba, las primas gemían, el Lobo Estepario aullaba, El Increíble Hombre Menguante menguaba, la Palomita Errante volaba, el simpár Gustavito bailaba beodo, Renatito quería besar a Eggbert Bastard, el novio besaba a la novia...

Años después, Eggbert Bastard echaba un vistazo al reportaje en las revistas Life y Time, allí aparecían las efigies de los causantes de su ruina. El reportaje había sido un éxito y Ávila seguía siendo la Meca del turismo mundial tras el fin del milenio, que no del mundo. El fin del mundo sólo había acontecido para el infeliz Eggbert Bastard el día de la boda que aparecía en todo aquél paquete de periódicos viejos de todo el mundo, donde se narraba el bochornoso espectáculo que un conocido periodista norteamericano, famoso por sus excesos sexuales con las jovencitas, había causado en el centro de la religiosidad mundial de 1999, donde había saboteado una boda decente contratando a una pandilla de borrachos donde, figuraba su sobrino, y bla, bla, bla...

Tras la boda, para consolar a la triste Alfonsa, la prometió casarse con ella, pues sabía de su admiración hacia él. Días después, ella lo obligó a cumplir su promesa y se casaron en un pueblo abulense que no dieron a conocer. Eggbert Bastard pasaría el fin de su existencia en aquél villorrio, teniendo que aguantar a una gorda histérica y sin poder saciar sus apetitos con su hijastra, pues su mala fama se había extendido rápidamente por el pueblo. Triste fin para nuestro héroe.

Renato siguió viajando por el mundo, cobrando el doble por sus reportajes porque las fotos, desenfocadas pero reveladoras, que había tirado el día de Vanessa habían dado la vuelta al mundo y ahora era un fotógrafo de prestigio y fama internacional.



Institución Gran Duque de Alba

II Premio Nacional de Narrativa 1995

Primer Premio

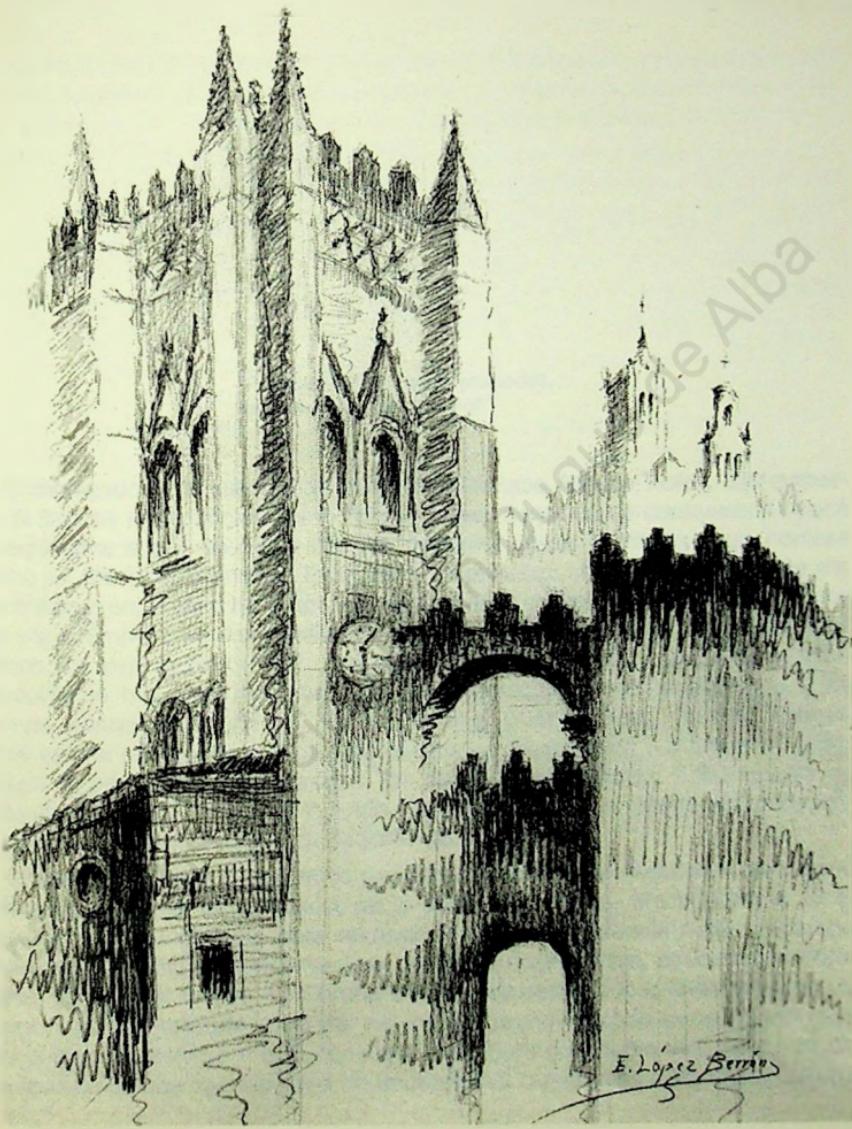
De Ávila y sus Historias

Autor: Iván Escobar Cuesta





Institución Gran Duque de Alba



Alba

"Puestos que no somos profundos,
seamos al menos confusos"

El encargado de la sección de Cultura se llamaba Alfredo Tiofeo. Sin embargo él firmaba sus artículos como Alfredo Típex. Después de conocerle empecé a explicarme a qué se debía que un periódico diese prácticas a un hombre como yo. Me llamo Francisco Farquicio y mi principal ocupación, hasta que me contrataron en calidad de prácticas, era mandar currícula. Los mandé a todos los sitios. Empecé por los medios de comunicación de España: El faro santanderino, La explicación de Gijón, La peonada de Andalucía... Después mi cosmopolitismo hizo que me internase en la curriculuminternacionalmania y mi campo laboral se amplió un 200%: Bankog, Buenos Aires, Sidney. Cuando copé todo el mundo de la comunicación conocido, empecé a mandar mi currículum de periodista a las pizzerías, las estaciones de Renfe, a los locales de masaje con jakuzzi y señorita incluido. De algunos recibí contestación pero ninguno acabó de comprender mi petición de trabajo.

Cuando al cabo de cuatro años me contestaron desde Ávila para ofrecerme trabajo de redactor en un diario, no lo pensé dos veces. Me embarqué en el regional de segunda que, para recorrer la distancia Palencia-Ávila, trazó una línea perpendicular al meridiano y me ofreció la oportunidad, educativa por otra parte, de conocer Sevilla, La Coruña e Irún para desembocar finalmente en mi nuevo hogar amurallado. Una vez allí me pertreché de todo lo necesario para dar buena impresión a mis superiores. Grabadora con doble velocidad, un bic de cada color, una agenda llena de anotaciones marginales para disimular una

indisimulable falta de contactos, y una cámara de fotos Polaroid de esas de clik y dos minutos para encontrarte a tu madre decapitada y a tu hermano pequeño pareciendo el hermano pequeño de Severo o Roto.

En cuanto entré en la redacción, una burbujeante velocidad en mis venas hizo que mi natural instinto periodístico se agudizase:

– Hola -le dije al entrar, con aire despistado- Hola, buenos días.

– Buenas tardes puesto que son ya las doce y cinco minutos -corregí con seguridad sin parar de mirar a todos los sitios y de fisgar detrás de las puertas, oisqueando con sonoridad como había visto hacer en las películas sobre el Watergate:

– Supongo que sabe quién soy.

– Pues no. No caigo ahora.

– Lógico. No le he dicho mi nombre.

– Claro...

Enseguida me di cuenta de que aquel sujeto me estaba tanteando. Me examinaba con astucia para ver qué calado de periodista tenía delante. Ese "claro..." colgado que había dejado caer me invitaba a desnudar mi identidad, a ponerme a descubierto sin retaguardia..

– ¿Es que no advina mi nombre?

– Pues no, la verdad es que no.

– Yo en cambio sé su nombre: Luis Veterano -le dije mientras me dejaba caer en la silla con un chasquido seco que enseguida asocié al bic verde que se me clavó en una parte ominosa del culo.

– ¿Perdón?-me contestó, alargando inútilmente este juego detectivesco.

– Se llama Luis porque lo lleva grabado en la solapa izquierda de la bata que viste y en cuanto a su apellido está escrito en la puerta que acabo de transpasar. Yo soy el periodista que necesitaba.

El hombre aún dubitativo por mi demostración racionalista propia de Hércules Poirot, tardó en contestar:

– Temo que haya una equivocación. Me llamo Luis, en efecto, pero el cartel que hay en la puerta pone Veterinario, y más abajo: Canilux. Esta clínica es para perros.

Antes de retirarme verifiqué la certeza de sus afirmaciones leyendo de nuevo el cartel que rezaba lo que aquel hombre de bata blanca había afirmado. Dos bares más adelante encontré el portal de mi destino que franqueé, no sin previa lectura detenida del cartel de la puerta.

En cuanto me ví delante del director le manifesté sin más preámbulos mi intención de trabajar en la sección de parapsicología del diario. Quizá mi determinación le cogió un poco por sorpresa porque siguió fumando el puro que tenía medio consumido entre los labios sin contestarme.

– Que avisen a Tiofeo -dijo por un interfono que tenía en la mesa. A mí me pareció un mal comienzo. Un hombre que trataba así a sus redactores fijos no se sabía lo que podía hacer con uno de prácticas. Más tarde caí en la cuenta del desafortunado apellido de Alfredo.

– Su primera misión aquí será sustituir al redactor de cultura, que se encuentra imposibilitado para cubrir el I Simposio Internacional sobre las ciudades más bellas del mundo a la que asiste como participante Ávila. En ese momento se entornó con estrépito la puerta del director y entró el susodicho Tiofeo, más conocido profesionalmente como Tipex.

– Aquí tiene su sustituto Alfredo. Explíqueme cual es nuestra forma de trabajo y su función en este periódico.

En cuanto ví a Tiofeo supe la razón de mi presencia allí. No se podía mandar un tío así a un Simposio que versara sobre lo bello, lo artístico. Era claro que el director sabía lo que hacía, quería cuidar lo que ahora se llama "imagen corporativa" de su periódico.

Verás -me explicó mientras me enseñaba la redacción y me presentaba a mis nuevos compañeros. Yo no puedo ir al Simposio porque es en Francia y como verás estoy atado a la silla de ruedas y no podría moverme con facilidad por las estaciones y los aeropuertos.

– ¿Y por qué yo? -le pregunté sin circunloquios.

– Está claro. En tu currículum afirmabas hablar perfectamente noventa y siete idiomas diferentes.

Quizá había exagerado un poco al describir mi manejo de los noventa y siete idiomas como "perfecto". Lo único que había hecho era escribir "Curriculum Vitae" en noventa y siete idiomas diferentes y el resto en castellano. Mandarlo a noventa y siete países diferentes donde me ignoraron noventa y siete veces

seguidas. Después de mis noventa y siete fracasos me creí en el derecho de afirmar mi multilingüismo interétnico, ya que, en cierta medida, me había comunicado en sus diferentes idiomas y, aunque nadie me hubiese contestado, eso no quería decir que no me hubieran entendido.

— Allí hablarán catedráticos de todo el mundo y siempre es un engorro depender de los traductores. Además generalmente traducen lo que les apetece. Ávila se juega mucho en este Simposio. Puede que la nombren Ciudad Monumental de Europa y le concedan la famosa subvención íntegra a espacios históricos de la Comunidad Internacional. ¿Cómo para depender de los gilipollas de los traductores, eh?

— Sí claro, los gilipollas de los traductores -corroboré al instante.

Esta era mi primera incursión en el mundo laboral y no iba a dejar que un pequeño mal entendido estropease mi carrera. Cogí mi acreditación, me la enganché en la solapa de la camisa con un imperdible después de pincharme dos veces el pezón y me despedí de Tiofeo:

— Te mantendré dianamente informado estreché su mano morcillona y caliente intentando no imaginar de dónde provenía la extrema temperatura de sus dedos, que sólo se produce en ciertas zonas del cuerpo, y me marché.

Pese a no haber pasado una sólo noche en la habitación del hostal donde tenía varada la maleta, la señora María, una mujer de carnes circuncéntricas y papada arzobispal, me espetó con la idea de cobrarme una noche. La disputa verbal desembocó en algo más característico de la sangre latina y mediterránea. La señora María, con la virtud de su peso gravitatorio, empujaba hacia el epicentro de sus pechos mi exiguo equipaje. Yo, por mi parte, respondía con la oratoria propia de un comunicador, y una buena dosis de bíceps que llevaban las de perder. Demostrando la comprensión de los vencidos acabé pagando a la hostlera tres noches y entendiendo de una sola vez la injusticia del tratado de Versalles, por el cual la Triple Alianza cedió territorio y yo mis primeras dietas de reportero de simposiums.

En cuanto llegué a tierras Napoleónicas me percaté de que los franceses utilizan mas frases que "Curriculum Vitae" al hablar porque no entendía nada. En la misma estación de París me acerqué, para que me auxiliase, a un amable gendarme que resultó ser una estrella del rock. Sin yo pedírselo volvió la cara y me eruptó en la nariz. Sin mostrarme dolido por su falta de educación, le metí una patada en los güevos con toda mi fuerza y salí corriendo tan rápido como

me permitieron mis temblorosas piernas de reportero de simposiums. Ya había corrido mi primera aventura de reportero de simposiums. Ya podría narrar mis chascarrillos a los alumnos de Ciencias de la Información cuando me invitasen a conferencias sobre ética y pluralismo porque, aunque he acudido a cientos, todas eran sobre ética y pluralismo. Algo perdido decidí encaminarme al periódico "De Gaulle". Allí me conocerían ya que era uno de los 5627 sitios donde había enviado mi Currículum Vitae. Cual fue mi sorpresa cuando descubrí que el periódico había cerrado por quiebra económica e ideológica en 1964. Realmente debe de haber utilizado una guía de la comunicación más actualizada a la hora de buscar trabajo. Sin rendirme por los primeros contratiempos busqué un gendarme con minuciosidad, ya que los franceses visten unos trajes realmente parecidos a los de la policía. Cuando finalmente me cercioré, después de siete vueltas alrededor de un hombre, de que era un agente del orden público, y antes de que desenfundase la pistola que comenzaba a acariciar confundiéndome con un etarra, le indiqué mi acreditación. Me miró fijamente por unos instantes y me tomó el pulso. Al principio no sabía a qué atribuir tal comportamiento hasta que me percaté de que los pinchazos del imperdible de la acreditación en mi pezón izquierdo había originado una mancha sanguinolenta en la zona arterial de mi ventrículo. Tranquilizándole sobre el estado de mi salud, le indiqué el hotel de cinco estrellas donde se celebraría el simposium sobre ciudades históricas llamado "La Marellesa". El pareció entenderme y dijo:

– Ion fransuá bofi yas yiscalis nescá bulubú.

Lógicamente no entendí una palabra pero le dí las gracias muy atentamente, mirándole alternativamente la gorra y los zapatos.

Aunque tardé dos días en encontrar el hotel "La Marellesa", debo argumentar en mi defensa que ahora podría escribir un callejero de París para uso de los taxistas. Un reportero de simposiums debe saber aclimatarse a todos los terrenos.

Llamé tres veces a Tiofeo narrándole lo que imaginaba sucedía en la reunión de catedráticos:

– Aquí va todo bien, Ávila está en la boca de todos.

– Eso está bien. ¿Y qué dicen?

– Todavía nada porque como tú predeciste, los traductores lo llan todo y cuando el ruso dice Ávila, el intérprete traduce Arvolonsky. El griego en cambio traduce Ávilanaikos y el francés Avisua y aquí no hay quien se entienda.

— Bueno -me dijo, sin dejarse convencer mucho por mis explicaciones- mantenme al corriente, que nos jugamos mucho. Sobre todo tú, no lo olvides, que te juegas el puesto.

Sentí sus dedos gordos y calientes en mi cuello a través de la línea telefónica y sólo acerté a decirle:

— Adiós Tiofeo.

Cuando encontré el hotel "La Marsellesa", el simposium llenaba de reporteros de simposiums el recibidor y las escaleras, que estaban enmoquetadas con una alfombra granate cereza.

— Soy Farquicio -le dije al recepcionista en castellano, ya que tenía cara de multilingüista, como yo.

— Señor Falconeti. Le estábamos esperando.

— Es multilingüista -pensé- pero algo sordo.

— Nos preguntábamos donde se había metido. Desde Navarra nos decían que había salido hacía dos días y aquí no había llegado. Para más preocupación, hoy venía en los periódicos el accidente de un famoso profesor español en tierras francesas. Sin embargo, y gracias a Dios, ya está resuelto el mal entendido. Tiene el tiempo justo de pegarse una ducha y descansar un poco antes de su conferencia.

No sabía a qué conferencia se refería pero como lo de la ducha y la siesta me gustó, no puse objeción alguna y me dejé conducir por una azafata de piernas eternas hasta una suite del tercer piso.

— Vongair yas tre pes poufs diatrib -me dijo al abrir la puerta. Creí haberla entendido la agarré por la cintura y le metí la lengua en la boca. Ella me mordió y huyó a la carrera. Pese al dolor, me dejó buen sabor de boca y pensé en la excitante vida de los reporteros de simposiums. Nada tenía que envidiar a los de guerra. Estaba allí, con mi acreditación clavada en un pecho, representando los intereses de mi querida Ávila. Cuna de tantas cosas. De tantos dulces con nombre de santo. De la muralla, seguramente copiada por los chinos. Era un tío grande. Un James Bond del reporterismo escrito abulense.

El sonido cimbreante del teléfono me devolvió a la habitación color cereza
¿Lo coges tú o lo cojo yo, mamá?

Tardé unos segundos en desprenderme de mi nostálgico recuerdo familiar y ubicarme en aquel pastel de tutifrutí. Cuando lo hice me avalancé hacia el teléfono, cayéndome de brúces, con un crujido de rodilla incluida.

- ¿Dígame?
- Señor Falconeti, le llamo para que no olvide que dentro de diez minutos se tiene previsto su conferencia junto al profesor Ibarratxuburu.
- ¿Conoce usted la serie de televisión: "Hombre rico, hombre pobre"?
- No, lo lamento señor Falconeti.
- Se nota -le grito a través del auricular indignado- si no no me llamaría Falconeti.
- No le entiendo, señor.
- No importa.
- Entonces ¿mantenemos la hora de la conferencia señor Falconeti?
- Y dale.
- ¿Perdón?
- Si, sí, descuide, me estaba terminando de afeitar. Por cierto ¿cree que sería tan amable de encontrar un bastón para mí?

Mi barba de tres días y mi cojera debida al tortazo que me había dado al coger el teléfono, me concedía un status elevado, más elevado que el de un simple reportero de simposiums. Un hombre con barba de tres días y cojera se merecía cuando menos ser un catedrático.

Cruzando por medio de la sala seguí la alfombra de cereza hasta la tribuna donde me senté. Al parecer, mi compañero de conferencia Ibarratxuburu iba a comenzar a hablar. Era un hombre de unos cincuenta años., medio calvo como yo, solo que era el típico hortera que se dejaba crecer el pelo de las patillas para enredarlo a modo de madreselva a lo largo de su cráneo pulido. Antes de empezar a hablar miró alternativamente a su traductor y a mí con desdén, carraspeó y comenzó a soltar su discurso. En aquel preciso momento un odio irracional se apoderó de mí. Aquel tipo estirado se atrevía a mirar a un catedrático de simposiums con aires de superioridad:

- "La ciudad amurallada que hoy nos ha congregado en este ilustre mausoleo del saber tiene sus orígenes en el medievo español cuando el Rey Alfonso VI, a finales de del siglo XI, parapetó la ciudad castellana con una muralla de tres metros de espesor que..."

- Hipócrita, mentiroso, sanguijuela, mamón.

Todo el auditorio canalizó sus oblicuos vidrios de miopía hacia mí, mientras varios flashes me concedían un aspecto de aparición supraterrenal.

- ¿Perdón?-dijo volviéndose hacia mí.
- Usted nunca ha estado en Ávila. Usted es un mojigato que nos intenta reventar la charla, un saboteador internacional de simposiums de ciudades históricas.
- Lógicamente nadie entendió nada en el auditorio porque los intérpretes se habían quedado más helados que el profesor Ibarratxuburu.
- Le ruego que se tranquilice.
- ¡No necesito tranquilizarme!- de un salto ágil, pese a mi pata chula, me iré en el atril junto a Ibarratxuburu y comencé a poner en práctica la segunda táctica para deshacerme de aquel sujeto indeseable, que intentaba disimular la calva con los pelos de las patillas.
- Usted se está inventando todo lo que dice porque nunca ha visto Ávila. Su apellido, su calva mal escondida y la ausencia de una cojera le delatan.
- Mi segunda táctica, consistente en escupir a discrección según hablaba, dio pronto resultado. Dos perdigonazos salibares se chocaron en el mentón del profeta vasco, que tuvo que recular cediendo su posición en el púlpito.
- Esto es inconcebible- le oí decir antes de marcharse indignado limpiándose los gafos de la cara.
- Yo por mi parte absorbí con la lengua los restos de babas que me quedaron en la barbilla y mirando a mis compañeros de simposiums, tanto reporteros como catedráticos, comencé a relatarles la verdadera historia de la Ávila histórica:
- Ese hombre era un estafador que les intentaba vender la moto- dije, conminando al intérprete para que comenzara a traducir- Ese tipo calvo no ha estado nunca allí. Yo les puedo descubrir la querida ciudad donde tantos sueños he forjado. Donde crecí. -Pese a no conocer una sola calle de Ávila no era el momento de confesarlo, así que proseguí- Lo importante, lo realmente grandiosos de Ávila no es su monumentalidad, ni su historia, sino el coraje castellano y hercúleo de los hombres y mujeres que lo conservan y ensalzan, como yo hoy aquí, a lo largo y ancho de todo el mundo. Lo importante de la ciudad amurallada son las pequeñas historias. La churrera del paseo de la estación, el mendigo de la basílica de San Vicente, que todavía sonríe al recibir una limosna, el muslo de la niña, ya mujer, que acariciamos a los trece años en la Plaza de Santa Teresa. Esas son las verdaderas historias de Ávila -dije enfe-

brecidamente, ya metido en el personaje, mientras medio auditorio afirmaba con la cabeza. Al parecer todos habían comido churros del paseo de la estación y todos habían hecho cochinadas con una niña a los trece años en la Plaza de Santa Teresa.

– En cuanto a su historia, todo el mundo la conoce. Ávila se asienta sobre un magma volcánico enfriado hace tres mil años. La muralla está levantada por el rey Alvargonzález, hijo del gran Antonio Machado -pude entrever algunas caras de extrañeza entre los catedráticos y decidí jugarme el todo por el todo-. ¿Es que acaso son tan incultos que no conocen la famosa rana de la muralla abulense? -por supuesto nadie la conocía, pero como en los simposiums sobre ciudades históricas siempre hay un par de afirmalotodo, varias cabezas apostillaron mi doctrina. Unos decían:

– Ya, ya.

– Otros

– Wi, wi, wi.

Y los últimos:

– Pies, pies

Viendo que el caldo de cultivo comenzaba a ser favorable hacia mí, decidí soltarme la melena y relatar todas las batallas de la toma de Ávila por romanos, cristianos, beduinos y australianos que se me ocurrieron. Sólo hubo alguna voz de disentismo cuando llevado por la grandiosidad del momento, afirmé:

– Y de esta famosa ciudad partió en realidad Cristóbal Colón a la conquista de otros mundos. Embarcó en su carabela y comenzó la historia del nuevo mundo-

Al instante me percaté de mi pequeño error histórico-cronológico-espacial. Tenía que hacer algo si no quería que toda mi tesis tan bien hilvanada se fuese por tierra. Miré fijamente al traductor y le dí un cachete en la coronilla. El pobre hombre se quedó atónito mirándome con ojos de buey degollado, y yo terminé mi lavado de imagen refiriéndole en voz alta un insulto internacional que me había revelado Tiofeo:

– Gi-li-po-las. Traduce bien que confundes a la parroquia icoño!

El pobre traductor cabecé a modo de pleitesía y continué:

— Como les decía Cristóbal Colón no inició la conquista en Ávila porque allí no había mar.

Entre el público había una graciosa francesa con flequillo que se reía cada vez que yo levantaba los brazos, y al hacerlo se le hinchaba el pecho y se entreveía un escote azul turquesa con encajes. Me pasé el resto de la conferencia levantando los brazos, hasta que mis cuadriceps no pudieron seguir el ritmo frenético de mi mente calenturienta. Entonces el sujetador azul turquesa se dejó de ver y yo decidí acabar la conferencia.

— Todo sigue bien aquí Alfredo, los traductores ya se han puesto de acuerdo y es todo más fluido. Ávila tiene muchas posibilidades de meterse en el bolsillo la subvención. El único escollo era un tipo llamado Ibarraxtuburu, pero ya no está.

— Estás haciendo un buen trabajo Francisco, sigue así.

Por la tarde continuaron las conferencias en el salón Burdeos. Habilmente procuré sentarme al lado de la francesa de encajes turquesa. Para desplazar a un plúmbeo alemán que la cortejaba utilicé mi conocida táctica de la conversación húmeda. Aunque resistió estoicamente tres preguntas seguidas con lluvia de escupitajos, a la cuarta desistió y se fue. Cuando me hice con la pole-position del escote de la francesa me percaté de que, pese a continuar riéndose con idéntico desenfado, desde mi posición de voyeur no podía ver nada, así que, con resuello y un bulto en el pantalón mal disimulado, decidí que la perspectiva del conferenciante era la mejor y de nuevo lo expulsé. Improvisar dos conferencias seguidas sobre Ávila no es fácil. Sobre todo si únicamente conoces el hostal de la voluminosa señora María. Así que empecé a cruzar mis conocimientos periodísticos con los propiamente abulenses. Afirme con rotundidad que la famosa "Guerra de los mundos", que popularizase Orson Welles en Norteamérica, en realidad se había originado y experimentado por primera vez en Ávila. Sólo que en la ciudad castellana había ocasionado resultados mucho más funestos. La invasión marciana nunca se llegó a desmentir en los medios de comunicación. Desde entonces todos los abulenses decidieron martillear la rodilla izquierda de sus hijos al nacer para que se pudiese identificar a los marcianos. Llegados a este punto, todos miraron mi bastón y una exclamación de horror generalizado se apoderó de la sala. Alguno se percató que la rodilla de la que cojeaba era la derecha pero nadie se atrevió a increparme. La francesa ya no se reía, así que de nuevo decidí finalizar la conferencia.

En la puerta, dos suizos y la francesa me abordaron. Era claro que mis dos conferencias les habían impresionado.

— Nes cas les fululú medietú confransuá.-Me interpeló la joven con una imperceptible palpitación azul turquesa de la cual no podía separar los ojos.

— Le dice señor Falconeti-tradujo un multilingüista, como yo, que andaba cerca-que le han imteresado mucho sus intervenciones y pregunta si podrían desplazarse a Ávila para estudiar sobre el terreno la posible inversión.

iCómo negarme!

El viaje fue más entretenido de lo que esperaba. Cuando le conté la marcha del asunto a Alfredo Tiofeo me dijo:

— No pierdas detalle. Síguelos hasta el water si fuese necesario. Esa subvención es el notición del año para Ávila.

No tuvo que repetirlo. Me mareé con el primer repiqueo del tren y todo el que entraba en el aseo se veía obligado a compartirlo conmigo y mi desayuno.

Yo tenía siempre presente mi triple papel de redactor de simposiums, catedrático de historia y guía turístico. Cuando me asomé desde la ventanilla del wáter para otear el paisaje y, tras esquivar hábilmente un poste eléctrico que a punto estuvo de decapitarme, empecé a reconocer los campos y los ríos y decidí que Ávila comenzaba a despuntar en la lejanía. Efectivamente, los edificios empezaban a crecer y multiplicarse a medida que el tren avanzaba. Como acostumbra a suceder, me tocó apresurarme en mis tareas corporales para no tener que vaciar el tanque del servicio en la parada.

Una vez que toda la comitiva hubo descendido del tren, comencé mi tarea de guía. Los conduje con una extraña clarividencia por las calles de Ávila que parecían incluso resultarme conocidas. Alguna curiosa metástasis entre la ciudad y yo -pensé-. No tuvo que transcurrir mucho tiempo para darme cuenta de mi pequeño error. El hábito de mis años de estudiante me había traicionado, y por aquello de la morriña había regresado a la ciudad donde había cursado la carrera. Es decir: Salamanca. Como ya no podía volverme atrás y como nadie se había dado cuenta de la confusión, ni corto ni perezoso les hice un pequeño recorrido por el casco viejo de la ciudad, que los dejó muy impresionados. Para rematar la faena, les enseñé la rana de la muralla, que les expliqué, rodea la ciudad, pero por el subsuelo.

Comimos en la Plaza Mayor, y como allí siempre hay de todo, conseguí que un cojo, por una módica suma de dos mil pesetas, se hiciese pasar por ciudadano de Ávila:

– No quedan muchos abulenses en Ávila -dijo el pobre cojo según le había ordenado- son casi todo extranjeros y marcianos como pueden observar.

Muy impresionados por su visita a la Ávila Charra y yo muy avergonzado por la bola que les había metido, decidí llevarlos al día siguiente a la Ávila real, para que al menos no se fuesen de vacío.

Una vez allí, lo que más les impresionó fue la muralla.

– Es la Universidad -les expliqué- es una de las más importantes de Europa.

Todos asintieron y yo me sentí algo aliviado. Por alguna extraña razón ese día vi al menos veinte cojos paseando por Ávila. No sé si estaba sugestionado por mi propia historia de marcianos o es que se estaba celebrando una paraolimpiada en la ciudad. El caso es que nadie se dio cuenta y toda la comitiva Internacional volvió para Francia satisfecha. Yo me despedí de la francesa en la estación. Le había conseguido hurtar un sujetador en el hotel y me regocijaba con el solazamiento que sólo entienden los feticistas.

– Adiós manmuaselle -le dije mientras intentaba tararear la Marselesa como había visto hacer en Casablanca y que era el nombre, por ende, del hotel donde nos conocimos-. Un ferroviario me golpeó en la espalda creyéndome atragantado y yo desistí.

Cuando volví al periódico, Alfredo estaba muy contento con mi trabajo;

– El perfecto manejo de los idiomas y una inmejorable orientación y rigurosidad profesional te auguran un prometedor futuro en esta redacción.

Yo sólo supe mirar su silla de ruedas y decirle:

– Vaya putada te hizo a ti la invasión de los marcianos ¿eh, Tiofeo?

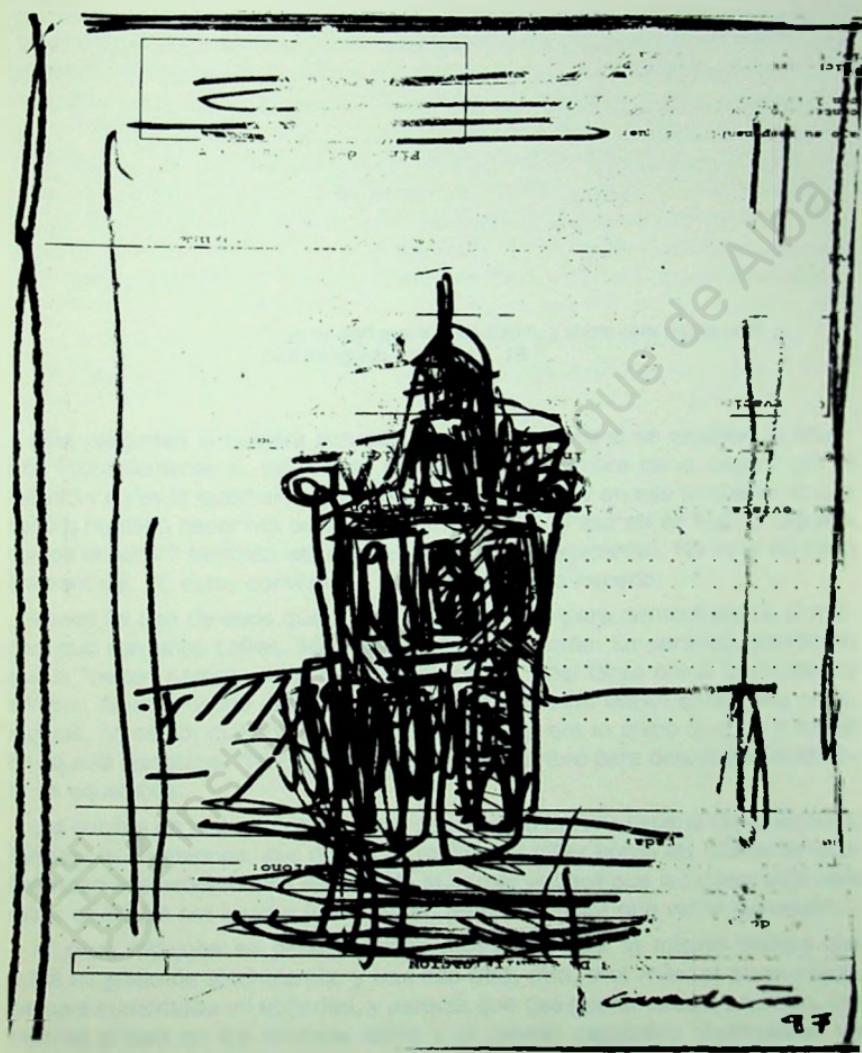
Ávila consiguió la famosa subvención a ciudades históricas de la Comunidad Internacional. Salió publicado en el anuario que edita UNESCO. El único problema fue que la foto que ilustraba la noticia era la puerta de la Universidad de Salamanca. Pero bueno, nada es perfecto. Ayer me llamó la francesa. Se va a celebrar un congreso sobre "Tradiciones Españolas Ancestrales" y quiere que asista como ponente. Estoy pensando ir. Ávila tiene que estar representada en estos sitios por alguien con seriedad.



Accésit

Verde

Autor: Marcos Antonio Hierro Menéndez





Institución Gran Duque de Alba

"Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia..." (Mt. 16, 18.)

¿Me preguntas si hubiera actuado igual que lo hice si se repitiera la situación? Probablemente sí. Hay veces en las que un hombre se ve cegado por el instinto y no es la razón sino el corazón el que actúa, y en ese momento lo que debo o no debo hacer me perdería muchas cosas, y eso no es bueno. ¿Qué si cometí un error? también es posible, pero no me arrepiento. No sirve de nada arrepentirse. Sí; estoy convencido de que volvería a hacerlo.

Nunca fui uno de esos que buscan "pelea" sólo para demostrarse a sí mismos que son unos cafres. Más bien todo lo contrario. La paradoja estaba en que la "pelea" parecía estar enamorada de mí. Casi tanto como lo estaba mi sombra. Aquella noche era muy joven todavía cuando decidí tomar una copa, aunque, no sé por qué, presentía que la copa no era lo único que iba a tomar en aquella discoteca. "Ni Fu Ni Gas"; un buen nombre para describir el ambiente de aquel local.

Los cubitos de hielo flotaban en mi copa como barcos esperando la zozobra. Mis únicas diversiones, ese día, eran mirarlos y mirar como las chicas se contoneaban descaradamente esperando al primer imbécil que les dijera algo para reirse de él. No era mucha la diversión, pero era mejor que ver la televisión.

Mi copa rebajaba su peso en cada momento, casi al mismo tiempo que subía mi grado de alcoholemia; y tras ella otra, otra, otra más; el aburrimiento siempre aumentaba mi ebriedad, y parecía que esa noche estaba aburrido. Las mismas chicas en los mismos sitios y el mismo camarero sirviéndome las

misma copa. Bonita manera de comenzar una noche que, seguramente, acabaría sin saber qué había hecho entre las cuatro y las ocho. Las lagunas mentales siempre habían sido mi especialidad: no sería la primera ni la última vez.

De pronto, salida de detrás de una columna, una chica de altura mediana y melena oscura se dirigió hacia mí. Andaba como si con ello se ganara la vida, y llevaba un vestido negro como su pelo que no dejaba nada a la imaginación. Tenía unos preciosos ojos verdes que invitaban a no creer una palabra de lo que dijera. En definitiva, era la clase de mujer que todos soñamos alguna vez. Su paso era firme y seguro, y su pelo caía sobre sus hombros dando un especial brillo al vestido con el que se confundía. Intenté imaginarla desnuda mientras se acercaba. No me fue muy difícil.

- ¿Te regalan las copas en este local? -me preguntó irónicamente.
- ¿Te deja tu madre salir vestida de ese modo? -Respondí yo, intentando no mirar su escote.
- Posiblemente no lo sepa -Me dijo, mientras se apoyaba en la barra.
- Posiblemente el camarero no sepa que estoy bebiendo -Dije yo.
- ¿Respondes a todo con preguntas? -Inguinió curiosa.
- ¿Hablas con el primero que ves beber demasiado? -Pregunté seguro.
- Lo he cogido. No quieres hablar -Me reprochó.
- Yo no he dicho eso, pero pienso que hay cosas que se deben hacer antes de hablar con una persona -dije- Todavía no sé cómo te llamas y estoy hablando contigo.
- Me llamo Bárbara -Dijo sonriendo -¿Y tú?
- Depende del santoral -mentí- ¿Qué día es hoy?
- ¿Me estás vacilando? -preguntó ella un poco enfadada.
- ¿El Papa es católico? -seguí vacilando.
- Ponme un Jack Daniels con mucho hielo -dijo ella dirigiéndose al camarero y enfatizando la última parte de la frase. Eres de conversación fácil, además de muy agradable. -Me dijo.
- ¿Fumas?
- Sí, claro.
- Entonces dame un cigarrillo.

Ella me miro con una mezcla de admiración y de sorpresa dibujada en su rostro. Por un momento me sentía el dominador de aquella conversación que yo no había comenzado. Ella intentó escrutar el interior de mi mente mirándome a los ojos. Luego sacó un cigarro y lo encendió ella misma antes de colocarlo entre mis labios. Mientras, el camarero llenaba un vaso con hielo. No me acordaba de su nombre; mi mente trabajaba intentando recordar a qué actriz de los años cincuenta se parecía. Al fin y al cabo, daba igual. Su amplio escote me nublaba todo el pensamiento. En ningún momento evité contemplarlo con satisfacción y me aseguré de que se diera perfecta cuenta.

— Creo que éste es el comienzo de una buena amistad —dijo mientras paseaba sus labios por el filo del vaso.

Yo la observaba divertido mientras ella realizaba una especie de danza de apareamiento moviéndose en todas direcciones, formando figuras curvas y rectas. Se alejó lentamente hacia la pista sin dejar de mirarme. A diez metros de mí, su mirada seguía clavada en mis ojos igual que cuando la tenía delante. Sin dejar de bailar, se acercaba cada vez más a la puerta mientras yo apuraba ansiosamente los restos de mi séptima copa. Cogí mi chaqueta y salí a su encuentro intuyendo que me estaría esperando. Y allí estaba, apoyada en la puerta de mi coche, con un cigarro en los labios y aquella eterna expresión de lujuria incontrolada, invitándome a perderme con ella en la garganta de la noche. ¿Quién era yo para contradecir al destino?

Me acerqué lentamente con una leve sonrisa dibujada en mi rostro. A medida que la iba teniendo más cerca, la testosterona rebosaba por todo mi organismo mezclándose con el alcohol. La mezcla estaba siendo cada vez más explosiva y estaba planteándose seriamente perder el control abrazado a aquel cuerpo. Si había algo por lo que yo perdería el control, sería una mujer. Y aquella era una buena razón para ello sin duda alguna.

Por fin llegué a su altura. Lentamente, fui acercando mis labios a los suyos hasta que estuvieron tan cerca que no hubiera cabido entre ellos un papel de fumar. Ella cerró los ojos esperando el beso, y yo, amo del momento, di media vuelta al coche y me metí dentro. Sentí un golpe seco en la puerta antes de un silencio sepulcral. No me moví. De repente, la puerta se abrió y Bárbara entró también en el coche. Durante unos instantes formamos un bonito cuadro: ella con su cara de pocos amigos; yo con una sonrisa maliciosa esbozada en mi boca. Parecía el juego entre el gato y el ratón; sólo importaba quién

ponía mejor su cara de póker. Yo creía que me estaba llevando la partida de calle, pero nunca te puedes fiar de una mujer, y mucho menos si tiene los ojos verdes.

Arranqué el coche. En aquel momento no tenía ni idea de a dónde me dirigía, pero la situación, y sobre todo el silencio, estaban enrareciendo demasiado el ambiente. Las piernas desnudas de Bárbara me estaban haciendo pensar demasiado y su generoso escote agudizaba el ansia casi febril que yo me estaba desviviendo por controlar, no sabía por cuánto tiempo más. La carretera se estaba convirtiendo en un camino hacia el infierno y la muralla, siempre majestuosa, guardaba nuestro "pecado" siendo a la vez cómplice y vigilante.

Pensé en la cantidad de veces que había deseado una oportunidad como aquella; miles, millones de instantes de soledad y de rabia. Cuántas veces había dejado que la impotencia arañara mi estómago desde dentro mientras las lágrimas luchaban por salir a la superficie, chocando contra ese muro invisible que sostenía toda una reputación. ¿Y quién necesita una reputación?

Paré el coche sin dar explicaciones. Ella me miraba mientras yo encendía un cigarrillo. No crucé la mirada con ella, simplemente me arrojé sobre sus labios y la besé con más deseo que temura; la luna nos dio la espalda. Nos fundimos en una bacanal de besos, jadeos y sudores; sus manos dibujaban cada uno de los músculos de mi cuerpo con una maestría todavía no descubierta por mí y mis labios secaban su sudor a base de aliento cálido y caliente. Ya no quedaba ropa en mi espalda que cubriera el mapa de arañazos que Bárbara me tatuaba con las uñas, y su vestido negro se iba confundiendo poco a poco con las negras fundas del coche dejando al descubierto un cuerpo de mármol blanco con movimientos absolutamente perfectos.

Con altas dosis de ansiedad comiéndome las entrañas, recliné los asientos y me abalancé sobre ella. El contacto de su piel en la mía producía calambres y descubrí que las manos no son el único instrumento válido para acariciar un cuerpo de mujer, y que unos ojos verdes clavados en los míos tienen el don de hacerme inmune a pensar en las consecuencias de mis actos. Pero los ojos, por supuesto, no eran lo único que me descontrolaba en aquel momento. Dominar una situación como aquella, aunque lo descubrí más tarde, era poco menos que imposible: a una mujer como esa no se la domina nunca. Tienes que dejarte hacer y sobre todo no pensar. Y sé que aunque lo hubiera sabido entonces, hubiera intentado demostrarme a mí mismo que yo no era un cualquiera. Pero la noche terminó como debió terminar: ella se fue.

Yo entonces me quedé sentado en el asiento del conductor. Encendí un cigarrillo mientras seguía escuchando el eco de aquel "adiós" que no entendía muy bien qué significaba. No quiso darme su dirección ni su teléfono, no quiso que la llevara a casa y no quiso que me moviera de allí. Sólo dijo "adiós". Un extraño sentimiento de confusión se apoderó de mí. Me estaba dando cuenta de que había hecho lo que ella había querido, pero seguía ciego, y seguía orgulloso de mí mismo por mi forma de llevar la situación. Aunque en aquel momento yo no lo veía, hasta la luna parecía reírse de mí. Y yo, con mi sonrisa de satisfacción en los labios, me fui a casa.

El teléfono del salón se empeñó en que no disfrutara de toda una mañana de sueño. Sin saber por qué, me levanté nada más que lo oí sonar. Tal vez esperaba, aunque sin mucho convencimiento, que Bárbara estuviera al otro lado del aparato. Había pasado un mes desde que la conocí y no la había vuelto a ver. No sabía si era melancolía, añoranza o simple encoñamiento, pero era muy cierto que la había empezado a echar de menos. Descolgué el auricular con escepticismo.

- Digame. -la ansiedad se notaba en mi voz.
- Buenos días. -dijo una voz al otro lado. Yo la conocía y la esperaba; no estaba equivocado. Nunca me había alegrado tanto de no equivocarme en un juicio. No supe qué decir.
- Hola -fue lo único que me salió. -¿Qué tal? -se me habían olvidado todas las cosas que quería decirle.
- Creí que ibas a preguntarme como había conseguido tu teléfono.
- Tienes razón. ¿Cómo lo has conseguido? -una estúpida sonrisa resaltaba mi atontamiento. Suerte que ella no la veía.
- Tú me lo diste. Estabas borracho -yo estaba empezando a descubrir que ahora era ella la que dominaba. Me estaba llevando a su terreno y yo la seguía como un corderito que va irremisiblemente al matadero.
- Ahora que lo dices, es cierto -dije yo sin recordar en absoluto haberle dado mi número. -Pero creo que no me has llamado para preguntarme esa tontería, ¿verdad?.
- Por supuesto que no. Te llamaba porque quiero verte -me dijo con una seguridad que llegó a impresionarme.
- Sí, yo también quiero verte -sólo faltó que la suplicara con mi baba, que ya empezaba a mojar el suelo- ¿Dónde quieres que quedemos?

— Vete el viernes al "Oh! Calcuta". Puede que esté allí a eso de las dos. Me gustaría encontrarte allí.

- Bien. En el "Oh! Calcuta" a las dos.
- Entonces hasta el viernes.
- Sí, hasta el viernes.

Colgué el teléfono. La estúpida mueca parecida a una sonrisa seguía colgada de mi boca. Y la sonrisa no era lo único estúpido en mí entonces. Acababa de arrastrarme como un perro ante una mujer con la que había pasado un buen rato y a la que no conocía de nada más. Y en realidad no conocía de ella más que su nombre, su cuerpo y unos ojos verdes que se me quedaron grabados. Ni siquiera sabía si Bárbara era su verdadero nombre y ya era mi palabra preferida. En realidad la situación era un tanto cómica: me estaba empezando a enamorar de una mujer con la que no había cruzado más que monosílabos en una noche de sexo, y subrayo, sexo; de ninguna manera amor.

Ahora empiezo a preguntarme por qué el cerebro de un hombre actúa de esa manera. Primero nos creemos dueños del mundo y todo se subordina a nosotros, incluso las mujeres. Perdón; sobre todo las mujeres. ¡Qué ilusos somos!. Nunca nos damos cuenta de que las mujeres nos dominan con las palabras que queremos oír para darnos siempre la razón mientras nos dirigen desde nuestra mente. Siempre he pensado que las mujeres tenían mucho de hipnotizadoras, pero estaba convencido de que las mujeres con los ojos verdes eran auténticas brujas; sus filtros y pócimas jamás tienen antidoto, y ésta no iba a ser la excepción. Lo peor de todo es que yo me daba cuenta de lo que pasaba, pero me parecía un juego, más o menos inocente, entre dos mentes dominantes.

El tiempo transcurría demasiado lento para mí. Cada hora que pasaba era como un siglo, y los días no se iban nunca. Mi concentración empezaba a flaquear y me importaban muy pocas cosas. Bárbara me sacaba de la realidad aun estando ausente; quizás sobre todo porque estaba ausente. La veía en la televisión, entre los renglones de mis libros, la escuchaba en la radio, entre los cubitos de hielo de mis coca-colas, reflejada en mi Zippo y entre el humo de los muchos cigarros que fumaba. Y ahora que lo veo desde lejos, empiezo a darme cuenta de lo mucho que esa mujer y sus ojos marcaron el fondo de mi alma.

Y llegó aquel viernes como llegan todos los días de la semana. La diferencia era que aquel no era un viernes cualquiera, y mucho menos un día cualquiera. Ojalá lo hubiera sido.

Me duché y me afeité. Me miré en el espejo con esa expresión que ponía siempre en el instituto. Parecía decir "estás que rompes, chaval. Sal ahí pártelel corazón". Maldito payaso. Hasta los colegiales y los chavales del instituto saben que no hay nada que demostrar a nadie aunque te lo pidan. Y lo malo era que me daba cuenta de mi comportamiento, pero me importaba tanto como a un perro la Perestroika. La camisa acariciaba mi espalda y recordaba todos sus arañazos, uno por uno, a medida que la tela iba rozando mi torso. Pensé en cómo enfocar esa segunda vez de manera que ocultara mi ansia por verla -de todas formas, ni siquiera yo lo admitía entonces-. Sólo conseguí hacer planes inútiles que no llevaría a cabo.

Miré el reloj: las nueve. Todavía quedaban cinco horas hasta el momento de verla. Puse la televisión y me apoltroné en el sofá. El zappin me parecía una forma, al menos en un primer momento, bastante buena de matar el tiempo; comprendí pronto que me equivocaba. En ninguno de los veinticuatro canales de mi televisión había nada que me hiciera olvidar el nerviosismo casi ansioso que machacaba mis cimientos. En aquel momento pensé que la televisión era como la policía; nunca está cuando se la necesita. Quizá es que yo fui demasiado inoportuno, no sé. El caso es que no había nada que me retuviera en aquel sofá y ante aquella caja tonta, por lo que decidí que podría tomar una copa antes de reunirme con Bárbara.

Cogí mi chaqueta y abrí la puerta de mi casa. Antes de salir, me volví para mirarme de nuevo en el espejo; estúpidamente, me guiñé un ojo a mí mismo y cerré la puerta con llave tras de mí. En realidad esperaba pasar la noche con Bárbara, ya fuera en su casa o en la mía, pero jamás imaginé lo que acabaría haciendo esa noche. Es curioso cómo la vida puede sorprenderte aún cuando crees que ya lo has visto todo. Creo que no acabaré nunca de aprender, y mucho menos de sorprenderme. Siempre hay cosas que se escapan...

Al arrancar el coche, sentí algo parecido a la emoción. Al menos, yo lo interpretaba de esa manera. Sin duda yo no era, ni mucho menos, el arrogante galán que hacía un mes había conocido a una chica en una discoteca y se había divertido a su costa. Ahora, mientras estaba conduciendo en dirección a Vallespín, me estaba haciendo a mí mismo demasiadas preguntas, y no es bueno pensar

demasiado. A veces, en esta vida, te pierdes muchas cosas si te paras a pensártelas. Sobre todo si no hay explicación o respuesta posible para ellas.

Es impresionante ver la gente que se mueve por Vallespín un viernes por la noche; chicos, chicas, indefinidos, de todas las razas y colores, de todos los lugares que se conocen. Jamás me había parado a pensarla. Desde "El Chico" hasta la muralla, la calle pavimentada con adoquines estaba absolutamente llena. Garitos como el "TBO" o el "Ático" no permitían entrar a nadie más por la avalancha de gente que, a duras penas, se movía en el interior. Nunca me había parado a pensar en cómo una ciudad tan pequeña como Ávila podía albergar a tanta gente los fines de semana. De todas formas, eran las once y media de la noche, y yo no quería ver multitudes. Busqué un sitio tranquilo como el "Teodorillo". Me gustaba ese bar.

Al llegar, Antonio, que regentaba el local y estaba poniendo una copa a un gigantesco rubio con pinta de extranjero, me hizo un gesto de bienvenida con la cabeza. Al fin y al cabo, no había mucha gente. Me preparé para tomarme el vodka con naranja que había pedido mientras miraba la televisión; otro guardia civil asesinado en Bilbao. Por un momento me paré a pensar en el poco valor que la vida humana tiene para algunas personas. ¿Es tan fácil encontrar esa sangre fría necesaria para acabar con un ser de tu misma especie? ¿Cómo se siente uno sabiendo que le ha quitado la vida a un ser humano? Debe ser terrible. aunque, claro, si no te paras a pensarla antes, tampoco lo harás después. Era mejor no pensar en nada de eso. La muerte era un tema que nunca me había gustado. Ahora sé que no son lo principios, sino las situaciones las que ordenan y empujan...

Comencé a mirar los cubitos de hielo flotando en la bebida y recordé aquella primera - y única- vez que vi a Bárbara. En realidad, las cosas habían cambiado mucho. A posterior te das cuenta de lo que puede influir un sentimiento en los actos de un ser humano. ¿Y nosotros nos llamamos racionales? Me pregunto si no sería mejor cambiar ese calificativo por el de "sentimentales" o "pasionales". Sí, es posible que haya gente que piense con la cabeza -quizá las mujeres- pero también la hay que lo hace con el bajo vientre, donde se encuentran ubicados los más bajos instintos, que dicen que en el hombre son restos del primitivo animal del que procedemos. Algunos no procedemos de, somos animales. Entre otras cosas porque no nos arrepentimos de nada aunque sepamos que somos rastreros.

Había pensado ya demasiado en cosas que, al menos hasta ese momento, no tenían demasiado que ver con mi cita de esa noche. Tres copas dan para meditar durante un buen rato. En un par de ocasiones, estuve incluso tentado de hablar con Antonio y contarle mi problema, pero a fin de cuentas, a él qué le importaba. En realidad eran cosas que sólo a mí me incumbían y que sólo yo debía meditar y dar las vueltas que considerase oportunas, aunque fuera para no encontrar solución alguna al problema. ¿Problema? ¿Qué problema había? Bárbara me había llamado y quería verme. Incluso había quedado conmigo. Definitivamente, el alcohol estaba empezando a embotarme el cerebro. ¿O es que quizás ya entonces me daba cuenta de que algo no cuadraba? Como nunca he creído en percepciones extrasensoriales, le echaré la culpa al alcohol.

Apuré el último trago de mi copa y me despedí de Antonio. El extranjero me hizo una seña con la mano mientras bebía. Eran las dos menos cuarto de la mañana y ya estaba un poco cargado. Salí de la pequeña plazoleta donde se encontraba el "Teodorillo" y me encontré metido hasta las cejas en el ambiente de Vallespín. La gente subía y bajaba la fatigosa cuesta sin reparar en aquel semiborracho solitario que, dando tumbos, se dirigía al primer sitio donde lograse llegar. Y de allí al "Oh, Calcuta".

Mientras llegaba al "Ático", o al menos a su altura, me iba preguntando la verdadera razón por la que estaba bebiendo esa noche. En teoría debería estar sobrio para hablar con Bárbara, pero la teoría se hacía pedazos a la hora de analizarme. En realidad nunca hubo tipo humano en el que yo me encuadrase, siempre fui un poco de todos y mucho de ninguno. De hecho nadie lleva copas de más a una cita sino yo, aunque yo no tenía nada claro que fuese una cita: me había dicho que pasaría por el "Oh, Calcuta" a eso de las dos, pero no había nada fijo. No me había dado cuenta porque entonces sólo quería verla.

Seguí bajando la cuesta hasta llegar al "TBO": estaba lleno. Me paré un momento en la puerta para escuchar "Angel Of Harlem" de los U2. Me gustaba esa canción y todas las de U2. Todavía con el eco de la canción en los oídos, llegué al "Oh, Calcuta". Nunca había sido uno de mis locales preferidos, pero Bárbara mandaba desde aquel maldito instante en el que me hipnotizó para llevármelo yo. Creo que controlaba hasta mi forma de expresarme.

Abrí la puerta y, rápidamente, un fuerte olor a porro me abofeteó en pleno rostro. Quizá me vino bien para despertarme un poco. Busqué en todas direcciones: ni rastro de Bárbara. Mi reloj macaba las dos menos cinco. "Es pronto" me dije, y avancé como pude entre la gente hasta que conseguí ganar la barra. No había tanta gente como en otros garitos, pero si la suficiente para carecer de intimidad. Tres son multitud, pero uno es soledad, y así me estaba quedando yo. Le pedí al camarero mi enésimo vodka con naranja y no tardó en servírmelo. Pensé que ojalá Bárbara tardara tan poco como el camarero, pero no albergaba la más mínima esperanza de verla antes de terminar mi copa. Una vez más, me equivocaba.

Sólo habían pasado diez minutos desde que me había sentado, pero a mí me parecieron horas. Y entonces entró; hasta el aire pareció limpiarse con aquel perfume de magnolias. No supe nunca si era ella la que purificaba el ambiente o era el ambiente el que se purificaba, sólo para que ella lo volviera a intoxicar de aquella manera tan dulce y a la vez tan peligrosa, quién sabe para quién. Estaba allí, de pie, junto a la puerta. Un cigarro en su boca poseía todo lo que yo aspiraba en aquel instante: consumirme entre sus labios. Ávila, una ciudad tan pequeña y acogedora, se había vuelto para mí distante y gris en el último mes. Empezaba a creer que era verdad eso de que nunca se encuentra lo que se busca.

Bárbara caminó segura entre la gente hasta llegar donde estaba yo que, intentando dominar mis impulsos, le hice una seña. Ante mi sorpresa pasó a mi lado sin ni siquiera dirigirme una mirada. "No me ha visto", pensé yo confiado, y me dispuse a seguirla. Pero mi sorpresa aumentó al ver la escena que siguió a su entrada. Sin mediar palabra, comenzó a besar a todos los chicos que bebían litros de cerveza en el rincón más oscuro del local. Eran unos cinco o seis, y yo me preguntaba quién iba más pasado de "maría", si ellos o Bárbara. Incluso me pregunté si podía ser que yo fuera demasiado pasado de alcohol; no, era absolutamente cierto, no alucinaba.

Me resultaba muy difícil descubrir cada uno de los sentimientos, sensaciones o impulsos que cruzaron mi cabeza. Tenía ganas de estrangular a alguien porque acababa de convertirme en uno de los cientos o quizás miles de chicos que amueblaban la agenda de una especie de "devoradora de hombres". Pero ¿qué demonios esperaba yo de una mujer como ella? Incluso las circunstancias en que la conocí revelaban, o al menos permitían comprender lo que era. Y aún así, yo seguía allí, de pie observando la escena a mis anchas.

Por fin se dio la vuelta y me vio. Yo seguía mirando con esa estúpida expresión de no dar crédito a mis ojos cuando sabía que era cierto. Sorpresivamente para mí, avanzó con seguridad y no tardó en plantarse delante de mí vodka con naranja y beber un trago sin apartar sus preciosos ojos verdes de los míos; otra vez aquellos ojos... Por un momento llegué a preguntarme si serían aquellos ojos los que me hipnotizaban y me arrodillaban ante su voluntad y, siempre seguro, concluí que no estaba muy desencaminado. Quizá por esos ojos estaba yo allí aquella noche y quizás por esos ojos hice lo que hice...

- Hola -dijo sonriendo maliciosamente-. Creí que no vendrías.
- Has sido tú la que ha llegado tarde.
- A lo mejor te he estado buscando por ahí...
- A lo mejor te lo has pasado muy bien mientras buscabas...

Los dos nos mirábamos a los ojos mientras hablábamos. Yo quería controlar la situación, pero no podía soportar aquella inmensidad verde clavada en mi pupila. Me hacía ahogar. Su cara, con esa expresión inocente de la perversidad, llenaba mi visión y colmaba mis deseos para esa noche. Quise odiarla pero no pude.

- No te enfades -me dijo-, he venido aquí sólo para verte. En realidad no suelo venir casi nunca.

- Claro. Y nada más entrar les comes el morro a cinco tíos que no conoces de nada -esperté yo- tienes una vida social un poco curiosa ¿No te parece?

- ¿Hay algo de malo en ello? -dijo sin darle importancia-. Yo no veo la ilegalidad por ningún lado...

Su respuesta me dejó perplejo. En realidad ella tenía toda la razón del mundo; podía hacer lo que quisiera porque yo no era nadie para pedirle cuentas. Al fin y al cabo sólo me había acostado con ella una noche, tras la cual había pasado un mes sin volver a verla. Era la segunda vez que la veía. ¿Quién era yo para decirle lo que debía o lo que no debía hacer?

- Sí, bueno. Tienes razón -dije yo escondiendo la cabeza entre las manos- estoy un poco... bebido. No me hagas mucho caso...

- Te prestaré sólo la atención que te merezas. ¿Tú crees que mereces mucha atención?

- En realidad sólo importa si lo crees tú... -mi voz sonaba ya demasiado suave para albergar ningún tipo de rencor. Estaba dominado de nuevo y ahora

sí que me daba cuenta. Lo peor de todo es que ni podía ni quería hacer nada para evitarlo.

— Puede que me quede un poco contigo -dijo suavemente-, pero también tengo cosas que hacer.

— Cosas más importantes que estar conmigo, claro. -Estaba empezando a enfadarme de nuevo y no sabía por qué-.

— Quizás tú puedas hacer que se me olviden todas esas cosas. Si quisieras intentarlo...

Ya no pude aguantar más; cogiéndola por la cintura, me acerqué a ella y la besé. Ella no se apartó ni intentó eludirme, sino que se aferró a mi cuello y pasó a ser ella la que me dominaba. El contacto de sus labios con los míos era ahora nuevo. Nunca había sentido nada tan ardiente y salvaje. Bárbara estaba demostrando que era un digno oponente y yo me estaba quedando atrás. Pero, de repente, ella se separó de mi boca y clavó sus profundos ojos verdes en los míos. Sentí que me estaba paralizando.

— Si te embarcas en esto, lo haces con todas las consecuencias -dijo.

Yo intenté basarla de nuevo, pero ella me retuvo

— ¿Lo has entendido?

Ya no sabía lo que entendía, simplemente asentí. Ni siquiera me paré a pensar lo que había hecho. Y entonces Bárbara me besó de nuevo, con más pasión incluso que antes.

Y yo seguía paralizado. En el séptimo cielo, pero paralizado. Ya no me acordaba del mes anterior ni de los cinco chicos de hacía diez minutos; ni siquiera de las copas que llevaba encima. Es curiosa la forma que tienen las mujeres de taparle a un hombre la boca: empiezan por hacerle olvidar hasta su propio nombre si es preciso, y luego ya no es posible decir absolutamente nada.

— Salgamos -dijo ella-. He de ir al "Trokel".

Elairecillo de la noche nos acarició el rostro al salir de entre el humo de porro y la música estridente. Francamente: nunca me había alegrado tanto de que una chica me sacara de un local. Pero aunque el aire puro ayudaba, la cuesta de Vallespín se iba haciendo cada vez más empinada, quizás avisándome de que no me estaba metiendo en nada bueno. Quizás sea una tontería; quizás sea una obsesión; puede, pero aquellos ojos verdes estaban dominando cada una de las células de mi cerebro. No podía pensar.

Por fin llegamos al "Trokel". Una cola enorme se agolpaba en la puerta esperando el turno para entrar. Yo había visto a los "niños de Ávila" haciendo cola a las diez de la noche, pero nunca a tanta gente de otros lugares. Tampoco me importó mucho. En aquel momento yo tenía todo lo que deseaba: o al menos estaba convencido de que lo tenía. No era el momento ni el lugar para empezar con las dudas metódicas y acabar borracho en una esquina, sobre todo cuando no distaba mucho para estar borracho.

Las luces del "Trokel" cegaban en vez de alumbrar. Sin embargo, había zonas intencionadamente mal iluminadas que permitían no estar en el local aunque se estuviera dentro. Fue Bárbara la que me condujo hacia uno de esos lugares y yo, por supuesto, no opuse ninguna resistencia. "Dos no discuten si uno no quiere" pensé. Además ¿de qué hubiera servido discutir...? Allí volvimos a dar rienda suelta a nuestras fantasías. La ropa no volaba en esa ocasión, pero daba un cierto morbo. El sudor corría por mi frente y empapaba todo mi cuerpo dejando huella en mi camisa y pegando mis pantalones a mis muslos. Ella me mordía y me basaba sonriendo levemente, con esa cara de esconder siempre lo que estaba pensando, aunque siempre pensaba. Y de qué modo...

- Tengo que ir al lavabo -dijo de repente-. Sin saber ni por qué ni por qué no, me encontré tumbado en un sofá del "Trokel", con la boca seca y con la ansiedad anudada en mi barriga. Decidí que lo mejor era tomar una copa.

Me dirigí a la barra con paso cansino. Al llegar, el camarero me hizo un gesto para que pidiera. Algo suave y bueno: 43-cola; para ella había que bajar un poco los humos: Passport-Ginger-Ale. No pasó mucho tiempo antes de que estuvieran ante mí. Pero no fue sólo eso lo único que tuve enfrente; en medio de la pista Bárbara besaba a un tipo de traje y corbata sin ningún reparo. Y allí estaba yo con cara de estúpido y una copa en cada mano. Me pregunté tantas cosas que no supe que responder primero. No supe ni siquiera responder a muchas de ellas. Lo mejor era esperar a que fuera Bárbara la que me diera todas las respuestas.

No tuve que esperar demasiado, aunque sí lo suficiente para acabar con media copa. Ella vino hacia mí y se paró justo a mis pies, pero no siguió adelante. Parecía como si la hubiera visto con otro hombre. Fue ella la que empezó a hablar.

- Te has levantado a pedir una copa ¿verdad?

- Salta a la vista, -dije señalando los vasos- aunque son dos copas. ¿Para quién será la segunda?

– Es mi marido. -El golpe fue tremendo hacia el mentón-. Casi me deja sin conocimiento.

– Llevo tres años casada con él, aunque soy libre porque siempre está trabajando. Te preguntarás por qué un hombre tan mayor; pues te lo diré: por dinero. Se llama Jorge Muñoz y tiene a sus pies y a los de su constructora a media región, además de ser dueño de la otra media...

Mientras hablaba yo me iba recuperando del shock que me había causado la noticia. Por un momento me pregunté qué coño hacía yo allí, pero algo en mi interior decía que debía quedarme y llegar hasta el final.

Necesitaba conocer la situación porque no estaba dispuesto a perder algo que me había costado consolidar y que ahora estaba enfermo en sus cimientos. Y porque esos ojos seguían marcados en mi alma...

– ¿Y yo qué soy para ti? -Pregunté sin mucho afán-.

– Tú eres mi válvula de escape -respondió-. Sí, eso es. Contigo puedo hacer lo que no puedo hacer con mi marido. Me da asco acostarme con él cada noche. Siento náuseas cuando me toca. No sé cuánto más voy a soportarlo...

– Por supuesto yo soy joven y fuerte y debo de funcionar de puta madre en la cama ¿No? -dije con ironía.

– Si tu quisieras podrías ser algo más que eso...

– ¿Si yo quisiera?

– Eso es lo que he dicho...

Sus palabras me intrigaban terriblemente. No sé si fue la curiosidad o el morbo o las ganas de guardar aquella especie de "amor prohibido" lo que me llevó a indagar un poco más en lo que Bárbara había dicho.

– Y qué es exactamente lo que tengo que hacer para quererlo. -Dije entendiendo que me pediría algo.

– Es algo muy fácil -dijo segura-. Mata a mi marido...

El segundo shock de la noche me golpeó en el pecho. Mi corazón aceleraba su ritmo mientras sus ojos seguían clavados en los míos impidiéndome todo movimiento. Acababa de escuchar a una mujer hacerme una propuesta de asesinato. Aún no estaba repuesto del golpe cuando Bárbara prosiguió.

– Tú no lo conoces de nada y él a ti tampoco. Lo haría yo, pero soy su mujer y sería sospechosa. Nadie te relacionaría conmigo, porque esta es la segunda vez que te veo...

- ¿Pero tú estás loca? -corté en seco-. ¿Pero cómo voy a matar a tu marido...?

- Muy fácil: lo estrangulas -dijo sin comprender que había sido una interrogación retórica-. Ahora acaba de irse a casa. Yo te doy unas llaves y tú vas y lo matas mientras yo voy al "Ático", donde ochenta personas jurarán que me vieron allí la noche del crimen. Luego nos fugamos a Acapulco y a vivir...

La explicación y la seguridad con que la daba, me dejaron perplejo. Todo parecía tan fácil para ella que no se daba cuenta de que me estaba pidiendo que matara a un hombre. Por supuesto que no lo conocía; hasta ahí podíamos llegar. Por un momento deseé que todo fuera un mal sueño y que sonara el despertador; pero, por desgracia, todo era muy real.

Pero lo peor no fue la situación, ni la propuesta, ni siquiera en la forma que me lo dijo. Lo peor fue que lo pensé, y lo pensé muy seriamente. Quizá fue que esos ojos verdes me estaban hipnotizando de nuevo. Quizá fue que aquel cuerpo perfecto había ocupado todo mi cerebro. Quizá fue que el color con el que me estaba pintando el futuro era demasiado claro para dejarlo escapar. No lo sé, nunca lo he sabido. Ni siquiera me he parado a pensarlo. La realidad estaba en que cogí la llave.

- Entonces estás de acuerdo... -dijo ella esperando una respuesta-.

- No -respondí en seco- Pero voy a hacerlo.

Puede que ese fuera un instante de subida fluidez. Mi grado de alcohol subía por momentos con las copas que Bárbara había pedido, y yo no me paré a pensar siquiera en lo que iba a hacer. Simplemente iba a hacerlo porque ella me lo había pedido. Sin más. No recuerdo si en ese momento pensé en Acapulco o en Pekín, pero sé que pensaba en estar con ella. Ahora quiero encontrar una justificación pero no me es posible. De todas formas no me arrepiento; de qué serviría. No cambiaría nada de lo que pasó.

"Plaza de Santa Ana 17, 3º A". La dirección sonaba en mi cabeza como martilleando mis neuronas. Parecía un gran yunque contra el que morían todos los golpes del martillo del herrero. Ni siquiera me despedí de Bárbara, que se quedó allí, sentada, viendo como se convertía en humo entre sus dedos. No miré atrás; mi coche estaba esperando a la puerta.

Camino de su casa, toda mi vida pasaba por mi cabeza. Yo intentaba ver dónde está el fallo, dónde podía encontrar la imagen que me pudiera echar

atrás, pero sólo encontraba unos ojos verdes que me miraban quemando mis fibras, como el gran inquisidor que vigilaba mis movimientos. Horriblemente decidido, me paré un momento en el portal. Curiosamente, la iglesia de Las Gordillas me vigilaba como vigilaba toda la plaza. Cogí aire y suspiré profundamente antes de abrir la puerta del portal y subir. No quise coger el ascensor; el cansancio me ayudaría a no pensar. Y por fin me encontré ante la puerta. Si la traspasaba ya no habría forma de volver atrás.

Tardé unos cinco minutos en introducir la llave en la cerradura. Lentamente la giré y la puerta se abrió ante mí. Una total oscuridad se vió violada por la luz del descansillo de la escalera. Avancé despacio por el pasillo. No me resultó difícil encontrar a mi víctima; roncaba como los camiones viejos. La habitación carecía totalmente de luz. La luna tampoco ayudaba demasiado y tuve que avanzar a tientas hasta el bulto que se veía en la cama. Encendí el mechero y le miré la cara: Sí era él. Era el mismo viejo al que yo había visto besar a Bárbara en el "Trokel" y al que me entraron ganas de estrangular.

Puede que existiera un millón de razones para no estrangular a aquel viejo que dormía ajeno a lo que sucedía en su habitación, pero en aquel momento no se me ocurrió ninguna. Cogí un enorme almohadón y lo puse en su cara, cada vez con más fuerza. Yo veía en aquello una venganza por robarme tres años de Bárbara y atreverse a disfrutar durante ese tiempo de algo que me pertenecía. Una sensación de ansiedad sacudía todos mis músculos, sacando de ellos una auténtica bestia salvaje que clamaba venganza, mientras todos los miembros del viejo se crispaban en un espasmo nervioso. Por fin se quedó quieto. Odio y venganza habían consumado su amor.

Me senté en un sillón a contemplar a oscuras mi trabajo. No veía la expresión de aquel hombre, pero podía imaginármela. Aún no sé por qué, un par de lágrimas recorrieron mis mejillas. Pero ahora podía ir a buscar mi premio, ése que me había ganado a pulso y que estaba demasiado preparado para recibir. Ése que, por suerte o desgracia, había saboreado ya tanto que se me iba de las manos.

Quise llegar al "Trokel" cuanto antes y pisé a fondo. Todo lo que había en mi cabeza eran unos ojos verdes. Pero el "Trokel" estaba cerrado. Era normal a aquella hora, pero yo no lo comprendí. Como poseído por una fuerza sobrehumana, la emprendí a golpes con la puerta mientras gritaba que me dejaran entrar. Frenéticamente, intenté abrir aquella verja con todas mis fuerzas, por-

que detrás había unos ojos verdes que me miraban con una expresión de infinita piedad. Poco a poco, fui cayendo hasta quedar arrodillado en el suelo con el llanto amargo de la impotencia desbordándose desde mis ojos hasta el suelo.

Fue entonces cuando lo comprendí; yo había sido sólo la herramienta perfecta que Bárbara había creado y ahora abandonaba porque tenía sus huellas dactilares. Y yo no podía decir nada porque yo era el asesino. Curiosamente, la expresión de los ojos verdes se fue haciendo de crueldad absoluta. Comprendí mi impotencia y me dejé dominar por una calma terrible y dolorosa que salaba mis heridas pero no permitía ni el más leve quejido. Me reí. Primero levemente y luego de forma estruendosa y frenética.

No sé cómo, desperté en mi casa. Recordaba perfectamente lo que había hecho. Entonces me di cuenta de que no tenía categoría ni siquiera para ser lo contrario que los demás. Era un ser diferente, extraño. Puede que en ocasiones me atreviera a definirme como "peculiar", pero después de la noche anterior, sólo un adjetivo venía a mi cabeza: asesino. Tenía tantas cosas en que pensar, tantas cosas que hacer, tantos días por vivir y tanta vida por delante...! Pero mi cabeza sólo se llenaba con ella, y ella tendría a otro en la cabeza. O quizá en la cama... Desde que la conocí, fue ella la que me empujó a vivir y, paradójicamente, también fue ella el detonante de mi última acción. Fui un perdedor toda mi vida. Ni siquiera eso, mi vida, supe conservarlo.

Tenía miedo. En el fondo, siempre fui un cobarde. Ni siquiera pude afrontar mi muerte como un hombre; pero la muerte no sabe de valentía, ni de amor, ni de clases sociales. Una fuerza enorme e invisible tiraba de todos mis nervios hacia el centro geográfico de mi cuerpo: el estómago. Senti ganas de vomitar, pero no pude.

No escribí carta alguna de despedida; ni para eso tuve valor. Me dirigí a la bañera y abrí la llave del agua caliente. Dejé que se llenara, mezclándose con mis lágrimas, mientras unos ojos verdes que sólo yo veía me observaban desde la ventana abierta. El miedo me agarrotaba, pero estaba resuelto. Totalmente desnudo, me metí en el agua. Quemaba. Llegó el momento; con una navaja que yo siempre había utilizado como abrecartas, hice un corte longitudinal en mis brazos. La sangre manaba a borbotones tiñendo de rojo lo incoloro. En pocos instantes pasó por mi cabeza toda una vida de fracasos, sinsabores y desencuentos; sólo entonces me di cuenta. De pronto, todo se calmó y, poco a

poco, fui quedándome dormido. Como en un sueño, me pareció oír el teléfono sonando en el salón. Quizá detrás hubiera unos ojos verdes...

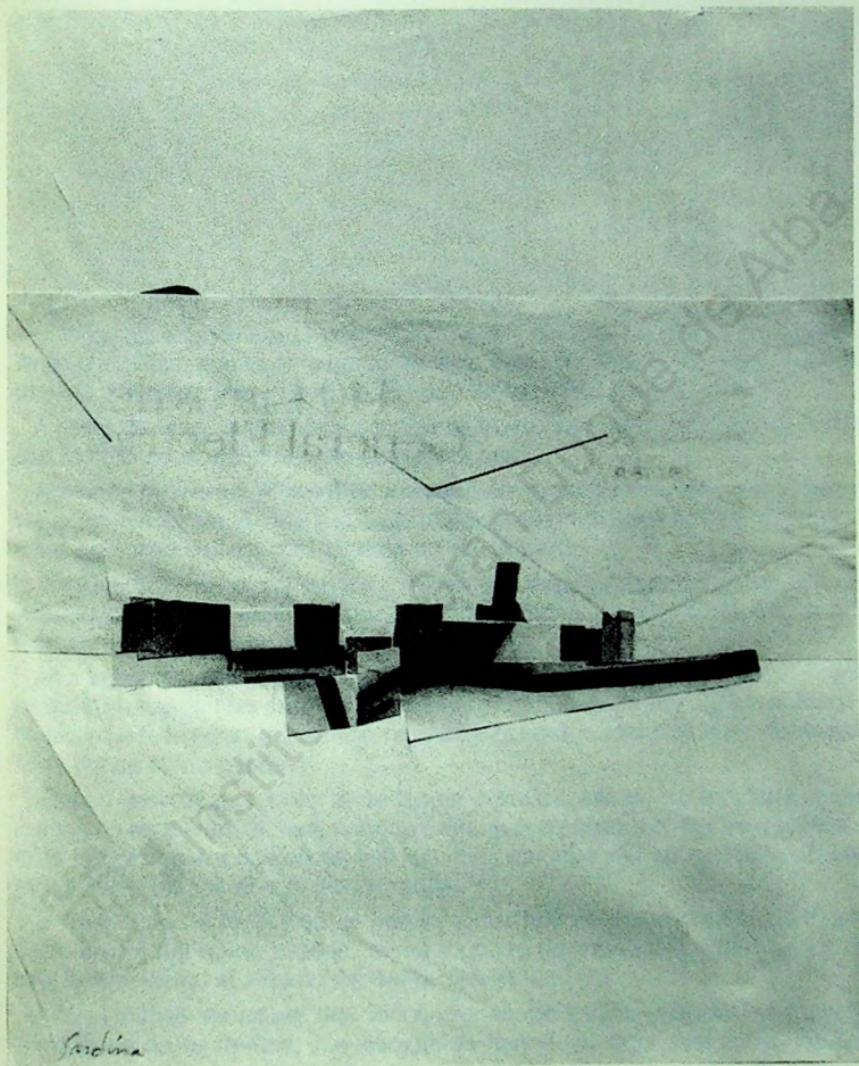
Y ahora, desde aquí, no puedo arrepentirme porque estoy casi seguro de que lo volvería a hacer de nuevo. Nunca creí en un cielo o un infierno y, francamente, esto no se parece ni a uno ni a otro. Y aún no he podido saber si era Bárbara la que llamaba. Ahora recuerdo que ella dijo que esperaría en el "Ático", y yo fui al "Trokel". Al fin y al cabo, no puedo odiarla porque quién sabe si ahora estoy aquí porque me equivoqué. Ahora me gustaría saber por qué estás tú aquí.

Me llamo Jorge Muñoz y una vez me enamoré de una mujer que tenía los ojos verdes...

Mención especial

Ávila en milquinientas pesetas

Autor: Carlos T. Beltrán Castañón



Gardina

Si todos los días amanece como hoy me da un soplón. No hay vergüenza. Tengo que hablar con el encargado de todo esto. No puede ser. Para un fin de semana que tengo libre, hace un frío que se te hielan los tuétanos.

A pesar de todo, como cabe esperar siempre, luce este sol nuestro, con lo cual me pienso lanzar a la calle sea como sea.

Alterando mi mente. Al ritmo de los adoquines, de los pedrolos que deberían seguir en la calle de la Vida y la Muerte y que algún desaprensivo levantó para alisar y de paso colocar otra lágrima en mi recuerdo.

Sí señor, hoy luce el sol y hace un frío del carajo, pero a mí me corren hormiguitas por toda el alma, como descalificándome, no sólo a mí, sino a mis habituales maniobras urbanas.

Aquí la bendita calma, que de tan calmada, a veces, se me subleva. Como no quiero tener tiempo para acordarme de mí, bajo escaleras, salgo al mundo de piedra y me recojo por dentro mientras conduzco mis huesos y mis sesos hacia donde el frío me lleve.

Esquivó señoras que salen lanzadas de portales, saludo sacerdotes que me dieron primeras comuniones, sonré ninfas que conozco de noches distintas a la de ayer y tropiezo dos veces con agujeros canallas del adoquinado. En uno he metido el pie, en el otro las entrañas.

El Espíritu de Santa Teresa se podría cortar hoy más que nunca, me refiero a cortar como el humo espeso, como lonchas de mortadela, como la voz de Bing Crosby, como el Espíritu de Santa Teresa.

A mí al menos me ocurre que en ocasiones me levanto místico, sin duda es la influencia de los vientos, que siempre se han ido de aquí para volver. Por eso

hoy, como luce el sol - creo que lo he dicho - y hace un frío de agarrarse, pues eso.

Ordenando pensamientos, aunque nunca he tenido muchos, me alejaba poco a poco de mí, de la muchedumbre marrón, de los sueños rotos por bocinas, de los sueños amontonados por las calles, el metro, 108 cafés, los...

Me alejaba también del ruido de fondo, de las luces de mentira, de pinchazos en la cabeza y de carreras detrás de la prisa.

Y me acercaba..., claro, porque si me alejo de algo, por silogismo, me acerco a algo. Y yo no sabía a qué me acercaba. Sin embargo, ahí tirado, quiero decir, ahí colgado, quiero decir, soñando que era un empleado llamado Gregorio Samsa a punto de metamorfosearme en cucaracha. Sin embargo, repito, de repente, ¡Pimba!.

Delante de mí, desparramando con descaro su olor glorioso, el único lugar en el que yo entraría en estas condiciones,

EL GRANDE.

Saludo a Antonio que como siempre corre, me saluda mientras friega el mostrador, me pregunta, se va, vuelve, me vuelve a preguntar, se vuelve a ir, me trae una cañita y unas patatas mixtas. ¡Adoro esta ciudad!

Por la plaza, pienso en que cuando un hombre se cae, se rompen los pequeños hilos que le unen con el resto de los hombres y que por eso debemos intentar que los que tenemos cerca no se caigan. Yo, como tú, me sorprendo a veces de mis pensamientos. Retorna la pequeña depresión, ¿soportales?, no, sol. ¡Madre mía qué frío hace!, se me congelan las orejas, fijate qué cosas, un convento de clausura, yo me meto en el de al lado,

LA SANTA.

Como si al entrar hubiese accionado el timbre de alarma, un respingo en forma de camarero me apremia en mi elección, no me preocupa, sé lo que quiero, una caña y souqué de pulpo, francamente bueno. ¡Adoro esta ciudad!

Paseando agarrado de mi mano, contemplo el Valle, la Serrota, el pico Zapatero. Me dejo arrasar por las púas que trae el viento, y, ya que estoy, me pregunto qué querría decir Wagner cuando afirmaba que nuestra civilización

reniega completamente del hombre y que nuestra cultura se sirve del espíritu humano sólo como de una fuerza motriz de la máquina. ¿Qué quieres que haga?, sin querer me pongo a pensar en cosas así.

Mirando la magnífica inmarcesibilidad de las murallas me asaltan ideas peregrinas que alguna vez pasearon por mi mente y regresar a saludar, y también deseo ser un extraño que las mira por primera vez, soñar, soñar, soñar.

El arco del Rastro. Como estoy aquí, lo atravieso, y ya que estoy aquí, me meto en

EL RASTRO

Aquí la cocina es algo digno de ser oido, unos riñones, una caldereta y una morcilla, que sólo sirven para olvidar que fuera existe un mundo hostil que nos mira y nos juzga. Yo hoy, una cerveza y riñones. ¡Adoro esta ciudad!.

Más piedra. Tienes que entender que soy joven y la piedra me llama la atención. Que soy joven, pero no sobradamente imbécil por eso, siempre que puedo me escapo de la mugre sonriente que me ofrece futuros y me atero al presente que me ofrecen estos muros de piedra, estas capas de piedra, estas gentes, que no son exactamente de piedra, aunque a veces... Y entonces miro el Ayuntamiento y procuro no pensar en nada, por si las moscas. Me abro el corazón, me pregunto si me quiero, me contesto que no y me marcho disgustado pero sincero hacia el único lugar que me ofrece cobijo real del frío exterior.

Me aventuro a traspasar el umbral de

EL GREDOS

Adentro todos mis complejos en un mundo de ajos y guindillas colgando, y aunque tardan en mirarme, por fin consigo caso, y consigo unas gambitas con una caña que definen por sí solas las virtudes teologales y los pecados capitales. Me concentro, pienso únicamente una cosa, y es que adoro esta ciudad.

Ahora apenas siento el frío, aunque tal vez sea que no siento apenas nada. Podría si quisiera ponerse a nevar y yo no me mojaría, no sentina ni llover ni granizar. Me acuerdo de que hace poco conocí a una estudiante extranjera, creo que era eslovaca o algo así, y puede que nos enamorásemos, o que sólo

yo, o que ella. Pero es tarde para pensar que muchos kilómetros te separan para siempre y que unos pocos metros te pueden separar aún más.

La catedral me da más vueltas que de costumbre, igual que una cosa tonta me toco la nariz, estoy soplado, ahora comería oreja, y resulta que puedo, porque voy directo, con rumbo cierto, en pos de

EL CORZO .

La oreja en salsa del corzo quita el sentido, en mi caso actual me lo da. La cerveza es excelente, a mí al menos me lo parece, tal vez esté bebiendo demasiado, tal vez no. ¡Adoro esta ciudad!

De pronto paseo por San Antonio y pienso en el amor, porque soy joven, por eso, y porque hace poco conocí a una chica estupenda de un pueblo lejano, muy lejano, morena de ojos profundos. Pero yo hace tiempo que he perdido el tino y no me enamoro, no se cómo me las apaña, pero no me enamoro.

Pensar que a esa torre le cayó un rayo hace nada, es bonita, la han dejado bien, como a mi torre, la partió un rayo y así sigue.

Necesito una caña. Lo más cerca,

EL TALENTO.

Aquí tomo chorizo al buñuelo y aquí todos los camareros tienen las mismas orejas, se le ensancha el alma a cualquiera. Consumo, me aplico el cuento de la iglesia de San Antonio, me reconstruyo la torre y me alejo por Padre Victoriano y por no dejar las cosas en el aire, me dirijo sin prisa pero sin pausa al

MONTECARLO.

Seguro que me esperan unos higaditos o unos champiñones, o ambos.

Hoy estoy solo, no conozco a nadie, es pronto, miro al cielo, está arriba y tiene una bola enorme que no puedo mirar sin dañarme la vista, debe ser el sol. Hace frío, hace mucho que no me enamoro y quiero a mis amigos que hoy andarán dispersos por ahí con sus vidas a cuestas y sus hilos de conexión conmigo a punto de romperse.

Necesito que me dé el aire, dejo al aire que me dé, es por la tajada

Grup, ¡Perdón!, yo no suelo eructar pero creí que no había nadie.

Perspectiva inusual de las murallas, flanco norte desde aquí, no recuerdo postales semejantes a esta vista, haré fotos para forrarme vendiéndolas en el Teto como postales, sí señor.

Me voy para casa, me entra la risa sólo de pensar que mis amigos estarán estudiando como locos en sus respectivas ciudades de tortura, y yo aquí, paseando perdido entre carámbanos soleados, en silencio, muerto de risa por dentro, de pequeño me reía mucho, tengo patas de gallo, y como siempre he usado gafas, pues tengo la mirada triste con patas de gallo, o lo que es lo mismo, tengo patas de gallo triste, ¿qué estoy diciendo?. ¡Mira!

EL GERMÁN.

¡Qué patatas revolcones!, no puedo dejar pasar el día sin probarlas. Dentro, revolcones con torrezno y cerveza. Fuerá, sigue mi paseo, lo cojo, me lleva paso a paso, sin dejarme mediar palabra directo al pollo frito de

EL ROCA

La gente me mira para contarse entre sí cosas sobre mí, como si supieran quién soy, me da igual, se me saltan las lágrimas, os quiero a todos, iadoro esta ciudad!.

Fijate que el otro día estaba yo abrazado a ella tal y como ahora abrazo a esta farola, a este árbol, a este señor -disculpe-, exaltando la vida. No quiero pensar que hace apenas unas semanas estaba abrazado a ella' en el maldito aeropuerto, adiós, adiós, adiós, un beso y una flor.

A mis amigos a estas horas, se les suele ver merodeando por el Emiliano, ¿dónde irá ese tipo con abrigo y gorro?, tampoco hace tanto frío, date cuenta de que yo he tenido que quitarme la trenca.

Estoy un poco lejos de cualquier sitio y cerca de casa, pero necesito imaginármelos a todos, con ese único fin me encamino a

EL EMILIANO.

Lugar de culto a las costillas, al serrano y al lomo. Lugar en el que yo me dejaría cubrir de polvo, como las botellas que adornan los estantes. Lugar en

el que consumo una cerveza repleta de amistad y costillas. Se reía de mí el camarero porque le he pedido cercercerveza y coscosticostillas, en fin, ya no le dejan a uno ni tartamudear por efectos de la ilusión.

En la época del neorealismo italiano, un director medio famoso, hizo una película con la historia de mi vida que se llamaba "Una larga y cálida meada". Realmente no era sobre la historia de mi vida, pero si me hubiese conocido hoy, y en este preciso momento, aunque esté mal el decirlo, me habría ofrecido sin dudar el papel protagonista.

Por aquí cerquísima hay un bar en el que nunca he visto otra cosa que no sea entrañables abuelos sentados, es

EL SAN NICOLAS.

No sé si pedir un mosto, aunque a estas alturas ya da igual, lo que si sé es que voy a comerme un pincho moruno que quita el hipo, cualidad culinaria por cierto muy necesaria en este momento. En la cabeza se pelean ideas a puñetazos, ciudades grises repletas de empeños, amigos que estudian bajo flexos, mujeres eslovacas que se van a vivir a otros países, abrazos repletos de infertilidad, mis padres que me van a matar porque son las tres y cuarto y sereno.

Lo que ocurre en realidad es que me falta

EL MARIO.

Y ya que estoy aquí, o me tiro en ese banco a dormir o me tomo unos chipirones a la plancha. Ante la duda aquí me tienes, en la barra del Mario, tan lejos de mi casa como de cualquier otro punto del planeta, tomando unos chipirones de cinco estrellas y una caña. ¡Adoro esta ciudad!

Mi madre se alarma un poco al verme llegar, más tarde de lo previsto, más moña que nunca. Pregunta que cómo voy en camisa con el frío de Padre y muy Señor mío. Pregunta que dónde he estado. Pregunta que si quiero comer. Pregunta que adónde voy. Pregunta.

Mi madre no sabe que hoy estoy más feliz de lo previsto, más solo que nunca. Contesto que no hace tanto frío. Contesto que por ahí dando una vuelta. Contesto que no tengo hambre. Contesto que a la cama. Contesto.

En Ávila he encontrado uno de los secretos de la felicidad, morir, dormir, dormir, tal vez soñar. Y cierro los ojos como el que cierra una losa, mi cerebro

parece un tornado que tenga nombre de mujer, ahora, a oscuras, lo veo todo claro y siento una lucecita en mis entresijos que me dice a voces que es cierto, que yo adoro esta ciudad.

EJECUCIÓN DEL SUEÑO

Desde lo alto del cubo del parador, miro hacia el cementerio, y lo veo, una cigüeña baja planeando, aterriza justo a mi lado, me mira, me pregunta por mis padres, naturalmente contesto educado, sonríe y se marcha, no sé si emprende el vuelo o desaparece, más tarde la veré adormando algún pináculo de la catedral o en su nido de la espadaña, el caso es que la veré, por eso no me preocupo al ver que desaparece, me subo a una almena, me abandono al viento racheado, y practico el salto del ángel, pedaleo en el aire, sobrevuelo la Encarnación, saludo a mis amigos que agitan sus pañuelos desde un corralillo del mercado de ganado, me preocupo un poco al ver que un señor con abrigo y gorro regatea por ellos y no ofrece más de mil quinientas pesetas, un corrificado por mis profesores aplaude cada vez que el tipo grita el precio que otorga a mis amigos encerrados que siguen saludando sin aparente disgusto con pañuelos de colores, uno es amarillo seguro.

Sin bajar los pies al suelo soy capaz de ver de un golpe todos los agujeros de las calles de la ciudad, soy capaz de meterme en el subsuelo y verlos desde abajo, ahora no parecen agujeros, parecen la salida de la gruta de Platón. Suena cada vez con mas ganas el "Summ und Brumm, du gutes Radchen" del Holandés Errante, anocchece, tonalidades naranjas se adueñan de la silueta de los Cuatro Postes, las murallas se iluminan, a cada segundo más, comienzan a arder, se queman como una inmensa bruja, las llamas elevan sombras chinescas, sigo volando, más tranquilo, más feliz, danzando con Elga, con mis amigos, con la cigüeña, con mis padres, con un tamboril, con los gigantones de los cinco continentes. Hemos organizado un aquelarre alrededor de la más inmensa hoguera de la vanidad, danza negra sobre el fuego abulense.

Una señora vestida de negro nos trae en su puño la tormenta, llueve a océanos, se apaga nuestra hoguera, se enciende el horizonte, se ilumina el techo de mi cuarto, me incorporo y miro por la ventana, una muchedumbre gozosa me proclama emperador, suben corriendo por la fachada y me clavan una corona de laurel en el bulbo raquídeo, sonrío, un poco aturdido, lo confieso, pero sonrío porque el pueblo me invoca, me necesita, sabe que soy el único que

puede devolverles lo insustituible, y entonces levanto los brazos y me salen de los oídos corrientes eléctricas pero de las que se ven, en plan rayos y relámpagos, y piedra por piedra, reconstruye la ciudad, como la torre de San Antonio, como mi pobre cabecita que acaba de abrir sus oíos a la realidad y se ha encontrado en medio de mi cuarto y le ha dado miedo asomarse al exterior por si acaso veía personas curtiendo por la fachada.

Mi madre se asoma tras la puerta, me ofrece no sé qué, digo que sí con la cabeza porque es el único movimiento que puedo hacer sin sufrir dolor, el nosequé resulta ser un coctail Molotov, lo tomo, la habitación ha dejado de dibujar círculos, mi madre vuelve a tener esa voz tan dulce, mi padre escucha el Parsifal con paciencia envidiable, y yo retorno a mi estado primitivo, al que tenía justo antes de salir de casa esta mañana, aunque algo ha cambiado, algo que ni siquiera yo sé decir qué gaitas es, algo que probablemente nunca, pero nunca, nunca, sepamos.

III Premio Nacional de Narrativa 1996

Primer Premio

Órdago

Autor: Alberto Sánchez Moreno



Drs. Astola

"La vida, cuanto más vacía más pesa"

Aquella tarde no llovió, aunque el cielo continuaba siendo tan gris como al comenzar el día. Desde mi ventana podía ver cómo la gente esquivaba las auténticas lagunas que el agua había dejado olvidadas en el empedrado y los niños jugaban a hacer extrañas figuras con el barro que la lluvia les había regalado, mientras sus madres les regañaban. Las puertas se abrían de par en par para invitar a entrar en las casas a ese perfume de ozono y tierra mojada que dejan los chubascos fuertes al escampar. Era una de esas tardes en las que nada te apetece más que sentarte cómodamente a fumarte un puro traído de La Habana y leer un buen libro, pero tampoco me apetecía permanecer sentado mientras las horas me hacían cada vez más viejo. Pensé que en la Casa Social hallaría compañía para pasar una tarde entretenida y para jugar una partidita de mus, en el caso que nadie hubiera sacado a relucir algún tema interesante sobre el que debatir. Los niños continuaban jugando en la calle y sus risas se oían desde mi habitación. Cogí mi levita y mi sombrero y, bajando las escaleras del portal, llamé a un coche.

- A la Casa Social, cochero -le dije al hombre que sujetaba las riendas de los caballos desde el pescante.

- Ho, caballo.

No tardamos en llegar. Bajé del coche y pagué al cochero antes de entrar en el elegante portal y dirigirme con paso firme hacia la antesala, donde salió a mi encuentro el mayordomo.

-- Buenas tardes, señor Ballesteros -me saludó cortésmente.

- Buenas tardes, Jaime.

- ¿Me permite el señor? -dijo señalando la levita y el sombrero que yo tenía en la mano.

Se los di y continué mi camino hacia el gran salón que se vislumbraba al fondo del pasillo. Las conversaciones se oían cada vez más fuertes a medida que me iba acercando a la estancia y, por fin, accedí al recinto en el que los hombres jugaban a las cartas y departían amigablemente. Mis amigos leían el periódico y fumaban en pipa tabaco americano. Los saludé con una inclinación de cabeza y di las buenas tardes, mientras me acomodaba en un sillón.

- ¿Cuál es el tema de la tertulia? -pregunté sin el más mínimo interés.

- En realidad todavía no ha empezado -respondió Felipe Cabezas, médico de profesión y gran amigo mio- Te estábamos esperando.

- Quizá sea mejor jugar una manita de mus, ¿no os parece? -dije proponiendo la idea que rondaba por mi cabeza desde que salí de mi casa.

- Buena idea, sí señor -afirmó Felipe ante el asentimiento general- buena idea.

Todos nos levantamos y nos sentamos alrededor de la mesa-camilla que presidía la estancia. La baraja pasaba de mano en mano para comprobar que no tenía ningún tipo de marca y finalmente, Armando Muriel, notario de Ávila, repartió las cartas que nos emparejaron a él y a mí, mientras Felipe tenía como compañero a Agustín Plaza, boticario y excelente jugador de mus.

- Corrido y sin señas -dijo Armando, mientras repartía las cartas.

- Envío -dijo Felipe cortando el juego.

- A mí no me dice -afirmé sin dejar de observar a Agustín- aunque Felipe suele ir siempre de farol.

- No siempre -dijo Agustín con cierta ironía- no siempre.

Felipe sacó el amarraco de la negada y envidó nuevamente a chica siempre mirando sus cartas. Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro, no estoy seguro de si la causa era su jugada o el comentario de Agustín.

- A esa sí que quiero -dijo Armando con seguridad- Sabéis que han conquistado la cima del Tormal hace tan sólo diez días. Y estamos en invierno.

- Pues es la primera noticia que tengo -afirmé- Es difícil lograr una hazaña como esa. Habla de pares.

- Estoy en condiciones de afirmar que son posibles hazañas mucho mayores -dijo Felipe sin darle importancia a su aseveración - Tengo pares.

- Yo también hice pares -dije- ¿qué tipo de hazañas?

- Se refiere a conquistar el Pico de Almanzor desde el Circo de Gredos -apuntó Agustín- hace tiempo que lleva dándole vueltas a esa idea. No tengo pares.

- Yo tampoco tengo pares -dijo Armando-, pero me ha gustado lo que ha dicho Felipe.

- ¿Crees que no es posible? -preguntó el aludido.

- Con las actuales condiciones meteorológicas y en esta época del año es bastante difícil -esperté-. Ya envíodo yo.

- ¿No querréis apostaros nada? -preguntó el boticario con gesto firme y mirándome a los ojos.

- Sí, -respondí- He envidado a pares.

- Se refiere a la propuesta que hemos realizado hace un momento -dijo Felipe sonriendo- Quiero.

- Creo que deberíamos dejar a un lado la partida -afirmó Armando- La conversación ha tomado un rumbo bastante atractivo y ya sabéis que nunca me he echado atrás cuando se ha tratado de apostar.

- Buena idea -la expresión de Agustín denotaba cierta ansiedad- Apostemos.

Dejamos las cartas a un lado y Felipe sacó una cuartilla de un armario, escribió algunas palabras en ella, nos expuso las condiciones del "contrato" que tenía pensado proponernos y nos pasó la cuartilla para que, uno por uno, fuéramos leyendo y firmando una apuesta con los siguientes términos:

"Nos comprometemos a pagar la cantidad de cinco mil pesetas a aquél o aquellos que lograran subir al Pico de Almanzor en un plazo máximo de siete días, comenzando a contarse desde pasado mañana, día 18 de enero de 1885. Con ello, quedará dirimida, además, la hegemonía entre las parejas formadas por Arturo Ballesteros y Armando Muriel, y Felipe Cabezas y Agustín Plaza". Debajo del texto, Felipe escribió nuestros nombres para que firmáramos el improvisado documento y fuera tomado como vinculante por ambas partes interesadas en el premio.

- Caballeros -dijo de repente Armando, levantándose de la silla en la que estaba sentado y ajustándose el chaleco- creo que tenemos cosas que prepa-

rar. De modo que vayamos cada uno a nuestra casa y pertrechémonos debidamente; mañana salimos con destino al Circo de Gredos. Buenas tardes.

Todos nos levantamos imitando a Armando y, deseándonos mutuamente buenas tardes, nos dirigimos a la puerta de salida, donde Jaime nos esperaba con nuestros abrigos y sombreros. Llamé a un coche y volví a mi casa con la idea de que, al día siguiente, al despertar el sol, partiríamos los cuatro hacia una aventura de la que, quizás, no regresáramos nunca. Y todo ello por dejar bien alto el honor.

DIARIO DE ARTURO BALLESTEROS.

18 de enero de 1885

Me levanté temprano para preparar las cosas que deberíamos llevar con nosotros en nuestra aventura por la sierra abulense: cuerdas, botas, calcetines de sobra, ropa de abrigo en abundancia y toda la comida que nos fuera posible llevar. En fin, un largo número de objetos inservibles en otro ámbito, pero que a nosotros nos resultaban fundamentales por formar parte de la parafernalia necesaria para nuestro propósito. Mientras lo guardaba todo en morrales y alforjas que posteriormente cargarían las bestias, jamás se me ocurrió pensar que nos íbamos a jugar la vida por una cantidad de dinero, puesto que el peligro que entrañaba nuestra empresa no podía compararse ni por un momento con un tachón en la reputación y el honor como el que supone perder una apuesta entre caballeros.

La Plaza de la Victoria era el marco elegido para nuestra andadura hasta Gredos. Un coche de caballos me llevó hasta su mismo centro, donde ya nos esperaban Agustín y Felipe, acompañados de algunos hombres contratados para encargarse de las bestias y el equipaje.

- Celebramos su llegada, amigo Ballesteros -me dijo Felipe con la expresión del que está seguro de salir victorioso- Confieso que empezábamos a preguntarnos si vendrían al final.

- Por supuesto, amigo Cabezas -respondí- ¿No ha llegado todavía mi compañero?

- Todavía no pero no tardará en llegar -contestó Agustín- Todos conocemos al señor Muriel.

Efectivamente, no tardó demasiado en presentarse ante nosotros. Iba abierto hasta los pies y traía consigo a un criado que soportaba una infinidad de bultos, según yo sospechaba, inservibles en su mayoría.

- Buenos días, señores -saludó cortésmente- Supongo que dispuestos para la partida.

- Muy dispuestos -contestó Felipe.

- ¿Tendrían la amabilidad de presentarme al guía, caballeros? -supliqué.

- Lo conocerá usted en Hoyos del Espino, amigo Ballesteros -respondió Agustín- Ya está todo apalabrado.

- Entonces mi opinión es que deberíamos irnos cuanto antes -dije- Tiempo de charla, tiempo perdido.

Salimos sin más demora hacia Gredos. El viaje era largo y el equipaje voluminoso, lo que dificultaba un poco más un camino ya de por sí cargado de dificultades. Cruzamos el Adaja por el Puente Romano y paramos en los Cuatro Postes para echar un vistazo a las murallas de Ávila y a la ciudad que nos había criado. La parada fue corta; pronto recuperamos el itinerario y nos dirigimos hacia el puerto de Villatoro, lo que retrasaría en un día el viaje, pero el puerto de Menga, el camino más corto, nos cerraba sus puertas a causa del hielo y de las nieves pródigas de enero.

Ante nosotros se abría, con toda su verde majestuosidad, el Valle Amblés y tras él, como inmensos dientes de una sierra infinita, los montes de Gredos se erguían blancos como el alma de los ángeles que quizás morarían en sus cimas. Antiguamente, el valle se llamaba Avilés y quizás fuera, el actual nombre, una deformación del antiguo. El valle tenía toda la pinta de haber sido un lago en épocas pasadas, pero el Adaja, que discurre por su centro, rompió el muro norte del lago, junto a la ciudad de Ávila, y lo convirtió en un valle de excelentes tierras de cultivo pero donde el arbolado brilla por su ausencia, salvo algunas especies de ribera. Además, en sus pastos se cría la famosa temera del Valle Amblés que tantas veces tuvimos la oportunidad de comer durante nuestro viaje.

El camino era suave y sin complicaciones en el valle; el puerto de Villatoro se divisaba a lo lejos como el objetivo de nuestra expedición. Poco a poco, fuimos dejando atrás pueblos como La Colilla, La Serrada, Padiernos, Muñochas y Muñogalindo, todos ellos asentados en el valle y sustentados por la agricul-

tura y la ganadería. El hambre nos obligó a parar en La Torre, un pueblecito muy acogedor en el que había una posada que gozaba de gran fama por servir uno de los mejores quesos de la zona y por cocinar verdaderos manjares con la ternera del valle.

A la vez que comíamos con la gula propia del caminante, preguntamos al posadero por un guía que fuera capaz de llevarnos hasta el puerto de Villatoro, puesto que nos habíamos fijado en que la nieve cubría sus inmediaciones. Amablemente, el posadero nos presentó a un individuo bajito y bastante fuerte, de unos cuarenta años, que despachaba una comida casi idéntica a la nuestra. Nos plantamos delante de él y fue Armando el que le habló.

– Buen hombre, nos han comentado que usted conoce bien el camino hasta el puerto de Villatoro, y nos gustaría que nos acompañara hasta allí -dijo-. A cambio, recibirá una buena paga por sus servicios.

– El camino está cubierto de nieve -respondió el guía-, pero todavía es posible cruzarlo. Lo que sí les digo es que a partir del puerto no seguiré más. Es muy peligroso.

– Me parece bien -sentenció Armando-. Queda contratado.

Terminada la comida, reiniciamos el camino hasta Villatoro acompañados por el improvisado guía. El paisaje seguía siendo verde, pero el rastro de los árboles seguía siendo escaso y sólo llegando a ese nuestro primer destino, comenzamos a divisar algunos conjuntos grandes de robles y alguna que otra chopera. El aire fresco de la nieve ya nos acariciaba la cara y no tardamos en ver una gran alfombra blanca ante nosotros, que camuflaba perfectamente un camino que sólo el guía conocía en nuestra expedición. Tocando y pisando ya la fría nieve, llegamos a Villatoro que, en el mapa que llevábamos, marcaba el final de la primera jornada y nos ofertaba un lecho cómodo donde descansar y reponer fuerzas para afrontar la dura jornada que nos esperaba al día siguiente y que nos llevaría a Piedrahita, según el croquis preparado por Agustín y Felipe.

Por la noche, en la posada que habíamos elegido, organizamos la expedición hasta Piedrahita. Las mulas que teníamos estaban un poco cansadas y nos vendría muy bien disponer de animales frescos, sobre todo sabiendo lo voluminoso que era nuestro equipaje. Quizá demasiados bultos teniendo en cuenta la naturaleza de nuestra aventura. Sin fuerzas para más, me quedé dormido.

19 de enero de 1885.

La mañana se había presentado un poco más gris que el día anterior, tal vez porque aún no había amanecido del todo, o tal vez porque mi optimismo no era, ni mucho menos, propicio para intentar el asalto del Circo. Sin embargo, todavía nos quedaban tres días para intentar el ascenso al Almanzor y podían pasar muchas cosas durante el viaje.

La subida al puerto fue mucho más tranquila de lo que nos esperábamos. Creo que le habíamos cogido demasiado miedo y le habíamos dado más importancia de la que tenía. Además, la nieve estaba dura y los animales podían agarrarse perfectamente sin hundirse. Llegados al final del puerto, el guía nos despidió deseándonos suerte, no sin antes expresarnos su escepticismo ante la consecución de la apuesta. Pero el ascenso al puerto nos había dejado exhaustos y decidimos parar a descansar un rato. Me acerqué al punto más alto y miré al horizonte: el Valle del Corneja se me presentaba en todo su esplendor para borrar todas las dudas que había empezado a madurar al final de la ascensión.

Por vez primera desde que salimos de Ávila, el sol quiso sumarse a la expedición y se situó en lo más alto del firmamento, mucho más cerca que nunca. Aprovechamos su presencia para comer y echar un vistazo al valle, donde podíamos ver ya Piedrahíta, una de las ciudades ligadas desde 1469 a la casa de Alba. También veíamos Bonilla de la Sierra, la ciudad episcopal en cuyo castillo murió "El Tostado", famosa por su colegiata gótica y por los palacios que alberga. Sin perder mas tiempo, nos pusimos a comer.

Acabada la comida nos preparamos para encarar la tarde bajando el puerto. El del Corneja es un valle apacible protegido por las sierras de Villafranca y Piedrahíta. A nuestro paso íbamos dejando atrás caminos, prados, arboledas y ríos que proporcionaban el lugar idóneo para la crianza de la raza avileña de ganado, debido a la humedad. Dejábamos las nieves del puerto de Villatoro y nos preparábamos para encarar el puerto de Peñanegra, con sus cumbres nevadas que hacían que las gargantas fueran muy caudalosas en esa época del año. Cada vez estábamos más cerca de Piedrahíta y la fatiga volvía a hacer acto de presencia entre nosotros, aunque sin duda llegaríamos con adelanto sobre lo previsto.

– No habrá caído la noche cuando lleguemos -dijo Felipe exaltado- Estamos ganando tiempo.

– Quizá debiéramos pernoctar en Piedrahita de todas formas -apuntó fatigado- Los animales están exhaustos y nosotros no estamos mucho mejor.

– Vaya, vaya -sonrió Agustín maliciosamente- parece que nuestros amigos empiezan a darse cuenta de que es posible la hazaña ¿Acaso tenemos miedo...?

– No se trata de miedo -cortó Armando- se trata de sentido común ¿Vas a arriesgarte a que te coja la noche en el camino, o pretendes llegar hasta Barco de Ávila antes de que anochezca..?

El silencio se apoderó de todos nosotros y ya no nos abandonó hasta que llegamos a Piedrahita antes de la caída de la noche, lo que nos permitió observar el palacio de los duques de Alba, realizado por el arquitecto francés Marquet en el pasado siglo y que conservaba todavía el señorío y esplendor de sus dueños. La posada nos estaba esperando, y con ella la abundante cena y la cama caliente y reparadora que sin duda probaríamos ese día a una hora más temprana

Durante la cena, la conversación fue animada y cada uno la llevó por los derroteros que más le convinieron, aunque el tema general era, como siempre, las condiciones meteorológicas que nos aguardarían al final de nuestro trayecto. Ante unos buenos platos de patatas revolconas y unos chuletones de ternera o una caldereta de cabrito a lo pastoril, la conversación se iba animando por momentos.

– Parece que el sol también quiere sumarse a nuestra aventura -me dijo Armando, sin que nadie pudiera oírlo.

– Me he dado cuenta y no me gusta -respondí- no es bueno que salga el sol porque puede derretir la nieve y no nos interesa. Las bestias pueden resbalarse y a nosotros nos pasa lo mismo. Francamente estoy preocupado.

– Vamos, no seas pesimista -me reprendió- Hemos pasado muchas cosas juntos y nos hemos visto en trances mucho peores que éste. ¿Acaso no recuerdas aquella vez que fuimos de caza y tuvimos que escondernos de los lobos que nos perseguían entre unos riscos?. Verás como un día nos reiremos de todo esto cuando se lo contemos a nuestros nietos.

– Tienes razón -dije, no sin cierto recelo- Me voy a la cama, que mañana será un día largo. Hasta mañana -saludé a mis otros compañeros.

20 de enero de 1885.

Aún era muy temprano cuando nos levantamos al día siguiente. Al final de la jornada nos esperaba Barco de Ávila, la "gran ciudad de la sierra", donde podríamos comprar todo tipo de utensilios para atacar el Almanzor y podríamos también cambiar las monturas y los animales de carga que llevábamos. De todas formas, Barco aún quedaba relativamente lejos y tendríamos que pasar por algunos pueblos antes de llegar.

Mientras avanzábamos, iba pensando en el clima y en las condiciones climáticas que, posiblemente, supondrían nuestro mayor obstáculo y un muro tal vez infranqueable para nuestros propósitos, que pasaban por llegar a toda costa al Circo de Gredos antes de dos días. Los pueblos iban quedando atrás como los años que jalonan el camino de la vida. Santiago del Collado y La Aldehuella daban paso a Santa María de los Caballeros, donde teníamos previsto parar a almorzar. El viaje estaba siendo tranquilo y hasta apacible, y todavía no habíamos tenido ningún tipo de problemas, lo que aguzaba el optimismo, hasta entonces más bien escaso entre los expedicionarios.

Poco a poco, fuimos dejando atrás Santa María y nos fuimos adentrando en el Valle del Tormes. El río, que nace en Gredos, nos anunciaba la inminente proximidad de la sierra objeto de nuestra aventura, y eso nos hacía fuertes en nuestro empeño y firmes en nuestra decisión, aunque, también es verdad, lo peor aún estaba por llegar. Dejamos anclado en nuestro camino San Lorenzo de Tormes y, tras una jornada tranquila, llegamos por fin a Barco de Ávila, que nos esperaba con todo su esplendor, reflejado en su castillo y en su puente romano, para obsequiarnos con unas truchas y unas judías. A partir de ahí, comenzaba lo más duro, aunque todavía tendríamos un poco de tregua hasta llegar a Hoyos del Espino, donde nos esperaba nuestro guía en el periplo por Gredos.

Pasamos el resto de la tarde comprando instrumentos imprescindibles para nuestra expedición en Barco de Ávila. La jornada siguiente era una de las más duras, pero a la vez más hermosas de todo el trayecto, y teníamos que prepararnos debidamente para afrontarla.

- Va a cambiar el tiempo -me dijo Armando.
- ¿Algún hueso roto te lo anuncia? -pregunté.

– Sí. Esta rodilla -dijo señalando su rodilla izquierda- no falla nunca. El tiempo va a empeorar seguro.

– Tal vez ahora el hielo endurezca un poco más la nieve.

– Que los dioses te oigan -me dijo.

Me fui a la cama pensando en cómo sería el guía que conoceríamos al día siguiente y en si tendría el valor suficiente para acompañarnos hasta el final. Quizá se negara a continuar en el caso de que el tiempo no nos permitiera demasiadas florituras. En ese caso ¿serían tan necios Agustín y Felipe para seguir caminando sólo por una estúpida apuesta? ¿Nos seguirían los criados, a pesar del mal tiempo, hasta el final de nuestro trayecto? Indudablemente, nuestro propósito era bastante peligroso y no teníamos derecho a inmiscuir a nadie en nuestros asuntos. Posiblemente tendríamos que intentar la ascensión los cuatro solos.

21 de enero de 1885.

Hay días en los que uno se lo piensa varias veces antes de levantarse. Tenía los huesos molidos de tanto viaje y de no poder dormir en mi cama. No me podía quejar de los hospedajes ni, en verdad, del viaje, pero tenía que protestar porque la etapa de hoy era una de las más duras, ya que empezábamos a ascender por caminos duros y difíciles. Debíamos recorrer el curso del Tormes hasta su nacimiento. Esta es una ruta que está marcada por la presencia de las cumbres desnudas de la Sierra de Gredos. Es su zona más abrupta, pero por donde mejor y más cómodamente se accede. Es aquí donde se siente el latido del esfuerzo, de la grandeza y de la sobriedad de estas tierras castellanas.

Para ese día, la comida estaba prevista bastante temprano, en La Aliseda de Tormes, pero antes debíamos pasar por Los Llanos de Tormes y por Bohoyo, cuya ermita del santo era pequeña y bien trazada en un pueblo típico de la sierra. La mañana se nos fue volando y no tardamos demasiado en llegar a La Aliseda. También era un pueblo pequeño, cruzado par el todavía caudaloso Tormes en esa zona, pero con auténticas maravillas artísticas como vimos al entrar, tales como el puente románico, airosamente tendido, y su magnífica iglesia del mismo estilo. Al lado del puente, y con el susurro del río en los oídos,

comimos abundantes productos de matanza que nos ofrecieron las buenas gentes que allí moraban.

- Aquí en el campo sabe todo mejor, ¿verdad? -bromeó Agustín- Lástima que tengamos tanta prisa.

- Espero que el guía conozca bien el terreno -manifesté- ¿Le conocen, caballeros?

- No tenemos el gusto -afirmó Felipe-, pero nos aseguraron que tendríamos el mejor.

- Así lo espero -apuntó Armando- No me gustaría tener que subir sólo al Circo. Sería poco menos que imposible.

Recogimos las cosas y nos encaminamos, todavía de sobremesa, hacia Hoyos del Espino, final de nuestra jornada y punto de encuentro con el tan llevado y traído guía. Seguimos viendo pasar los pueblos con cierta pena por no poder quedarnos y admirar sus riquezas; acuciados por el tiempo, que corría en nuestra contra, no disponíamos ni siquiera de un rato para el ocio. I Angostura, Navalperal de Tormes y Navacepeda de Tormes fueron los tres pueblos que nos vieron pasar sin tener tiempo siquiera de conocernos.

Hoyos del Espino era el mejor acceso a la Laguna de Gredos. Era un pueblo pequeño y típicamente serrano, de gente muy hospitalaria y simpática. Cuando llegamos, entramos en una pequeña taberna, punto de encuentro con nuestro guía, que estaba llena de gente jugando al mus y disfrutando del buen vino de la sierra, pero no fue eso lo que más me llamó la atención; al fondo, sentada en una mesa, se encontraba una mujer sola bebiendo café. Era muy bella, de facciones finas y formas redondeadas. Vestía como un hombre y fumaba en pipa. Me resultó difícil apartar mis ojos de ella por la profunda extrañeza que me causaba y que le hubiera causado a todo aquél que no la conociera.

- Tabernero -llamó Felipe- Soy don Felipe Cabezas, notario de Ávila, y creo que hay un guía esperándonos para subir al Circo de Gredos.

- Desde luego -dijo el tabernero amablemente- Está en aquella mesa del fondo.

- Perdone, tabernero, pero en aquella mesa sólo hay una mujer -apuntó Agustín extrañado.

- Esa mujer es la mejor guía de la comarca -afirmó el tabernero convencido- Conoce cada palmo de la sierra y es la única persona que se atreverá a subir al Almanzor en invierno.

Agustín y Felipe se quedaron discutiendo con Armando sobre si debíamos o no aceptar que una mujer nos condujera hasta el Almanzor; los dos primeros estaban francamente en contra, pero el segundo les recordaba que para ellos era la única manera de salvar la apuesta y que nosotros estábamos a favor de introducir un elemento femenino en la expedición. Así estaba la disputa cuando decidí hablar con ella.

– Buenas tardes -saludé- Soy Arturo Ballesteros y he venido con don Felipe Cabezas. Se supone que usted es nuestro guía para subir al Almanzor.

– Buenas tardes -correspondió ella- Sí, soy yo. Me llamo Esperanza Salgado.

– Me agrada su nombre, señorita -bromeé- me hace tener fe en usted -los dos reímos.

– ¿Saldremos mañana? -preguntó.

– Efectivamente.

– ¿Puedo preguntar por qué quieren subir al Almanzor en invierno?

– Aquella era buena pregunta.

– Por supuesto que puede -dije- Ha sido por una apuesta.

– Hombres -dijo en tono despectivo- ¿Quién les comprende?

Mis compañeros se acercaron, acabada la discusión que dio como total vencedor a mi amigo Armando, y dieron su conformidad a que fuera Esperanza la que nos acompañara hasta el final del trayecto. Uno por uno fueron presentándose y poniéndose, muy de mala gana, a sus órdenes.

– Bien, este es el planteamiento -expuso ella- Mañana llegaremos al Prado Pozas, donde acamparemos y esperaremos al día siguiente...

– Pero no se tarda tanto en hacer ese recorrido -cortó Agustín protestando.

– Si quieren que les guíe, harán lo que yo les diga. Si no requieren de mis servicios, no tienen más que decirlo -espetó la mujer. Agustín acató sus órdenes. Desde el Prado Pozas tardaremos otro día en llegar a la Laguna de Gredos, ya dentro del Circo, y allí acamparemos hasta el día siguiente, cuando intentaremos acometer la cima del Almanzor, ¿Alguna pregunta? -nadie se movió- Pues entonces nos veremos mañana. Señores, buenas noches.

22 de enero 1885.

Nos levantamos descansados por el sueño reparador de toda una noche. Nos enfrentábamos a la prueba final guiados por una mujer; una mujer real-

mente bella. Ni siquiera me di cuenta la primera vez que hablé con ella, pero era tan cierto como que el sol sale cada día. El día se levantó nublado y había una gran preocupación en el seno del grupo provocada por el temor a perder un día, pero Esperanza nos tranquilizó diciéndonos que las nubes no parecían tener la intención de descargar.

Caminamos durante doce kilómetros, sin caballos y con la única ayuda de los criados y nuestra manos, entre bosques de pinos y caminos escarpados. Cruzamos la garganta de Barbellido y el Puente del Duque, tras el que comenzaba una ligera ascensión entre piornos, únicos representantes de la flora en la zona. Llegamos a una explanada desde la que comenzaba una calzada. Vimos únicamente el principio, puesto que no tardó en quedar cubierta por una espesa capa de hielo y nieve.

La ascensión fue realmente dura; resbalones, frío, nieve y miedo eran nuestros compañeros. Hubo momentos en los que pensé en abandonar la apuesta preocupado por el cielo gris que se cernía sobre nuestras cabezas y que amenazaba con lluvia e incluso con nieve. Sin embargo, la tenacidad de Esperanza me hacía tener una fe realmente ciega en mis posibilidades y en las de mis compañeros, en una opinión un poco machista. Si ella podía conseguirla, nosotros también.

Por fin llegamos al Prado Pozas. Esperanza nos contó que durante el verano, y a causa de los manantiales subterráneos que plagan la zona, se llena de pozas que aprovecha el ganado para beber y de ahí viene su nombre. Era una explanada enorme que aprovechamos para montar el campamento donde íbamos a pasar la noche. No tardó en oscurecer.

Durante la noche, Esperanza nos hizo la cena mientras montábamos el campamento. A la vez que comíamos, nos contó infinidad de historias sobre montañeros torpes que intentan escaladas en pleno invierno y a los que la nieve parecía gustar demasiado. Jamás me han gustado las historias con moraleja, aparte de que todas tenían finales trágicos, de modo que me aparté un poco del grupo y continué fumando en mi pipa. Esperanza se acercó al poco rato y se sentó a mi lado.

- Hay algo que te preocupa, ¿verdad? -me preguntó.
- Si quieres que te sea sincero sí.
- El tiempo no parece que vaya a empeorar -dijo- y creo que podremos llevar a cabo este capricho.
- La verdad es que tienes razón -afirmé-. Ha sido un capricho, nada más.

– ¿Por qué se embarcó usted en esta locura? -preguntó, curiosa como un niño.

– Porque jamás he rehuído una apuesta y tengo la fatalidad de que me encanta el riesgo -contesté. De repente y casi sin venir a cuento, le dije ¿No le han dicho nunca que es realmente bonita? -ella se sonrojó.

– En la sierra no importa mucho eso -respondió- pocos hombres se fijan -y se marchó.

Me quedé pensativo por un momento y luego entré en mi tienda para descansar un poco antes de continuar con la ascensión que nos llevaría al día siguiente al Circo de Gredos, la penúltima etapa del viaje.

23 de enero de 1885.

España nos despertó por la mañana tocando una cacerola. Casi sonámbulo por la falta de sueño duradero y por la fatiga acumulada de casi seis días de viaje, emprendí la última fase de la aventura junto a mis compañeros, caminando sobre la alfombra de nieve que el cielo ponía bajo nuestros pies. Cruzamos el río helado de las Pozas dejando las paredes negras a la izquierda. Comenzaba aquí la subida hasta Los Barrerones, la parte más dura del recorrido antes de la laguna Grande, ya en el Circo de Gredos. El camino estaba absolutamente cubierto de nieve y sólo la pericia y la experiencia de Esperanza nos permitía seguir sobre el itinerario marcado por cientos de montañeros en la época de las escaladas.

Tras un par de Kilómetros de dura ascensión, y agotados por el esfuerzo físico que suponía cargar todos los bultos, hicimos una pequeña parada al lado de un manantial con una fuenteccilla, la de los Cavadores, de aguas gélidas aunque potables e incluso hay quien dice que medicinales. Reanudamos la marcha y pronto llegamos a un tramo bastante plano que nos permitió reponer un poco el gasto de proteínas. El cielo continuaba siendo un cúmulo de grises y negros que no presagiaba nada bueno.

– Me parece que ahora sí que se ha enfadado con nosotros -le dije a España.

– A quién se refiere? -me preguntó.

– A la persona que guarda el agua en el cielo -respondí- y no me hables de usted, que no soy tan mayor.

– ¿Tienes ganas de broma a estas alturas?

– Intento no pensar en serio en lo que nos puede venir encima -afirmé.

De repente, como salido de la nada, el Mirador de la Laguna apareció ante nosotros para mostrarnos toda la majestuosidad de aquel paraje irrepetible, la blanca inmensidad de un paisaje en otras épocas verde, y la calma intimidante de la Laguna Grande. Una leve bajada de suelo pedregoso pero cubierto de nieve conducía hasta la meta de nuestra jornada el Circo de Gredos. Enfrente, como un gigante de colosales dimensiones, se erguía enorme y blanco el Pico Almanzor, el último jalón en nuestro camino y el techo del macizo central. A su alrededor, como lugartenientes del gran "jefe", los Tres Hermanitos, el Casquerazo y el Cuchillar de las Navajas vigilaban todos y cada uno de nuestros movimientos.

Llegamos al lado de la laguna y todos nos apresuramos a descargar nuestras espaldas de morrales y alforjas que antes habían viajado sobre los lomos de las mulas. Antes de que anocheciera montamos el campamento de la misma forma que lo habíamos hecho el día anterior y nos dispusimos a preparar la cena para todos.

Noté el distanciamiento con el que, aunque de una manera todavía leve, me estaba obsequiando Esperanza. Empecé a preguntarme por qué y empecé a darme cuenta de que aquella mujer me importaba más de lo que yo creía. Pensé que quizá estaría molesta por mi sinceridad de la noche anterior y salí a su encuentro para expresarle mis disculpas no por lo que le dije, sino por habérselo dicho.

– Estás molesta conmigo por algo en especial, ¿verdad? -le pregunté directamente.

– No comprendo por qué debería estarlo -respondió.

– Quizá por lo que te dije ayer.

– Tengo muchas cosas en que pensar para acordarme de lo que pudieras decirme ayer -me espetó, antes de marcharse exactamente de la misma forma que lo había hecho el día anterior. Y de la misma forma me quedé yo.

Intenté comprender lo que podía pasarle por la cabeza a aquella mujer de ojos grandes y piel morena, pero no se me ocurrió ni una sola razón capaz de justificar su comportamiento. Decidí no volver a pensar en ella. Acabé la cena y me fui a dormir. Intenté cerrar los ojos y no pensar en nada, pero fue inútil; una y otra vez, el cuerpo y la voz de aquella muchacha, intentando parecerse a los hombres, se me grababa en la mente como marcándose a fuego. De repente, una silueta bien recortada se acercó a la puerta de mi tienda y, con voz dulce y bien timbrada, se dirigió a mí.

- ¿Puedo pasar? -preguntó tímidamente.
- Adelante -contesté.
- Creo que esta tarde me porté como una niña -dijo con gran vergüenza en sus palabras- Te debo una disculpa.
- No sé por qué actuaste así esta tarde y aún me explico menos por qué la actitud de ahora -afirmé-, pero nunca he comprendido a las mujeres y creo que ya es un poco tarde para intentar hacerlo.
- A mí no necesitas comprenderme...

24 de enero de 1885.

Me levanté como un niño con zapatos nuevos. Sin embargo, al darme la vuelta en el improvisado tálamo, ella ya no estaba a mi lado. De pronto, un estruendoso ruido de cacerolas golpeadas por una cuchara me devolvió a la realidad.

– ¡Levantaos gandules!, el desayuno está hecho -gritó-. Hay nubes en el cielo pero no parece que pueda nevar. De todas maneras, mientras nos preparamos esto cambiará.

Estaba maravillado con el despertar de Esperanza. No era normal su forma de actuar y siempre me impresionaba de algún modo. Desayunamos y comenzamos a prepararnos para el gran día en el que la apuesta se convertía, si el tiempo nos lo permitía, en un hecho histórico. Noté que el nerviosismo reinaba entre todos porque nadie hablaba como otras veces que no dejábamos de bromear. Me dirigí hacia Esperanza y le pregunté si podríamos salir hacia la cumbre. El tiempo no había cambiado como ella

esperaba y nos aconsejó que no lo hiciéramos, pero en ese caso la apuesta se perdería. De todas formas tampoco hacía tan mal día como para echarse atrás, y si empezaba a nevar nos podíamos dar la vuelta.

Tras haber discutido durante casi media hora, la expedición comenzó a caminar rumbo a la cima de Moro Almanzor apresurados por el tiempo perdido en la Laguna. La primera parte de la ascensión no es demasiado dura pero el mal estado de la nieve, un poco blanda por el calor del día anterior, dificultó la subida. El día se estaba revolviendo por momentos y un cierto recelo se había apoderado ya de los criados y no tardaría en consumirnos a nosotros.

Comenzamos a subir por la Pedriza del Portillo de Candeleda. Era una zona muy peligrosa debido a los grandes neveros que se creaban y que podían provocar desprendimientos, máxime cuando la nieve estaba tan blanda. Decidimos ir pegados a las rocas por encima del nevero y sujetos con cuerdas para evitar sustos, pero, a mitad de la Pedriza, el cielo no pudo soportar por más tiempo su carga de agua y estalló una tormenta, que más bien parecía la ira de los dioses por haber profanado un santuario que, hasta ese momento, había sido de su único usufructo. La ventisca era cada vez más fuerte y la nieve impedía cualquier forma de visión. Esperanza y yo nos amarramos a una roca, siempre bien pegados a la pared, pero la niebla no nos permitió ver lo que hacían los demás. Oímos gritos y voces pidiendo auxilio. Yo quise salir de nuestro inseguro escondrijo, pero Esperanza me hizo desistir en mi intento, advirtiéndome de lo peligroso que era. Sólo podía quedarme allí, junto a ella, y rezar para que no se hubiera producido el final que me esperaba.

Pasó una hora antes de que se levantara la niebla y cesara la ventisca. La nieve había dejado también de caer y tanto Esperanza como yo salimos del agujero para intentar encontrar algún rastro, algún indicio que nos llevara al paradero de nuestros compañeros, pero la nieve lo había cubierto todo de blanco con su manto inmaculado y sólo pudimos encontrar unos pocos restos de los que momentos antes había sido nuestro equipaje. Todo estaba en calma. Incluso las nubes dejaron un breve resquicio para que un rayo de sol nos premiara por haber sobrevivido con su caricia abrasadora. Me volví hacia Esperanza; seguía clavada en el suelo, de espaldas, como perpleja por lo que acababa de vivir. Me acerque a ella y, al llegar a su altura, el corazón me dio un vuelco en el pecho: en el suelo cubierto por una

finísima capa de nieve y atado a una roca, estaba Armando. Tenía los ojos abiertos y una expresión victoriosa en la cara, como si al final hubiera logrado la hazaña. Pensé en las veces que nos habíamos visto en peligro los dos y en los modos de escapar que siempre inventaba Armando. Comprendí que debía hacerlo que debía terminar el viaje por él.

Dí media vuelta y continué caminando. Estaba ya a muy pocos metros de la cima y lograría llegar hasta ella por mi amigo, por mis compañeros y por mí mismo, por mi maldito orgullo, porque la montaña me lo debía y porque había sobrevivido a su ira. Esperanza venía detrás de mí sin hablar, sin sollozar, respirando tan profundamente como podía. Tras hora y media de escarpadas laderas y empinados caminos, por fin llegamos a la cima. A 2.592 metros por encima del nivel del mar uno se sentía más cerca del cielo aunque, contrariamente a la opinión de la gente, no se podía tocar con las manos.

Cogí de la mano a Esperanza y la llevé al centro geográfico de la cima Allí, en una pequeña roca que emergía del suelo grabé una cruz con una piedra. Luego saqué una pequeña cajita de picadura de tabaco y la vacié. Puse en su interior las 5000 pesetas de la apuesta y la escondí entre la nieve, bajo la cruz que había dibujado.

— Teníais razón -susurré mirando hacia abajo- era posible. Mi deuda queda saldada.

Siempre he querido volver allí, pero no he tenido ni el tiempo, ni las ganas, ni la decisión de recordar aquellos momentos. Pero sé que tengo que volver un día porque se lo debo a mis compañeros; en la cima de Almanzor, juré que volvería y pondría un epitafio en el lugar donde había escondido entre la nieve la cajita con las 5.000 pesetas de mi apuesta perdida. Allí se leería:

"Ratificamos con nuestra vida que es posible subir al Pico de Almanzor en invierno y en siete días. Después hay toda una eternidad para descansar..."

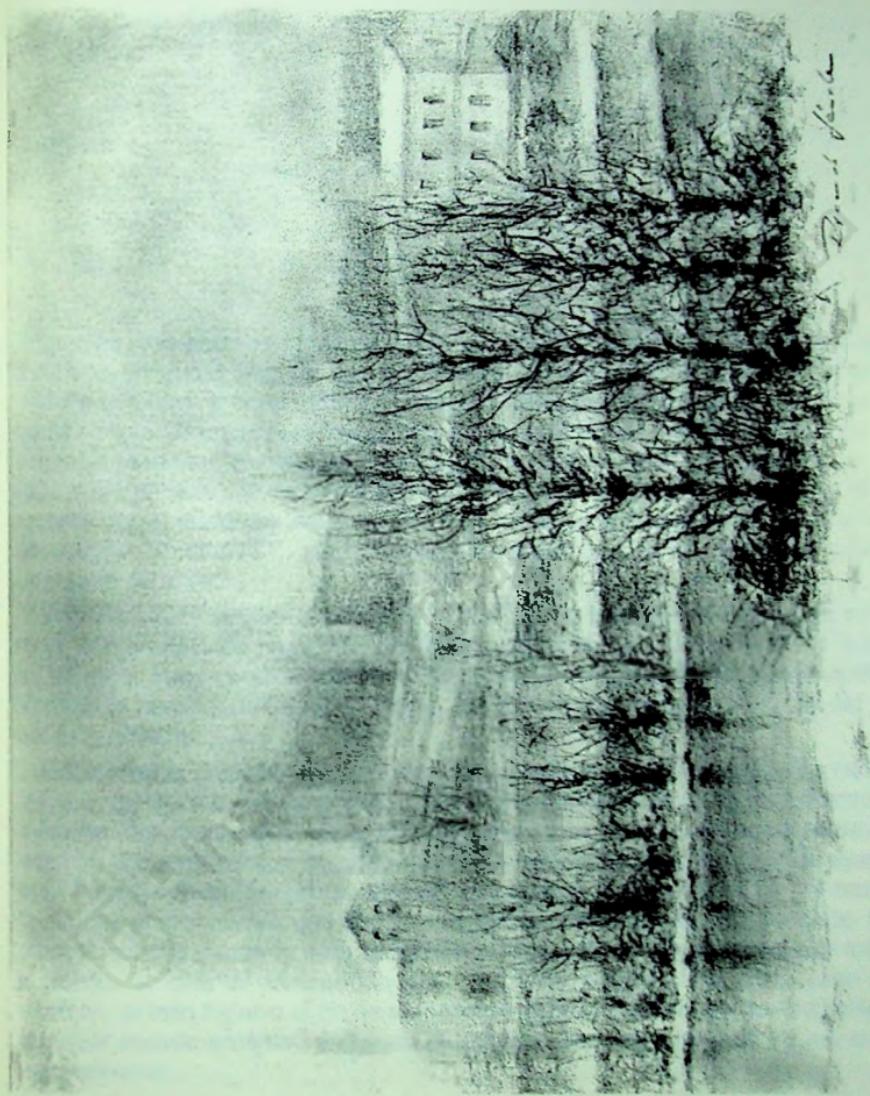


Accésit

Castillos en el aire

Autor: Jesús Barroso Fernández

Dried flower



De niño, me gustaba imaginar historias: yo era el protagonista, el bueno, y me batía en duelo singular con el malo de turno que, de paso, tenía en su poder o sometida a cruel tortura a la chica buena, también de turno. Esta chica podía adoptar diversas personalidades, desde la heroína del último western que acababa de ver en "Sesión de tarde", hasta aquella niña tan mona que se sentaba en la primera fila de la clase y que era sistemáticamente acosada en los recreos por el guaperas del grupo B, que de esta forma se convertía en una especie de "Doctor NO", una auténtica amenaza para la humanidad que era necesario eliminar.

Hoy, los malos siguen haciendo el mal y los buenos siguen intentando evitarlo, aun a costa de grandes sufrimientos, recompensados con la chica (que ha de tener buen corazón, ser atractiva y muy inteligente, claro), que se rinde siempre al héroe y reniega del villano, aunque éste hubiera sido su más fiel y apuesto amante.

Estos delirios oníricos ya no rondan por mi cabeza como antaño, pero cada vez que voy al cine me escandalizo con el perfeccionamiento de los siniestros métodos del malo, que cada vez consigue más gancho entre el público; además el bueno parece no contentarse ya con ver a su enemigo entre rejas, pues llega a convertirse en un asesino despiadado, desprendiéndose del sambenito de perdonavidas que siempre le había caracterizado. Por su parte, la chica lla a unos y a otros para quedarse al final a la sombra del árbol que más la cobija; si bien el estereotipo del "Y fueron felices..." ha dado paso al revolcón, al rollo fugaz o al fin de semana en París, y cada mochuelo a su olivo, a buscar nuevos amantes y nuevas aventuras, que son cuatro días y hay que aprovecharlos.

En estos pensamientos iba yo embutido aquel día al salir de la primera sesión de la tarde, después de ver el último film del héroe de moda. Llevaba camino de la Facultad para tratar un asunto "de última hora" con el catedrático de Historia Medieval, el señor Azofra, una eminencia en los ambientes universitarios y referencia obligada para cualquier monografía regional. Sin vanidad puedo afirmar que yo era uno de sus favoritos después de aquel exhaustivo informe sobre el castillo de Mombeltrán que me valió una matrícula de honor en su asignatura, así como el reconocimiento de unos monumentos -los castillos- que hasta entonces habían pasado desapercibidos para mi Universidad.

Me saludó con un escueto "buenas tardes", invitándome a tomar asiento. Instintivamente me llamó la atención un dossier que destacaba en la mesa del despacho y sobre el que figuraba la siguiente leyenda, por la que me dí casi por aludido:

CASTILLOS ABULENSES

Le interrogué con la vista y Azofra pareció leer mi dudas; me extendió el dossier diciendo:

- Hojéelo.

Lo tomé y busqué el índice: al no encontrarlo, lo cual me sorprendió, eché un vistazo general advirtiendo que estaba escrito con buen estilo y que incluía comentarios relativamente amplios de la arquitectura e historia de los castillos de la provincia de Ávila. Busqué el nombre del autor sin resultado; levanté la vista para preguntarlo y por segunda vez el catedrático pareció leer mi pensamiento:

- El autor ha fallecido.

- Vaya, lo siento ¿Quién era?

- Un compañero suyo, un estudiante Erasmus de la Universidad de Toulouse; llevaba sólo unos meses en España. Un tipo curioso, sólo llegué a hablar una vez con él en persona, el día que se ofreció a realizar este estudio sobre el que estaría basada una parte de su calificación final. Enseguida se puso manos a la obra, trabajo sobre el campo, ya sabe, hasta que hace cosa de tres semanas falleció en accidente de tráfico cerca de Ávila; una pena, por lo que he leído suyo tenía brillante futuro.

- Es extraño, estas cosas salen en los periódicos, y se ponen esquelas en la Facultad, y sin embargo...

– Sí bueno -continuó Azofra-. El accidente fue terrible, el coche se incendió y sólo quedaron cenizas, por lo que la identificación del cadáver se hizo laboriosa (gracias a unos documentos hallados milagrosamente). Los restos siguen en el depósito y nadie quiere cargar con el muerto, nunca mejor dicho, je, je -el profesor rió su propio chiste-. En su Universidad de origen nos dijeron que no tenía parientes próximos conocidos, ya conoce usted a los franceses, mucha donmage y mucha desolation, y la Universidad de Valladolid que al final se tiene que hacer cargo del fiambre, o sea, del muerto.

– Del muerto... y de su "herencia" -añadió.

– Sí, en la pensión donde se alojaba en Ávila nos dejaron este dossier y un sobre con unos pocos efectos personales (notas de viaje sobre todo), junto con una factura por el último mes de pensión; curiosamente la beca ya la había fundido, el muy pájaro. Sin embargo hay que reconocer su valía, su dominio de la lengua es casi perfecto, y es una pena que el trabajo quede a medio terminar...

– Ahí entro yo.

– Exacto; el francés, ... ya no recuerdo su nombre, leyó su estudio sobre el castillo de Mombeltrán, quizás fue eso lo que le empujó a preparar esta monografía incompleta; confío en su competencia y en sus extensos conocimientos para terminarla, por supuesto que se le pagarán las dietas y tendrá alguna distinción académica, pero intente conservar el estilo, por favor.

Por el camino a casa me iba preguntando en qué diablos consistiría la "distinción académica" referida.

Ya en casa le eché una nueva ojeada al dossier, encontrando que se había hecho un estudio individual sobre cada fortificación de la provincia, empezando por Ávila (1) y siguiendo por Barco de Ávila (2), Narros de Salduña (3), Mironcillo (4), Arévalo (5), Castronuevo (6) y Arenas de San Pedro(7). Me llamó la atención la ausencia de Mombeltrán entre los castillos elegidos, así como la presencia de algunas localidades para mí desconocidas como Narros o Castronuevo. También pensé que la paginación no era muy lógica pues no seguía un orden alfabético, ni siquiera un itinerario geográfico ya que, sobre el mapa el recorrido volvía atrás varias veces. Tampoco le dí mayor importancia, "cada maestrillo tiene su librillo", una vez que leyera el trabajo seguro que encontraría una ordenación lógica, quizás por época de construcción, o por usos o funciones, ya se vería.

El contenido del sobre era una libreta con apuntes tomados sobre el terreno, lo que deduje por la tinta corrida de la lluvia caída recientemente; algunos folios sueltos con más notas tomadas de libros y publicaciones, y un periódico de hacia algunos meses al que le faltaba el pliego correspondiente a portada y contraportada, me pregunté qué haría allí y lo aparté, abrí la libreta de alambres, me chocó que la mayoría de las notas estuvieran tomadas en español, desde luego que este chico era una caja de sorpresas; pasé páginas apresuradamente y en una del principio encontré escrito el siguiente poema:

Aunque a bordo de
Barcos voladores
Navegar yo quisera; ni
Mi tiempo, ni mi espacio
Arrecifes formarían.
Castillos abulenses
A mí acudirían;
Nada más austero, nada
Más guerrero.
Camino sin salida.

MARQUÉS DE BERMUDO

Vaya, vaya, ¿y quién sería ese marqués? Desde luego que un enamorado de vila y de sus castillos y un punto de referencia lírico para este trabajo. Tengo amigos a quienes les encanta Ávila por su recogimiento, aunque precisamente es la crítica que otros esgrimen (sin duda más mundanos éstos) para desaconsejar la visita a lo que ellos llaman "aburrida ciudad de provincias".

Olvidando todo esto, me tracé el objetivo de finalizar el estudio la semana siguiente, después de haber estudiado a fondo y sobre el terreno el dossier "heredado" de mi malogrado compañero.

El fin de semana siguiente lo dediqué de forma íntegra a estudiar el dossier y a preparar el viaje que me llevaría una semana por tierras de Ávila para comprobar y ampliar las impresiones de mi fallecido colega sobre la castellología de la zona.

Una vez en Ávila, elegí una pensión "intra-muros" en la calle del Marqués de Canales y Chozas, cerca del Parador Nacional.

El día de mi llegada lo dediqué a pasear por los dos kilómetros y pico de las celeberrimas murallas, admirando especialmente la "espiritualización" de

éstas, concretada en el popular cimorro, ábside catedralicio y símbolo de la ciudad.

Comprobé sorprendido, pues las desconocía por completo, que encajonadas entre las piedras de la muralla aparaecían por doquier las urnas de piedra donde los romanos encerraban las cenizas de sus muertos, unos recipientes pequeños con un canalillo y unas mismas iniciales funerarias: S.T.T.L., Sit Tibi Terra Levis; un curioso y a la vez morboso para lelismo entre lo que pudo ser el origen o el comienzo del estudio de mi antecesor... y de lo que acabaría también siendo el fin (en forma de cenizas por lo que sabía).

Entretanto, pensaba en la enigmática composición poética que encontraba en el cuaderno de notas: "Ni mi tiempo ni mi espacio arrecifes formarían". ¿Quién sería aquel Marqués de Bermudo? Todos mis esfuerzos para dar con su identidad fueron inútiles, quizá se tratara de un pseudónimo, o de una obra de mi amigo el francés, de François, porque se tenía que llamar François, todos lo franceses tenían que llamarse François.

Tras reconocer el terreno en la capital abulense, me tracé un itinerario por la provincia encaminado a examinar el resto de fortificaciones. Diseñé una ruta que nada tenía que ver con el orden de los castillos en el dossier, lo que me chocó de nuevo, pues habiendo leído éste se diría que el autor había seguido escrupulosamente el itinerario marcado por las páginas, es decir, Ávila-Barco-Narros-Mironcillo-Arévalo-Castronuevo y Arenas, por cuanto se comparaban elementos arquitectónicos de Narros con Barco, de Mironcillo respecto de Barco y Narros, etc., es decir, que en el dossier se seguía una noción especial pese a que el criterio de ordenación no parecía estar nada claro; "Ni mi tiempo ni mi espacio...". de nuevo el verso me venía a la memoria, y por primera vez pensé que se podría tratar de un insondable misterio cuyo protagonista era yo y en el que ya había un muerto de por medio, aunque fuera en accidente... Maldije, pensando en el razonamiento tan absurdo que acababa de hacer y apagué la luz de la lamparita.

Al día siguiente madrugé para iniciar la primera parte del viaje por La Moraña que me llevaría por Arévalo, Castronuovo y Narros de Saldueña, es decir, que me tracé mi propio camino que para nada coincidía con el seguido por François. En Arévalo descubrí iglesias con arcos mudéjares de ladrillo, y los tópicos de todos los pueblos castellanos: ancianos, pájaros y perros. De su retocado castillo, François destacaba su amplia torre de homenaje y recordá-

ba, entre otras cosas, la salvación in-extremis de éste cuando en 1859 se pretendían utilizar sus piedras para la construcción de la línea ferrea; Isabel II lo indultó finalmente, como si de un reo se tratara.

Castronuevo, de propiedad privada, lo único que me inspiró fue melancolía al comprobar la patética conservación de nuestro patrimonio y ver cómo las aves eran dueñas y señoras de lo que tuvo que ser imponente palacio. Enseguida parti hacia Narros de Saldueña, de interesante rejería mas con funciones escasamente militares.

En suma, que había recorrido La Moraña si haber hecho escala en la monumental villa de Madrigal de las Altas Torres, sin duda uno de los rincones olvidados por mi colega francés y que pensé podría reconocer de vuelta a Valladolid al final de mi viaje; no obstante, pensé que aunque sólo fuera de paso, François debería haber tomado alguna nota sobre las murallas de Madrigal, por ejemplo; repasando una vez más el block manuscrito nada encontré, aunque de nuevo la inquietud se apoderó de mí al leer por enésima vez el enigmático poema: "Camino sin salida".

Ya en Ávila de nuevo, me comunicaron por teléfono la respuesta a la consulta que había hecho al Departamento el día anterior: el nombre de "Marqués de Bermudo" no pertenecía a ningún literato conocido, por lo tanto, deduje, sólo podía tratarse de un pseudónimo, probablemente del autor del dossier, de mi amigo François. En este momento fui consciente por primera vez de que un muerto podía estar jugando conmigo.

Un día después emprendí un nuevo itinerario que me llevaría unos pocos kilómetros Adaja arriba, hasta atravesarlo para encontrar Mironcillo, lugar donde se halla ubicado el espectacular castillo de Aunqueospese, en el que invertí algo más del tiempo programado en principio al encontrar en su puerta, tras una penosa marcha de media hora (el coche había quedado en el pueblo), un pequeño cartel indicando que la llave estaba en un bar del pueblo; despechado como el constructor del castillo, le para freseé la exclamación que lanzó al padre de doña Guiomar, y que recoge la leyenda: "¡Entraré aunque os pese!" Y a fe que lo hice, una vez que tuve la llave en mi poder y a pesar de la obstinación de mi vehículo, que no las tuvo todas consigo para ascender hasta la cumbre.

Acto seguido emprendí camino hacia Arenas de San pedro, población que ya conocía por haber sido base de las operaciones de mi última investigación

sobre el castillo (también ignorado por François) de Mombeltrán, situado a escasos kilómetros. Allí encontré viejos amigos en los taberneros de rostros colorados y acento toledano, serranos que me recordaban que aquello eran los confines de mi Comunidad, pero no de Castilla, que todos sabemos que es bien ancha...

Recorriendo el perímetro del castillo de la Triste Condesa (que sería dos veces triste si hoy admirara su ruina), me volvió de nuevo a la cabeza el poema del Marqués de Bermudo:

"Nada más austero, nada
Más guerrero..."

¿Tendría aquello algún significado oculto que a mí se me escapaba? ¿Sería mi imaginación excitada por un serie de extrañas circunstancias?: un alumno que nunca va por clase y que sorprendentemente posee un buen nivel de español, pese a llevar sólo unos meses en el país, un muerto (el mismo alumno) por el que nadie se interesa, una ordenación muy sui-generis de lo que pretendía ser una lista exhaustiva de los castillos de una provincia y por si fuera poco, una exaltación de éstos firmada con un extraño pseudónimo.

"Castillos abulenses
A mí acudirán."

Al día siguiente pensé en desplazarme hasta El Barco de Ávila; El Barco de..., recordé los barcos voladores del poema, quizá fuera una pista, llevé la mano al block de notas que contenía la misteriosa composición y que siempre llevaba conmigo apuntando mis propias impresiones de lo que se estaba convirtiendo ya casi en una epopeya.

Aunque a bordo de
Barcos voladores
Navegar yo quisiera, ni
Mi tiempo ni mi espacio
Arrecifes formarían.
Castillos abulenses
A mí acudirían;
Nada más austero, nada
Más Guerrero.
Camino sin salida.

¡Y claro que acudirían! En ese momento acudieron a mí todos los castillos abulenses, tal y como vaticinaba lo que no era otra cosa que un acróstico particular cuyo significado fui deduciendo con alegría casi febril; la sílaba inicial de cada verso se correspondería con la sílaba inicial de una población abulense fortificada en el orden del dossier, ése era el orden, el del acróstico: Aunque por Ávila; Barcos por Barco; Navegar por Narros; Mi por Mironcillo; Arrecifes por Arévalo; Castillos por Castronuevo; y A por Arenas de San Pedro, donde yo me encontraba y donde se perdía la pista pues en ese momento se truncaba el curioso estudio. Me quedaban Nada, Más y Camino; Nada podía ser Navas, Las Navas del Marqués con su castillo de Magalia; el correspondiente de Más me costó más tiempo deducirlo (valga la redundancia), pero no podía ser otro que Madrigal de las Altas Torres, el pueblo que abandoné dos días atrás en La Moraña y del que quedan como vestigio varias puertas de su muralla. El último verso era intrigante: "Camino sin salida". Era el único que constituía una oración completa y parecía lanzar un mensaje de precaución al lector; además, el catálogo de recintos fortificados parecía estar ya finalizado con la ilustre excepción de Mombeltrán, que no aparecía por ninguna parte (¿habría estimado el autor que ya se había escrito lo suficiente sobre él?). En el mapa provincial incontré varias poblaciones cuyo comienzo era por CA, como Cardeñosa, Cantiveros y varias Cabezas de. Decidí desplazarme inmediatamente a Ávila a fin de investigar allí si alguno de estos lugares disponía de algún tipo de fortificación.

Por el camino, pensaba que desde aquel momento todo el detalle tomaba una importancia capital en la solución del misterio, la imaginación del "Marqués de Bermudo" podía hacer de cualquier indicio un juego de palabras capaz de desconcertar al investigador más sagaz. Le seguía dando vueltas a todo aquello que me pudiera ayudar en la búsqueda cuando caí en un detalle en principio nimio: ¡el periódico! El viejo diario que había desecharido desde un principio sin ni siquiera hojearlo, recordaba que había utilizado parte de sus hojas para envolver ciertos instrumentos que dejé en la pensión. Entonces aceleré a tope y al rato llegué a la ciudad de las murallas.

Entré sofocado ante el asombro de mi patrona, creía haber tirado aquellos papeles a una papelera, aunque no podía afirmarlo; el simple movimiento de girar la cerradura se me hizo eterno, iluminé la estancia y miré en todas las direcciones buscando los restos del diario.

Allí estaba, hecho una bola gigante dentro de la papelera aún por vaciar. ¡UF! Estiré y ordené los pliegos arrugados del diario, que databa de hacía casi seis meses. Apenas lo recompuso, descubrí el siguiente titular:

DESCUBIERTO TESORO EN CABEZAS DEL VILLAR

La noticia incluía fotos de un castillo en penosas condiciones de conservación y de un hombre al parecer joven, pero envejecido por el sol mesetario, que afirmaba haber descubierto unas monedas de oro, parte de un tesoro, en un pozo cartesiano colindante con el, para mí, desconocido castillo.

El periodista se mostraba escéptico ante lo que parecía un fraude por la dudosa calidad de los restos sacados a la luz pública; en su opinión, el lugareño pretendía vender sus tierras al Estado como yacimiento arqueológico para paliar unas deudas contraídas, o al menos eso se decía en el pueblo.

El artículo incluía además una breve reseña sobre la historia del lugar, en concreto de la dehesa de Zurraqún, perteneciente al municipio de Cabezas del Villar (la CA- que faltaba), haciendo mención a una losa funeraria ubicada en la iglesia de San Juan, de Ávila, que reseñaba el lugar.

Fantástico, puzzle resuelto, "game over". Pero ¿cómo tanto oscurantismo por tan poca cosa? ¿Podría ser el accidente de François consecuencia de su codicia ante un fantástico tesoro inexistente? La única solución era desplazarse in situ al lugar para conocer al propietario del supuesto tesoro, que sin duda debía conocer a mi amigo François, autoproclamado Marqués de Bermudo, como si de un Napoleón del siglo XX se tratara: "desde este castillo, veintiún siglos me contemplan".

A la mañana siguiente viajé por una carretera comarcal en dirección a Salamanca para visitar un castillo (o sus restos) que me habrían de dar la clave definitiva de mis pesquisas. Parecía haber abandonado el proyecto original para adentrarme en una investigación ecalabrosa donde debía andar con pies de plomo para no herir susceptibilidades.

Antes, pasé por la referida iglesia de San Juan, lugar de Bautismo de la Santa, donde leí sobre una lápida la siguiente inscripción: A MORTE IN VITAM/ AQUI YACE/ EL ESCMO. SR. D. JOSE M^a IGNACIO/ JUAN DE DIOS/ MANSO DE VELASCO Y CHAVES/ CONDE DE SUPERUNDA, MARQUES DE BERMUDO/ GRANDE DE ESPAÑA/ SEÑOR DEL CASTILLO DE ZURRAQUIN Y DE BULARRROS/...

Los cabos seguían atándose.

No me costó demasiado encontrar Zurraqún, un despoblado del término de Cabezas del Villar, donde descubrí los restos de una torre, una casa baja adosada a ella y una ermita; aun tratándose de ruinas, pensé en la conveniencia de una restauración, prescindiendo de cualquier tipo de tesoro, real o no.

Avisté el pozo en cuestión, probablemente el "Camino sin salida" del poema. Con paso firme me encaminé a la única vivienda de los alrededores que parecía estar habitada.

Al llamar, se oyeron unos pasos y me abrió un individuo muy parecido al de la fotografía del diario; sólo parecido.

– ¿Qué desea?

– Vengo de parte de la Universidad, verá, quisiera hablar con el propietario del castillo acerca de un artículo que leí hace unos meses en el diario, ¿es verdad?

– No, ejem, es mi mujer, ella no se encuentra en estos momentos -su acento era casi perfecto pero no tanto como para engañarme, tenía a mi hombre delante.

– ¿Puedo entrar? -pregunté.

– Pase, se lo ruego.

Fue lo último que recuerdo antes de rodar por el suelo, víctima de un golpe en la nuca que alguien me propinó cuando pretendía acceder a la estancia. Cuando desperté atonitado, tenía ante mí al mismo hombre y a una mujer de gran belleza. Era mi presunta agresora.

– Así que por fin mi colega encontró al Marqués de Bermudo, jamás pensé que llegaría este momento- me espetó con ironía mi amigo François, el muerto viviente, mientras me llevaba la mano a la cabeza todavía dolorida por el golpe-. ¿Cómo lo conseguiste?

– Siguiendo las pistas que fuiste dejando y echándole imaginación, pero no tanta como tú.

– Je, je -rió-. Mi obra maestra, mon chef-d'oeuvre; siempre me gustaron los crucigramas, acrósticos y todo tipo de pasatiempos, es una de mis debilidades, junto a la arquitectura militar y las mujeres hermosas -miró a la que tenía a su lado que parecía recelar de la conversación -caí enamorado, se dice así, ¿no? el viejo sólo estorbaba...

- Apuesto a que fue él quien tuvo el "accidente" -añadí.
- Touché; "qué lástima, el joven tenía un brillante futuro;" Seguro que éso fue lo que dijó de mí a aquel estúpido profesor.
- Más o menos, pero yo hablaba del tipo de la foto del periódico; y no era tan viejo.

- Tenía la mentalidad de un viejo, inventando historias de tesoros fantásticos para vender unas tierras que no valen nada, en vez de trabajar para cuidar a esta joya de mujer; el viejo tuvo su merecido, aunque por si acaso investigué el pozo, el "camino sin salida" ¿recuerdas? Nunca se sabe.

Alucinante, tenía ante mí a un refinado asesino que acababa de perdonarme la vida y que había matado por amor; casi me lo podía imaginar: el turista francés que llega al pueblo como caído del cielo, se enamora de la chica y mientras, el marido, acuciado por las deudas, contando historias de tesoros y de "castillos en España", que es lo mismo que "castillos en el aire" pero en el idioma de los circunflejos. El francesito que le promete el oro y el moro a cambio del rescate del tesoro para el inicio del curso, cuando en realidad viene a buscar un tesoro bien distinto. Conmovedor. Vuelve el héroe.

- ¿Por qué me cuentas todo ésto? -pregunté.
- Supongo que es el premio a tu astucia; de todas formas pronto vamos a salir del país para evitar suspicacias de los vecinos, el viejo era bien conocido en el pueblo y yo no me voy a poder pasar por él toda la vida, ¿te has fijado en nuestro gran parecido? -sonréí, si no fuera por mi presencia, hubiera sido el asesinato perfecto-. ¿Contarás algo a la policía?

- No serviría de nada, el mal ya está hecho y a mí toda esta historia ni me va ni me viene. Espero que seáis muy felices. Sólo una última pregunta, ¿cómo te llamas?

- François.

En fin, parece que aunque los métodos de los malos son cada vez más sofisticados, el bueno sigue yendo por ahí de perdonavidas; se conforma con resolver una duda existencial para su propio provecho, pecando de egoísmo y al final se alía de alguna forma con el malo, que termina cayendo bien al público debido a su ingenio infinito (sólo comparable al del bueno, que para eso está) y al hecho de ir dejando pistas por ahí para mayor gloria suya y escarnio de los pobres sabuesos que nunca ven más allá de lo puramente evidente.

Por lo que respecta a la chica, sigue siendo una pieza fundamental del juego, desencadenando todo tipo de altas y bajas pasiones; es la femme fatale que empuja al amante al asesinato y que ocasionalmente se sale con la suya, ante el asombro del héroe, del bueno, que, resignado, levanta la vista al cielo y exclama: -¡Yo no escribí este guión!



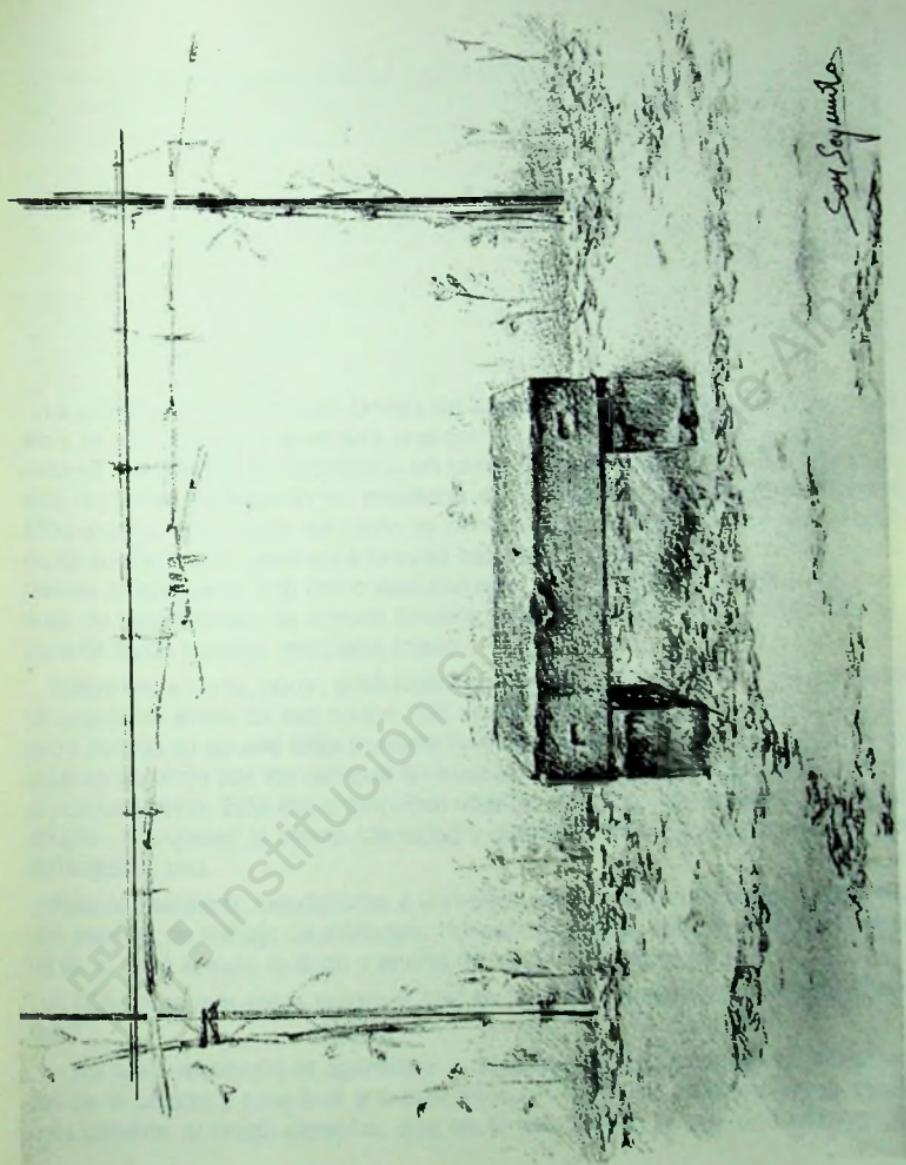
IV Premio Nacional de Narrativa 1997

Primer Premio

El Soufflé

Autora: Teresa Nuñez González





Soy suyo

La primera vez que Alfonso Ortega vio al Pastelero de Madrigal el invierno era frío y se asombró de que vistiera una camisa tan fina y transparente como sus mismos huesos. No le sorprendió, en cambio, aquel rostro delgado y blanquecino. Es más, su aspecto no resultaba demasiado lúgubre para llevar tantos años muerto. Los restos del jubón se concretaban en algunos harapos colgando de sus hombros, pero las calzas se hallaban en perfecto estado, sin enganchones ni aberturas, y lo único desordenado eran sus cabellos. Claro que después de haber tenido la cabeza clavada en una de las puertas de la muralla durante algún tiempo, resultaba lógico.

Surgió de la tierra, como si se levantara de entre ella. Alfonso no había visto un aparecido antes de esa noche. Sin embargo, no le causó impresión alguna, quizá porque su abuela solía contarle cuentos de ánimas y a él le gustaba imaginarlas vagando por los campos en busca de un lugar en el que abandonarse al reposo eterno. Este era el principal objetivo de las almas en pena -le dijo su abuela-. Recuperar la propia identidad y poderse hacer con el cuerpo a fin de conseguir la paz.

Para el Pastelero, recuperarse a sí mismo significaba un esfuerzo de titanes, una especie de trabajo de Hércules. Pensando en ello, Alfonso se detuvo cerca de él, lo miró a todo lo largo y ancho de su presencia y preguntó:

– ¿Cómo es que estás entero? ¿No te habían descuartizado en cuatro partes?

– Así fue - respondió el aparecido -. Colgaron mis trozos en las cuatro puertas de la ciudad y tuve que ir a buscarlos uno por uno. Ahora siempre tengo más caliente el brazo derecho, que es el que estuve al sur, en la Puerta de

Peñaranda y, en cambio, las caderas están heladas porque soportaron el viento del norte en la Puerta de Medina. A mi brazo izquierdo lo llamo directamente Cantalapiedra y cuando me duele la cabeza ya sé que va a venir borrasca por Arévalo.

- Me parece complicado vivir así.
- No creas. Uno acaba acostumbrándose a todo. Ten en cuenta que, en realidad, yo no vivo.

El Pastelero de Madrigal, don Gabriel de Espinosa, había sido ajusticiado el primero de agosto de 1595. Mientras él iba mostrando las costuras de su delgado cuerpo y explicaba que lo había unido todo con un cordel de cáñamo hallado junto al río Trabancos, no dejó de parecer encomiable a Alfonso su tesón por sobrellevar la historia.

Luego se quejó el aparecido de no poder ocultarse en el bosque.
Entre los intereses de la Mesta y vuestros dichosos incendios os habéis cargado la comarca.

Alfonso le ofreció generosamente el garaje, pero él replicó airado:
- Faltaría más. Si se enterase tu mujer de que he venido, comenzaría a indiar y acabaría descubriendo lo que me trae. Se me ha recomendado especialmente que sólo me aparezca a ti. Ella no tiene la culpa de nada.

Tenía la reacción de Berta y no le extrañó a Alfonso. Berta era la mujer más brava de cuantas había conocido. Esta cualidad le gustó en ella mientras fueron novios, porque no dejaba traslucir sus misterios, y una mujer a medias le parecía entonces un tesoro. Pero uno se cansa también de la lucha y cuando después de dos años casados debía obligarla aún a quitarse el camisón de dormir, empezó a pesarle el coraje de Berta y hasta le pareció gazmoñería lo que antes llamaba candor.

Le preocupó, sin embargo, la afirmación del Pastelero. Y es que Alfonso estaba seguro de que un aparecido podía ser visto por cualquiera y dependía de su propia voluntad o de la circunstancia de la persona que lo veía.

- Sí y no - dijo el espectro -. Siempre hay quien manda. A mí me han ordenado que tu mujer no me vea. Ya te podrás imaginar por qué.

Alfonso no usaba demasiado la imaginación desde hacía tiempo. Cuando era chiquillo sí. Con otros amigos se encaramaba a las tapias del colegio de las monjas sólo por ver las letrinas que estaban en el patio. Tenían puertas de

madera que no llegaban al suelo, de modo que desde allí veían los pies de las niñas cuando hacían uso de los servicios. Algunas se bajaban las bragas a la altura de los tobillos y ellos esperaban con el corazón encogido, imaginando los contornos físicos de la propietaria de aquella prenda. También había jugado mucho mentalmente con el cuerpo de Berta. Tenía gracia. La adoró con toda la belleza imaginable. Incluso pensó que debía tener un lunar en alguna parte, uno de esos lunares que aparecen en el sitio más propicio para ser acariciado o mordido en el momento crucial. Luego resultó que Berta no tenía lunares sino pecas. Estaba llena de pecas que se repartían por la superficie de su piel. Le dijo que padecía algo llamado neurofibromatosis congénita. Le decepcionó tanto su cuerpo que no volvió a elucubrar nada sobre ninguna mujer.

Y ahora, el Pastelero le pedía imaginación. Se enfadó.

– Oye, si no quieres decirme de qué va la cosa, no me lo digas. Pero a ver si vas a darme la lata todas las noches saliéndome al paso cuando mas despreviendo esté.

El Pastelero se pasó la lengua por los descoloridos labios y en sus comisuras de pergamino apareció lo que bien podía tomarse por una sonrisa.

– Son las normas. No puedo saltármelas tan alegremente. Debo dejar que reflexiones sobre tu vida anterior y encuentres el sentido de mi aparición.

– Ya sé el sentido de tu aparición - repuso Alfonso, casi ofendido -. No sé si fuiste realmente pastelero o te llamaron así por el engaño. Yo lo soy de verdad.

Desde pequeño metido en el homo de la pastelería familiar, pintando acá con huevo, enharinando allá una masa, repasando con toques de nata o guindas los pasteles ya terminados, raro hubiera sido no heredar la profesión del padre.

Pero el aparecido negó.

– No es por ahí.

– Pues podrías darme una pista.

El cadáver le dirigió una mirada hueca. A la luz de la atardecida su rostro estaba más verdoso que antes.

– No me está permitido. Sólo el examen de conciencia arrojará luz en tu interior. Repasa poco a poco tu vida y si mañana has caído en la cuenta, mira la forma de remediarlo.

– Supongo que tendré un plazo.

- Toda la vida. Mas, iqué diablos!, no siento ganas de venir a esta villa después de lo que me hicieron. Si no te das prisa, yo mismo te tiraré por un barranco.

Dicho esto, el fantasma le dio la espalda, perdiéndose en las crecientes sombras.

Alfonso siguió su camino hasta dejar atrás las murallas con su palidez misteriosa y alcanzar la plaza de los Herradores. Una edificación vieja servía de vivienda familiar desde que se casaron. En la parte baja tenían la tienda, que a esa hora presentaba los cierres echados. La casa, con la fachada de piedra, sufrió varias restauraciones desde que la familia la compró allá por mil novecientos siete. Berta había plantado geranios en los balcones y un lilo en el patio, bajo el cual veía pasar Alfonso todas las tardes un cortejo de aves, desde que hacían su aparición las primeras cigüeñas hasta que llegaban en noviembre las grullas y los milanos reales. Con ellas soñaba volar a lugares recónditos, donde la nieve no marcase las estaciones con su blancor omnipotente y el corazón recobrase el calor pequeño y dulce de la juventud.

- Se está enfriando la cena -le dijo Berta con su natural agrio y cortante, regresándolo a la realidad nada mas traspasar el dintel de la casa.

Saber, lo que se dice saber, Alfonso ya sabía desde que el Pastelero de Madrigal lo encontró junto a la muralla esa noche.

Tenía plena conciencia de su vida y de todo cuanto en ella había acontecido y no necesitaba repasarla, puesto que lo hacía a cada momento. Intuyó desde el principio que se trataba de ella.

No había dejado un instante de pensar en Rosario. ¿O debía llamarla Madre Rosario del Sagrado Corazón? ¿Por qué las monjas tomaban nombres larguísimos al profesar? Seguramente se debía a que nadie las recordaba jamás o las recordaba con el temor de los corredores de baldosas y las aulas en donde transcurría buena parte de los años estudiantiles. Desde luego, no de otra manera. No como Alfonso recordaba a la Madre Rosario. Como un hombre recuerda a una mujer.

- ¿Don Alfonso Ortega? -qué pregunta más simple. Ella la hizo al entrar en la sala de visitas. Porque las niñas no estudiaban, ninguna de las tres estudiaba, o quizás no fueran listas, quién sabía, y eran necesarias esas conversaciones a cada nueva evaluación. Berta lo eludía. "Ve tú, que sabes hablar", le decía. Y supo hablar mientras la tutora fue aquella monja gordita y rubicunda

que no tenía la piel transparente ni los ojos transparentes ni los labios transparentes de la Madre Rosario. Luego ya no dio pie con bola ni encontró palabra que fuera algo más que torpe balbuceo. ¿Y cómo evitarlo, por otra parte? Si Rosario miraba de aquella forma, como brotando toda desde dentro. Pudieron decirle que era pecado imaginar un cuerpo, pero ¿y un alma? ¿También se pecaba imaginando un alma? Ahí no cabían pecas, manchas o desastres. Imposible hallar imperfecciones detrás de aquellos ojos translúcidos y, por tanto, inútil repetirse a sí mismo la decepción y amargura que podían albergar.

Cuando Alfonso Ortega se percató de lo que ocurría llevaba más de dos años obsesionado por aquellas visitas, rezando internamente para que sus hijas no estudiaran, ninguna de las tres, y repitiesen curso tras curso. Entraba, casi tímido, en la sala. A sus cuarenta años sentía los labios resecos y un temblor especial en las manos. Y allí, sentado al borde del silloncito isabelino, sin saber hacia dónde dirigir los ojos para que no volasen a la puerta nada más sentir el rumor de pasos, le parecían días enteros los segundos, y meses los minutos, y siglos los cuartos de hora.

A continuación, todo se llenaba con ella. Por muy insulso que fuera el saludo, la luz se volvía fosforescente cuando ella entraba, el espacio aparecía como sacudido por un viento marino, y hasta alguna vez Alfonso había escuchado música lejana de violines, o rumor de pájaros cantores, o cualquier otro sonido de naturaleza indescifrable que le sumía en un remanso. Por fin sucumbió a la realidad. Amaba a aquella mujer. No le era posible vivir sin verla. Necesitaba su voz limpia, tan parecida a la lluvia cuando cae en los cristales y los va llenando de suavísimos surcos. Necesitaba sus ojos, el aleteo de sus pestañas, la mirada que con sinceridad había recogido la suya, los labios que habían despertado su deseo de hombre cuando lo creyó insalvable.

Perdido. Estaba perdido en un laberinto donde también cabían las noches en vela, sus hijas, Berta, el escándalo, don Anselmo el cura, el qué dirán. Cuantas veces pensó en marcharse, parar un autobús en medio de la carretera sin pre-guntar hacia dónde se dirigía, y subir a él, y dormirse, y no despertarse hasta dos mil kilómetros más allá. "Se me nota", pensaba a cada momento. "Ella lo sabe. Y Berta. Todo el mundo lo sabe". Era como llevar alfileres clavados sobre la piel.

"La vida es un soufflé" solía decir su madre. "Como no lo saques del horno en el momento oportuno, lo fastidias". Y a los cuarenta años, Alfonso Ortega

se enteró de que su madre tenía razón. Maldijo haber encontrado tan pronto a Berta, haberse casado con ella apenas hecho hombre por algunas visitas a un burdel y no tener idea de lo que buscaba, antes de hundirse en los ojos de la Madre Rosario del Sagrado Corazón. Pero nada más maldecirlo, comprendió que precisamente por Berta tuvo hijas y por sus hijas llegó a Rosario, de modo que ya no supo si la vida era en realidad un soufflé o una pescadilla enrosada. Por eso estaba loco cuando aquella tarde terrible llegó al colegio, cuando pidió a Rosario una cita, una cita de amor, esperando absurdamente su respuesta. La Madre Rosario dio media vuelta y salió de la sala sin decir una palabra. Pero qué esperanza de pronto, qué pequeña esperanza igual que el verdor de una luciémagua en medio de la noche. Porque ella no sintió ira sino sonrojo. Y todo su ser tembló a las palabras de Alfonso, dejando en la sala un revoloteo de tocas grises, de párpados huidos, de sueños.

Aquello los había precipitado a ambos hacia el abismo. Ya no fueron palabras sino hechos. De un deseo imposible pasaron a una caricia, -tan leves como parecían las manos de la religiosa y, de pronto, podían apasionarse-; de una mirada fugaz y culpable, cayeron en el beso, y luego en el abrazo hasta que los cuerpos se aposentaron de su dominio propio, reclamando lo que les pertenecía. Porque el amor podía sentirse con el alma, pero sin un vehículo de comunicación el amor también moría, agostado, convertido en trampa malsana, en soufflé sacado a destiempo del horno.

La noche siguiente, el Pastelero de Madrigal tardó un poco en aparecer. Alfonso media a zancadas la muralla por su cara interna y se retorcía las manos en una espera agónica. Le abroncó sin más.

— ¿Qué pasa, no sabes cumplir tus compromisos?

El Pastelero levantó los brazos, en un tris de perder a Cantalapiedra, pues el cáñamo empezaba a deshilacharse.

— Calma, calma. Veo que ya sabes a qué he venido.

— Por supuesto. Qué otra cosa hay en mi vida que se parezca a la tuya, aparte de llamarnos pasteleros.

El aparecido tomó respiración o, al menos, hizo como si la tomara, en un gesto que seguramente había sido suyo en vida. El suspiro sonó como si brotara de una cloaca.

— Qué equivocación más estúpida, ¿no es cierto? Con la cantidad de mujeres que existen y uno va a caer allí donde no debe.

Y Alfonso supo que se refería, indudablemente, a doña Ana de Austria.

— No te quejes. Tú lo hiciste por ambición -agujoneó malintencionado-. Lo mío ha sido inevitable.

— ¡Qué sabes tu! ¿Te han hablado alguna vez de doña Ana, de su cintura que se movía como las palmeras, de su espalda erguida igual que una columna de mármol? ¿Alguna vez has sabido que a los diez segundos de hablarle ya eran sinceros mis requerimientos? No, tú no sabes nada. La ambición la puso aquel maldito clérigo, fray Miguel dos Santos. Yo hubiera podido conquistar a doña Ana sin hacerme pasar por mi hermanastro, don Sebastián de Portugal. Porque los Espinosa éramos ricos y mi madre recibió una esmerada educación, al igual que yo.

— Naturalmente, la tuya la pagó el rey de Portugal para cerrar la boca de tus parientes maternos. Me sé bien tu historia.

El Pastelero miró a Alfonso con una tristeza infinita en sus cristalizadas cuencas.

— No sabes nada. La historia de los hombres se lee en el corazón. No tiene que ver con las crónicas que algún idiota escribe por encargo de un gran señor. Debes creerme. Yo amaba a doña Ana. Hubiera muerto por ella.

— Es lo que hiciste.

— Agua pasada -cortó don Gabriel, un poco molesto-. Ahora se trata de lo que vas a hacer tú.

— Ya he roto con ella. Hace años que no nos vemos. Y no me explico por qué has venido tan tarde.

— Cumplio órdenes. Si no te lo explicas, tendrás que seguir meditando.

Y en esta ocasión, don Gabriel se filtró por la muralla y desapareció, dejando en algunas piedras restos de camisa.

Esa misma noche, Alfonso cayó en la cuenta de que seguramente, si pedía perdón a Rosario acabarían las apariciones. Porque, si mal no recordaba, en cosas de religión siempre estaba por medio la penitencia. El no había cumplido la suya. Hizo daño a Berta, aunque ella misma lo ignorase, y a sus hijas, y a sí mismo. Pero, sobre todo, le preocupaba el mal infringido a madre Rosario del Sagrado Corazón, a la que no veía desde que la menor de las niñas trasladó sus estudios al Instituto de Enseñanza Media.

Le pareció sencillo pedir disculpas. Tanto como antes lo fue rezar el padre-nuestro y las tres avemarías que los confesores solían imponer. Y como la mag-

nanimidad de Dios era infinita, esperaba que con ello don Gabriel desapareciese para siempre de los paseos nocturnos por los alrededores de la muralla.

La mañana del tercer día, Alfonso se presentó en el antiguo colegio de sus hijas llevando un ramo de rosas, bien elegido el color de estas, naturalmente, para no cometer ninguna torpeza en un lenguaje que desconocía. "Para un colegio religioso, blancas", dijo la encargada de la tienda. Y blancas fueron.

Pero cuando la madre Rosario del Sagrado Corazón apareció en la salita isabelina, las flores parecieron sangrar y hasta el tapete de ganchillo inmaculado que cubría la mesa se tornó rojo vivo. Ella saludó, mientras miraba a Alfonso con ojos tristes. Dos breves arrugas se marcaban bajo ellos y en las comisuras de los labios. Parecía tan frágil y cansada que el hombre se sintió lacerado por un dolor profundísimo. Entonces se reveló. A qué vivir una vida injusta. Soportar a Berta, perder a sus hijas tarde o temprano en aras de otras familias. Mirase por donde mirase, no valía la pena. Cuando tomó la decisión de terminar aquella historia, no sabía que el amor seguía viviendo enroscado en el alma durante tanto tiempo. Ya entonces quiso morirse. Y si no hizo realidad sus deseos fue porque una vocecita le empujaba a seguir pese a todo. Ahora, la voz fue latido, luz, presencia imperiosa. Ante Rosario, los años se arrugaron y cayeron, nada importó. En el silencio de la sala de visitas no se escuchó la súplica de perdón que hubiera sido deseable, sino un sollozo hondo y desgarrado que brotó de la garganta masculina al mismo tiempo que la pregunta.

- Rosario, ¿quieres casarte conmigo ?

El del matrimonio Ortega fue el primer divorcio que se tramitó allí después de la Constitución. Pero Alfonso no se quedó para verlo llegar. Él y Rosario salieron de tapadillo una noche con una luna enorme encima de la muralla y el campo oliendo a primavera. Nadie los volvió a ver por Madrigal.

Curioso. Don Gabriel de Espinosa, no volvió tampoco. Alfonso, que no había confesado a su nueva mujer nada de lo ocurrido, estuvo algún tiempo meditando sobre el hecho, preguntándose una y otra vez si lo había soñado o realmente vio al Pastelero de Madrigal dos noches consecutivas.

Y al fin comprendió el mensaje. Tuvo la corazonada de haber obrado certamente. Esa y no otra cosa era lo que el aparecido había venido a comunicarle. El momento oportuno para sacar el soufflé del horno.



Accésit

Tierra de Arévalo

Autor: Andrés Carballo Expósito

J. Gaucho lipp.



Apenas despuntó el alba en la Tierra de Arévalo, la cuadrilla de segadores inició la faena, con movimientos acompañados. Pascual y los demás subían y bajaban el cuerpo, y se echaban sobre el pecho manojo de tallos de trigo. Cuando no les cabía más en las manos, con dos o tres tallos ataban el puñado y los iban acamando tras de sí, dando faena a la ristra de zagalones que seguían a la cuadrilla, quienes a su vez reunían los manojos en grandes gavillas.

La cuadrilla avanzaba por el frente que habían iniciado nada más barruntarse el primer rayo de luz, cuando tomaron por referencia dos encinas que limitaban los extremos de la hilada. Estaban lo suficientemente espaciados entre sí como para no entorpecerse unos a otros, imposibilitando a la vez algún desatino de las hoces.

Aquel vivo ritmo que llevaban se veía favorecido por el fugaz frescor de la mañana, cuando los cuerpos aún conservan toda la energía recuperada durante el reposo de la noche.

Arriba y abajo, abajo y arriba, avanzaban sin mirar hacia adelante todavía para no perder ánimos ante aquel paisaje de lomas y valles cubiertos por el cereal, que se extendía por todos los horizontes de la dehesa, y que la cuadrilla tenía que patear cuanto antes para huir del peligro de las tormentas. Cuanto antes había que cercenar aquellas espigas, no más allá de quince días: ese era el plazo. Y después, si el tiempo dejaba, podía buscarse nueva senara en los alrededores, antes de emprender el largo camino de regreso al invierno.

La cuadrilla era un solo cuerpo, arriba y abajo, abajo y arriba, sin que aún ninguno de sus miembros se incorporase para recuperar por unos instantes su posición vertical y con ello dar un respiro prematuro a los cuerpos encorvados.

Ni levantarse para llevar las manos al costado, o para pasar el antebrazo por la frente para arrastrar el sudor madrugador antes de que empapase las cejas, levantarse no, aún no. Menos hombre que los demás era el primero que diera muestras de flojera, aunque hubiera que andar espiando por el rabillo del ojo a los de al lado para ir tras el primer débil, porque el segundo tenía la indulgencia de no ser pionero.

Pero a Pascual aquel día no le importaron las debilidades humanas ni los rabillos de ojos. Frenó su ritmo, se paró en seco, se levantó y miró hacia el cortijo. Los que se incorporaron inmediatamente después lo observaron con curiosidad: Pascual no era de los que tan temprano le daban gusto a un cuerpo nada holgazán. Los otros no vieron que se llevara las manos a la espalda, para enderezar la columna, ni vieron que se secara la frente. Sólo vieron un ceño fruncido y un suspiro muy hondo.

Después, mientras los demás apuraban el último instante de la pausa, Pascual se echó sobre el tajo y atacó con fuerza los tallos que empezaban a crujir a aquellas horas, castigados ya por un sol inclemente. Arrastró tras de sí al resto de la cuadrilla, porque el trato común era que el frente había de avanzar rectilíneo, que todos cobraban lo mismo al final de la quincena. Nada de mellas ni de dientes de sierra, pues todos se tenían por segadores de primera. Pocas cuadrillas llevaban entre sus miembros a algún lento que necesitara de la ayuda de los demás para aguantar el ritmo, eso sería un lastre, una piedra colgando del cuello de los demás.

El leve descanso pareció dar alas a Pascual, quien puso tierra por medio con los demás, impulsado a segar de aquel modo por algo que se parecía mucho a la rabia. Miguelón el jefe de la cuadrilla, se percató del acelerón tempranero, y desde muy atrás gritó:

– ¡Pascual, que no son ni las ocho, párate un poco...!

Pero Pascual parecía no oír nada, sólo sabía segar como sólo él segaba. Arriba y abajo, abajo y arriba, y más tierra de por medio. Los demás no lo entendían, y más cuando la autoridad de la cuadrilla, que para eso llevaba más siegas que ninguno y tenía más canas que nadie, le había echado el alto. Otro de ellos terció en el asunto:

– Pero Pascual, que vas a llegar a Donjimeno para comer, ¿Quieres reventarnos, jodío?

Y otro más:

- No, si éste nos tumba antes del almuerzo... ¡Pascuaaaaaal!

Todavía siguió un trecho más, hasta que, desacelerando, se incorporó nuevamente y miró hacia atrás, desde el interior del mordisco que le había dado al frente del cereal. Los demás lo observaban con los brazos caídos, curiosos, y Pascual se disculpó:

- Bueno va... Me ha dado como una ventolera... No sé...

Miguelón dió la señal con la hoz sobre su cabeza, y los cuerpos volvieron a los tallos, arriba y abajo, abajo y arriba. Pascual se abrió a los lados, abarcando terreno que no era suyo, hasta que el frente se igualó.

Así avanzaron hasta media mañana, cuando Miguelón dió un silbido y los segadores tiraron las hoces sobre el último manojo de trigo. Volvieron sobre sus pasos y, a la sombra de la encina en la que comenzaron el día, se sentaron a meter algo dentro de sus cuerpos. Pascual atacó el pan duro y el tocino rancio como si fueran otro trecho de espigas. Se limpió las migas con el dorso de la mano y se echó el barril al pecho. La nuez de su garganta se movía, arriba y abajo, abajo y arriba, y se oía el glu-glu del agua entrando en su cuerpo sudoroso.

Estando los cigarros a medio consumir llegó el mayoral del cortijo en su mula de diario. Venía embutido en un rostro lleno y recién afeitado, protegiéndose del sol inmisericorde con un amplio sombrero de fieltro marrón. No hubo muchos cumplimientos a su llegada, no.

- A los buenos días, segadores -dijo, sin bajarse de la mula.

- Buenos días -contestaron algunos, de mala gana.

Se desentendió de los demás y se dirigió al jefe de la cuadrilla.

- Hoy hay destajo, Miguelón, estoy de buenas.

- Vamos a verlo... -dijo Miguelón, desconfiado por tantos destajos engañosos como había sufrido en las infinitas siegas que llevaba a sus espaldas.

El mayoral dirigió su vara al horizonte, y señaló:

- ¿Ves la calva aquella?

Y Miguelón, con poco entusiasmo, asintió.

- Pues en cuanto lleguéis a ella, con el ancho de frente que lleváis, se acabó el día.

Los segadores, que se habían incorporado para ver la extensión del destajo, se miraron en silencio.

— Pues parece que no está usted de muy buenas que digamos... -el jefe de la cuadrilla, buen calculador, mostró así sus peros a un ofrecimiento cicatero.

— Como tú quieras, Miguelón, ya sabes: si queréis lo tomáis y si no lo dejáis, y hasta que se vean las estrellas...

Los segadores se volvieron a mirar, indecisos. Pascual se limpió algún resto de agua de sus labios y tomó la palabra, dirigiéndose a su jefe.

— Hasta la calva, Miguelón. Hoy tengo ganas de segar.

Miguelón sancionó con un gesto de cabeza la opinión de su aventajado mientras el mayoral miraba de soslayo el porte de aquel segador, atisbando en él cierta soberbia impropia de gañanes. Nada más se dijo allí: el destajo estaba tratado. El mayoral arreó a la mula y desandó el camino del cortijo, ante la mirada atenta de la cuadrilla.

Todos volvieron al tajo, acompañados de los barriles. Y todos comenzaron a doblar sus espinazos, arriba y abajo, abajo y arriba.

Los tallos quemaban en las manos y las suelas de las abarcas comenzaban a calentarse. Los sombreros se forraron de pañuelos de lienzo y las camisas se sacaron por fuera del pantalón, para ventilar el cuerpo. Y otra vez a la faena, con la mirada puesta en una calva de meses que en medio de las vaguadas se perdía de vista.

Pascual se motivó: llevaba ración y media de terreno y aún así tiraba de los demás. En cierto modo se hizo responsable de que la cuadrilla hubiera aceptado el destajo, y esa responsabilidad la demostraba con su vivo ritmo, yendo y viniendo con coraje hacia las cañas del trigo.

La mañana fue avanzando y el sol subiendo hasta su cémita, mientras bajo sus dominios una cuadrilla de segadores perseguía una calva en un teso lejano. El aire se fue haciendo denso, mezclado del polvillo de las meses con el de los terrenos resecos que crujían bajo las abarcas de ellos. Al igual que de mañana, Pascual se paró en seco, y sin hacer ademán de cansancio, miró hacia atrás, en dirección al cortijo. Ahora no se equivocó, sería su olfato o algún sentido innombrado lo que le avisó: una figura venía montada en una mula, a buen paso, en dirección a la cuadrilla. Él sabía que era una mujer, su olor la precedía, el mismo olor de la noche anterior, cuando lo mezcló con el bálago bajo

una carpa de estrellas y un chirriar de grillos a lo lejos; una mujer que resultó reparona cuando, a punto de tomarla, le espetó que le pinchaba la barba de varios días que llevaba, y él dijo que como no, si estaba de siega. Pero, para ganársela, le prometió que a la noche siguiente llevaría a la era su faz rasurada. Por eso, sin que los otros lo supieran cuando él los animó, el destajo le venía a pelo, pues si a media tarde se volvían al cortijo tiempo sobrado tendría de afeitarse y hasta de lavarse en los pilones del patio.

Mientras esto rebullía llegó el jinete. Era una mujer. Sí, era una mujer, aunque tal vez fuera una perdición llegándose sola, aun siendo de día, a tratar con veinte hombres que solían pasarse quincenas y quincenas de siega sin ver hembra en muchas leguas a la redonda.

La cuadrilla se paró. Pascual avanzó hacia ella, que había echado pie a tierra al llegar a la hilera de zagalones que ataban gavillas. Avanzó pero se frenó. Ella, si lo vio, pareció no verlo, enfrascada en risas y chanzas con los muchachos. Los demás segadores miraron las anchas espaldas de Pascual y al momento éste giró la cabeza hacia ellos, con cierto rubor. Ella seguía sin querer verlo, sumida en la gresca que a su alrededor montaron los zagalones. De la cuadrilla de segadores alguien la invitó a tratar con otras edades.

— ¡Moza, vente por aquí, que esos están a medio hacer!

Pascual lo fusiló con la mirada y todos entendieron lo que había. La mujer seguía riendo y mirando hacia la cuadrilla de vez en cuando. Y en tierra de nadie, sobre un pasmarote con los brazos caídos y una hoz en la mano derecha, la frustración puso casa. Ella subió a su mula, y mirando nuevamente a la cuadrilla y a su adelantado, desandó camino. Se miraron unos a otros, y Pascual se miró a sí mismo. Hubo un corto silencio y Miguelón sentenció.

— ¡Venga, todos a la faena, que estamos de destajo!

La cuadrilla comenzó el subir y bajar de espaldas, mientras Pascual volvía por entre los rastrojos a su sitio, como sin ganas, lentamente. Algun rabillo de ojo lo escrutó, pero parecía no importarle. Ocupó su lugar, aunque en un giro de cabeza aún tuvo tiempo de ver cómo una mula y su jinete entraban por el portalón del cortijo. Despues volvió a comerse los tallos de trigo.

En medio del calor y del polvo y con descansillos cada vez más frecuentes, se llegó la hora del almuerzo. Los zagalones acarrearon las alforjas de la comida hasta una encina de ancha copa, que daba sombra para todos. Mientras unos y otros se arrellanaban en los rastrojos, Miguelón y Pascual se adentra-

ron por entre las espinas, camino de la calva. Al rato volvieron a la encina y Miguelón informó a los demás.

— Quedan como tres horas de siega si vamos a buen paso y no echamos mucha siesta.

El cálculo no sentó muy bien a aquellos segadores cobrizos.

— Hoy no vamos a hacer buen negocio que digamos, Miguelón: toda la mañana a reventar, poca siesta y otra carrera por la tarde para llegar dos horas antes al cortijo...

Julio, el negro, expresó su descuerdo con aquel destajo de locos.

Los demás, con la boca llena y las manos ocupadas, asintieron.

— Sí, poca ganancia vamos a sacar Miguelón, a ver si la próxima vez calculas mejor y no te falla el consejero.

Pascual miró con ira al charro, el mismo que tentó a la moza en la visita que les hizo, y no se achantó.

— Vosotros veréis... Muchas tardes me he reventado yo más que ninguno para rematar destajos que no he querido, y no le he echado en cara nada a nadie...

Las mandíbulas trabajaban y nadie contestó. Miguelón y Pascual tomaron sus alforjas y rebuscaron en el interior. Comieron en silencio y terminaron pronto. Mientras los demás buscaban acomodo para tenderse sobre los terrenos, Pascual colgó la alforja de una rama baja de la encina, cogió su hoz, se caló los dediles de cuero en su mano izquierda y se puso a segar. Miguelón, recostado en su brazo derecho, lo miraba con tristeza. Sabía que detrás de aquel ansia de siega sólo podía estar una mujer.

La cuadrilla descansó menos de lo acostumbrado. Colgaron las alforjas de las ramas bajas de la encina, se apertrecharon con los aperos de la siega y se dirigieron hacia el tajo. Dentro de una gran mella se veía una espalda solitaria subiendo y bajando.

Pascual miró hacia ellos, pero pareció ignorarlos. Únicamente descansó cuando alcanzó la calva con el ancho frente que llevaba. El caserío de Donjimeno quedaba a la vista desde allí, a tiro de piedra. Pudo haberse largado al cortijo sin tener que dar explicaciones a nadie, pues su parte estaba segada con creces, pero para no dar pie a malpensados cogió otro tanto como lo que llevó, después de echarse el barril al pecho.

Quien más y quien menos sintió cierta obligación de apretar tras aquel gesto del adelantado, y la calva fue alcanzada por todos mucho antes de lo que pensaron.

No hubo celebraciones. Al grito de *ise acabó el destajo!*, Miguelón clausuró la jornada, mientras los zagalones ataban las últimas gavillas.

Con los brazos caídos, los segadores se volvieron a la encina grande, y cada cual tomó sus pertenencias. Después, una comitiva cansina enfiló hacia el cortijo que a lo lejos, en una loma, se divisaba como una pincelada blanca en medio del campo amarillento.

Uno a uno entraron por el portalón verde y se esparcieron por el amplio patio del cortijo. Pascual se fue derecho al tinado, colgó la hoz y los dediles en una estaca de la pared, y tiró la alforja encima de su jergón. Rebuscó en una bolsa de lienzo que yacía en la cabecera y sacó los útiles del afeitado. Después, con una jofaina bajo el brazo se encaminó a los pilones donde se abrevaban las bestias.

Mientras se afeitaba aquellas duras cerdas de su cara castigada por el sol la vió a través del espejo. Por momentos compartieron superficie en el viej cristal su cara curtida y las risotadas y contoneos de ella, sobre un fondo d azogue que se iba agrietando de siega en siega, ajeno a desaires y querencias Se volvió y la miró unos instantes, allí, en medio de un corro de hombres, exhibiéndose creando falsas expectativas, insinuándose, provocando deseos sin futuro, y entonces tuvo la suficiente lucidez para sentirse un trofeo más de aquella hembra resultona, cuando en la tarde anterior le dedicó a él las mejores risas en el mismo sitio, y entrada la noche, los besos más apasionados sobre la parva de la era.

En medio de tales cavilaciones lo sorprendió el trueno de voz del mayoral, llamándola. Ella salió apresurada de entre el tupido corro que en torno suyo se había formado. Entró a grandes zancadas en el caserón del cortijo, tras su padre, y los demás se esparramaron por el patio, perezosamente.

Pascual se secó el rostro con un lienzo y se dirigió al tinado de su cuadrilla. El charro lo adelantó, riéndose a su lado con malicia. Se sentó en su jergón, y lió despacio un cigarro. Cuando lo encendía se le acercó Miguelón. Le ofreció la petaca, y éste la agradeció. Fumaron en silencio, mirando las idas y venidas de las demás cuadrillas por el patio. Algunas habían llegado a la vez que ellos y otras iban llegando poco a poco. También entraban las yuntas de la

trilla, y las carretas cargadas de sacas de grano. Miguelón le ofreció su bota de vino.

— Con todo este gentío no vamos a hacer ni una quincena —Miguelón cortó el silencio.

— Poco más de una semana, calculo yo. He visto entrar esta tarde otra cuadrilla nueva.

— Sí, cada día somos más. Este mayoral, con tal de no dejar que una tormenta le acame y le pudra la senara, es capaz de traerse aquí a todo el que vague por esos caminos de Dios... No creo que quede nadie capaz de sostener la hoz en Muñogrande, ni en Crespos o en Fontiveros...

Las palabras de Miguelón quedaron en el aire y no tuvieron respuesta. Pascual daba largas chupadas a su cigarro, melancólico, y de vez en cuando empinaba la bota.

— Es viudo, ¿sabes? Será por eso también que tiene tan mala leche. El amo de la finca vive en Arévalo de continuo y le ha dado todos los poderes sobre estas tierras. Parece que sólo viene por San Miguel a echar cuentas del año y a cobrar las maquilas.

Pascual no contestaba.

— Tiene dos hijas. A la menor se la ve poco, esta casi siempre ayudando en las cocinas. Y a la mayor parece que se la ve demasiado. El año pasado era igual o peor, provocando y provocando... Una noche parece que quedó con dos hombres a la vez. Liegaron ellos antes a la cita y cuando quiso llegar ella uno se estaba desangrando, después de haberse acuchillado como locos. Eran de la misma cuadrilla.

Miguelón miraba de reojo a Pascual.

— Esa mujer no te interesa, Pascual. Tú eres buena persona y buen segador, quizás el mejor que haya por estos alrededores. El mayoral te señalará si te ve liado con ella y no podrás volver a esta finca, ni a otras que él también contrata. No te interesa esa mujer tan liviana, Pascual. Tú eres el alma de esta cuadrilla, eres la mitad de ella. Nosotros tampoco volveríamos.

Miguelón dejó caer aquello con amargura y desesperanza, mientras el otro parecía seguir ajeno a las preocupaciones de su jefe de cuadrilla.

— Como tú lo veas, Pascual... —Y se alejó por el patio.

Pascual se tumbó en el jergón y estuvo adormilado hasta que, ya venida la penumbra, el gallego lo avisó a la hora de repartir el gazpacho que cada noche mojaba con el pan que sobraba de la jornada. Cada uno fue acudiendo con su propia escudilla, repartiéndose entre todos el líquido rojizo y espeso.

Acompañó el gazpacho con trozos de tocino, cortados a lascas con su navaja de cachas nacaradas. Masticaba despacio, mirando por encima de los caserones y de los corrales las primeras estrellas que aparecían en un cielo con restos de un fulgor anaranjado.

Después, unos comenzaron a jugar a las cartas y otros se pasearon por el patio, intercambiando conversaciones con otras cuadrillas. Miguelón se echó en su jergón, siempre era de los primeros que se vencían. Pascual, escrutador, se incorporó y se mezcló con los demás en el amplio patio. Miguelón levantó la cabeza y lo vió salir por el portalón. "Mal asunto", pensó, y se volvió a echar.

Pascual rodeó el cortijo con paso lento y después se encaminó a las eras. En alguna de ellas todavía quedaban peones recogiendo grano. Pasó de largo y se adentró en los rastrojos, por entre los encinares, con las manos en los bolsillos de su pantalón, mirando al cielo sembrado de estrellas. Allí, lejos de cualquier otra luz que pudiera rivalizar con ellas, se veían más nítidas suspensas en lo alto, titileando. Las observó largamente, sentado en un peñasco, y lió otro cigarrillo.

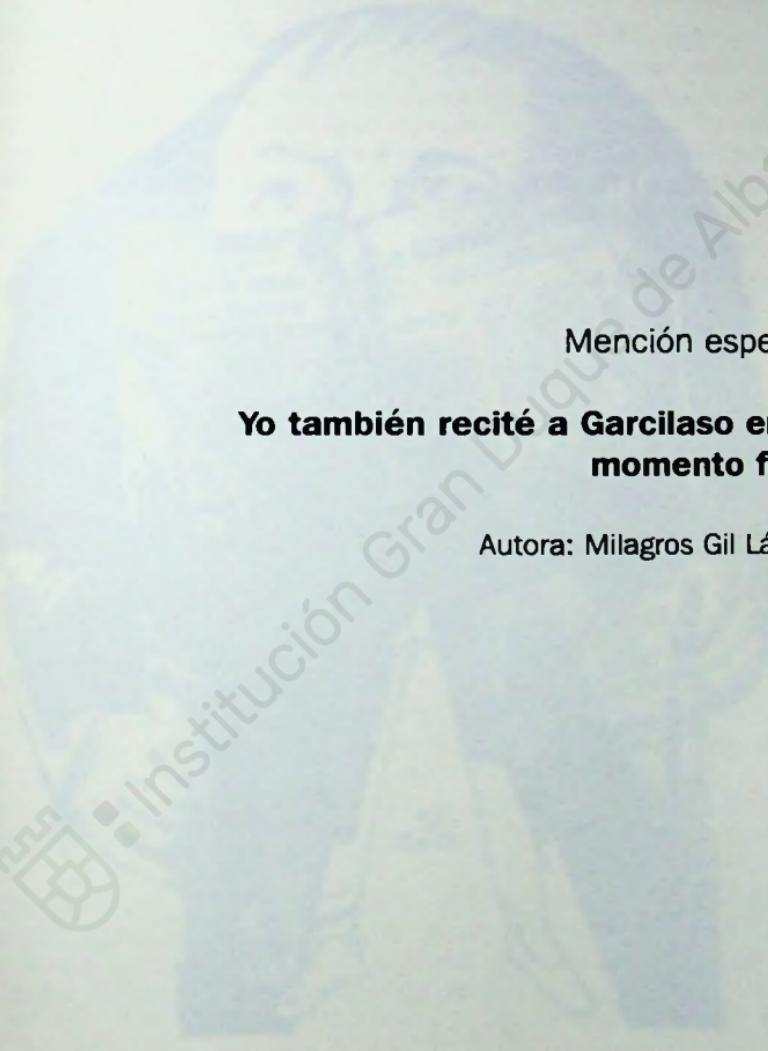
Esas mismas estrellas las había visto otras veces, en otros parajes. Ellas eran las mismas, pero él había ido cambiando poco a poco, curtiéndose, haciéndose hombre, malviviendo de quincenas agotadoras, andando errante, buscando siembras y siegas por aquellos páramos sin tener hogar propio, sin mujer y sin hijos... Sumergido en sus pensamientos se le pasó el tiempo. Se incorporó y se dirigió de vuelta al cortijo. En la era ya no quedaban braceros. Cuando pasó cerca de ellas barruntó algún ruido, como un cuchicheo, y después oyó risitas. Miró hacia el murmullo y atisbó en la oscuridad dos cuerpos rodando entre la parva. Las risas del hombre le parecieron las del charro. Dentro de su pantalón tentó las cachas de su navaja, calientes como su cuerpo, y las apretó contra la pierna. Apretó también las mandíbulas y se volvió hacia los bultos. Las estrellas observaron su indecisión. Él percibió cómo una de ellas, impaciente, rasgaba el cielo de arriba a abajo, quedando a su paso una fugaz estela blanquecina. Entonces reanudó su camino, alejándose del lugar.

Al llegar al portalón miró al interior. El patio estaba silencioso, las estrellas se reflejaban en el agua de los pilones y a lo lejos sonaban los grillos y las chi-

charras, alborotados por el calor de la noche. Ensimismado, permaneció allí, inmóvil e indeciso, durante largo rato.

De madrugada, la finca comenzó a arder por sus cuatro costados con llamas vivas y humo negro, propio del arder de las pujas. Los gallos cantaron a deshoras en el cortijo, sorprendidos por aquella aurora rojiza. Los inquilinos se despertaron sobresaltados, y a medio vestir se asomaron fuera, aunque pronto se percataron de su impotencia por salvar el grano y el sustento de todos ante la voracidad de aquel fuego que se esparramaba violentamente en todas direcciones, que crecía con un rumor de mar embravecido

Mientras, a lo lejos, por caminos polvorientos y con andar cansino, alguien no esperó a la llegada del alba para buscar otros destajos.



Mención especial

**Yo también recité a Garcilaso en el
momento final**

Autora: Milagros Gil Lázaro





Institución Gran Duque de Alba

Donde habite el olvido,
En los vastos jardines sin aurora:
donde yo sólo sea
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
sobre la cual el viento escapa a sus insomnios

Donde mi nombre deje
Al cuerpo que designa en brazos de los siglos,
Donde el cuerpo no exista...

(Luis Cernuda)

Yo también recité a Garcilaso en el momento final y le dije al enfermero que recogió mis restos del suelo: "*En tanto que de rosa y azucena se muestra la color en vuestro gesto, y que vuestro mirar ardiente, honesto, enciende al corazón y lo refrena*".

El enfermero ataba unas correas a la camilla que su campanero empujaba casi de forma simultánea dentro de una ambulancia. Las sirenas empezaron a sonar.

Y en tanto que el cabello, que en la vena del oro se escogió, con vuelo presto, por el hermoso cuello blanco, enhiesto, y el viento mueve, esparce y desordena.

Estaba convencido de que el recuerdo de esos versos iba a ser mi salvación. Entretanto, los dos enfermeros me contemplaban en silencio. Antes de subir a la ambulancia me habían hecho el boca a boca, un masaje cardíaco y una cura de urgencia. Al parecer nos dirigíamos al hospital.

El dolor era agudo, grave y esdrújulo, sordo, estridente e indefinible y espantoso.

Coged de vuestra alegre primavera el dulce fruto, antes de que el tiempo airado cubra de nieve la hermosa cumbre.

Mis palabras materializando el soneto XXIII de Garcilaso ahora sonaban lejanas y lentas, como sucede cuando se terminan las pilas de un magnetófono. Me consolé pensando que tal vez estaba perdiendo el conocimiento de forma temporal. Escuché entonces, aunque también de manera distorsionada, las palabras de los enfermeros.

– Dile al conductor que mejor nos quedamos en los velatorios directamente, porque éste yo creo que ya no vuelve en sí

¿Qué tonterías ha dicho antes, cuando le metíamos en la camilla?

– No sé, pero creo que se estaba metiendo con nosotros porque ha dicho algo del color de nuestros gestos.

– Porque está en las últimas, que si no, se iba a enterar este pringao.

“Ahora veréis”, pensé yo con la intención de ejercer mi legítima defensa ante el descaro y la brutalidad verbal de los dos enfermos.

Y fue ahí cuando dudé por primera vez. Pude escuchar que acabábamos de ruzar como una centella por el puente de la estación en el Paseo de Don Carmelo. El Hospital distaba unos ochocientos metros de allí.

– No puedo estar muerto. No, no lo estoy, no puede ser.

Y como un silbido lejano escuché el último terceto que tal vez dije o pensé: “*Marchitará la rosa el viento helado, todo lo mudará la edad ligera, por no hacer mudanza en su costumbre*”.

Creo que fueron mis últimas palabras porque mi memoria no recuerda otro momento posterior de mi corta vida.

Tengo 30 años, soy licenciado en Filología Hispánica y funcionario del Cuerpo de Correos. Mi sueño siempre fue dar clase en la Universidad y tener prestigio como experto en la obra de tal o cual escritor o poeta. Por ejemplo, Garcilaso de la Vega, mi favorito. En mis ratos de ocio en la oficina, después de leer un par de periódicos, miraba al vacío y conectaba el botón de la otra realidad, y allí vivía hasta que aparecía alguien con un paquete o con cartas para facturar que me obligaba a regresar de los paraísos imaginarios.

De ocho a tres en la oficina de Correos. Las tardes transcurrían estudiando la oposición para enseñanza secundaria. Era el cuarto año que probaba suerte, y ya estaba absolutamente harto, cansado, aburrido, hastiado y desilusionado por completo. Me desconcentraba, viajaba a mis mundos inexistentes con la intención de volver pronto, pero los minutos se escurrían entre mis dedos como el agua y el aire y sin darme cuenta había llegado la hora de cenar.

En mi otra realidad yo impartía clases de Literatura en la Universidad. A veces me encontraba a mí mismo investigando en archivos, bibliotecas y hemerotecas para escribir mis libros reveladores de aquellas cosas que nadie sabía ni había investigado nunca. En otras ocasiones escribía ensayos y críticas en varias revistas literarias, o bien acababa de publicar una tesis doctoral sobre la influencia de Garcilaso de la Vega en los poetas de la Generación del 27, o sobre los géneros literarios menores en el siglo XVI, o sobre el prólogo y el epílogo del Siglo de Oro literario. Otros sueños me presentaban como el flamante catedrático que daba conferencias en las facultades, ante la mirada de admiración de otros profesores y alumnos. En fin, cada día vivía una mentira distinta desde la silla de Correos o desde la habitación de mi casa.

Así habían pasado varios años. Yo vivía en Ávila pero en las horas de evasión mi lugar de residencia eran otras capitales de España, sobre todo el norte, que me atraía más que el sur. Mi casa, un primer piso interior en la calle Reina Isabel, a menudo se transformaba en un ático luminoso con vistas a la Catedral de Santiago de Compostela, o al Mar Cantábrico o incluso a los álamos del camino en la ribera del Duero, entre San Polo y San Saturio, tras las murallas viejas de Soria, que retrataba Machado en *Campos de Castilla*, si bien yo nunca fui a Soria y nunca supe si aquel lugar podría verse desde la ventana de mi ático imaginario.

Había períodos en que me volvía una persona realista, incapaz de fantasear ni un sólo minuto. No por ello me cundían más las horas ya que entonces me deprimía por el paso inútil y vacío del tiempo, me reprochaba a mí mismo convertir mi vida en refugio de la *nadez*, palabra que un día inventé para describir mi estado de ánimo, que definí de color negro, rebajado a gris en los cortos momentos de euforia. Tenía la sensación de flotar en un pozo vacío, en medio de la nada absoluta, es decir, de la *nadez*.

La *nadez* me llenaba de rabia y el espíritu de Ávila, silencioso y cargado de religiosidad, que tantos escritores han narrado en novelas y ensayos, se volvía

en mi contra y yo quería gritar que odiaba Ávila con todas mis fuerzas. Cuando notaba que la rabia se iba alejando, me identificaba con las palabras de Aranguren al definir Ávila como una ciudad lejana entre pétreas y místicas que había elegido para recordar, visitar, soñar y un día ser enterrado, no para vivir en ella. Lo de ser enterrado en uno u otro lugar la verdad es que me resultaba indiferente. Una vez en la muerte, todo en la vida se convierte en algo ajeno.

La depresión permanecía conmigo unos días, en los que engordaba dos o tres kilos, porque solía combatir la angustia y el ansia a base de grandes dosis de chocolate con almendras. De hecho, a mis treinta años aún sufría acné juvenil periódicamente.

Tras la tormenta, lucía el sol de nuevo y entonces mi ciudad era toda armonía y belleza y yo era feliz de vivir en ella y me consideraba un hombre privilegiado por pasar cada día en dirección a mi trabajo junto a la Catedral, siempre *formidable en su negrura sangrienta*, tal y como la vio Federico García Lorca en *Impresiones y Paisajes* cuando visitó Ávila, allá por los primeros años veinte.

Pero pronto volvían los sueños. Primero me deleitaban. Al fin y al cabo, soñar no es malo. Luego me empezaban a agobiar y finalmente me atormentaban y el desfase entre mi realidad insopportable y la que imaginaba era tan grande que me sumía de nuevo en las tinieblas.

“¡Haz algo, muévete, salta, grita, canta, corre, vuela, como la Chiribiribuela, Mari Cuela, con pandero y castañuela!” Era la voz de mi conciencia que me alertaba como si fuera una sirena en el interior de mi cuerpo.

Mis proyectos de la esfera real siempre empezaban al día siguiente, sin embargo, los de la esfera imaginaria nacían, crecían, se reproducían y nunca llegaban a morir, para mi gloria irreal y reconocido e inmaterial prestigio de profesor de literatura en la Universidad.

Últimamente me encontraba más susceptible que de costumbre porque la cercanía de las oposiciones me hacía perder la confianza en mí mismo. La depresión acechaba en cada esquina y yo pasaba corriendo para que me perdiera de vista, pero la sentía cada vez más cerca al tragarse saliva y notar un nudo en el estómago, o percibir una necesidad enorme de llorar de lástima hacia mi propia persona.

Empecé a buscar soluciones. Por ejemplo, cambiar de actividad cada vez que mi cabeza se perdía en ensueños inútiles. La televisión era entonces un instrumento de gran ayuda para mí, a pesar de que detestaba las dos terceras partes de la programación.

Sin embargo me gustaba una serie que se emitía a altas horas de la noche. Era incapaz de perderme ni un sólo capítulo, a pesar de tener que madrugar. Se titulaba *La ciudad sin ley* y estaba inspirada en las aventuras y desventuras de una familia de la mafia en Norteamérica, y plagada de intrigas, asesinatos encubiertos o manifiestos, accidentes provocados, conjuras, conspiraciones y algún que otro toque de romanticismo. Disparos, peleas, gritos, sangre y violencia a raudales en la pequeña pantalla eran el contrapunto de mi vida sosegada y uniforme.

Me enganché sin remedio a *La ciudad sin ley*, como un ludópata que no puede vivir sin las tragaperras. Las peripecias de la familia Tumer copaban ahora parte de mis pensamientos improductivos. Sin duda, no eran reflexiones menos inútiles, pero lograba salir de mi propio narcisismo para inventar episodios, finales y ramificaciones de la serie televisiva.

Por aquellas semanas empecé a leer a Rafael Alberti, y en la introducción a uno de los libros, el propio poeta contaba que en cierta ocasión había sufrido un accidente de tráfico y, para comprobar que no había muerto, empezó a recitar a Garcilaso de la Vega. Y a mí la anécdota me pareció entrañable al ser Garcilaso una de mis grandes debilidades.

Alberti era por entonces el segundo de mis "enganches" temporales, junto a la ya mencionada serie *La ciudad sin ley*. Todas las noches leía y releía *Sobre los ángeles*, para mi gusto su obra maestra, y podía sentirme reflejado en cada verso: un hombre rodeado de ángeles que simbolizaban el desengaño, la mentira, la desesperanza, las sombras y la oscuridad, el caos y el vacío del alma.

La lectura y la televisión amortiguaban los efectos de una nueva depresión que se avecinaba a pasos de gigante.

Yo también recité a Garcilaso en el momento final, cuando me atropelló un Seat seiscientos en la Calle de San Segundo, nada más atravesar el arco de los Leales o del Peso de la Harina. Fue culpa mía, por cruzar ensimismado, sin mirar a la calzada por donde apareció el seiscientos de color naranja como una exhalación.

Era de noche. No sé qué pasó con el seiscientos. Sólo sé que cuando me vi tendido en el suelo, abierto de brazos y piernas como una cruz de San Andrés, maldije mi suerte porque hasta en las desgracias mi existencia era mediocre. Me preguntaba ahora por qué no me habría atropellado un Mercedes, por ejemplo, en vez de un vulgar cochecillo pequeño y antiguo.

Rápidamente se acercaron varias personas que gritaban: "¡Está muerto, está muerto!". Yo no estaba muerto, porque a mi alrededor vi un círculo de caras que me miraban con horror. Alguien debió llamar a una ambulancia. Alguien dijo que no me movieran por si me quedaba paralítico. Alguien exclamó "Dios mío, si es el de Correos, pobrecillo". Empecé a sentir un dolor muy fuerte en las piernas, en el pecho, en la cabeza, en los brazos, en la espalda, y noté como algo indefinido se me escapaba del cuerpo, como un globo al perder el aire. Me acordé de Rafael Alberti y me alegré -paradojas de la vida- por tener la oportunidad de emular al poeta.

Así fue como desde el atropello hasta la llegada de la ambulancia me dio tiempo a recitar, no recuerdo si en voz alta o para mis adentros, casi toda la obra poética del insigne toledano; las tres églogas, dos elegías, una epístola, cinco canciones y veintitrés de los treinta y ocho sonetos de Garcilaso de la Vega. Me convencí totalmente de que estaba vivo a pesar del dolor y de las voces de la gente que oía cada vez más lejanas.

El tiempo, el implacable, el que pasó, una huella triste nos dejó. La canción de Pablo Milanés acudió a acompañar a Garcilaso en mis últimos momentos, cuando yo todavía no quería creerme lo que me estaba pasando, lo que me iba a pasar o tal vez lo que ya me había pasado. No supe con certeza que había muerto hasta que dejé de sentir el dolor del cuerpo.

"Ahora me enterrarán en un nicho del cementerio y nadie guardará nunca un minuto de silencio delante de mi tumba", me dije sin perder ni un ápice de mi egocentrismo habitual que me hizo recordar un cementerio abandonado en Piedrahita, en el claustro de un monasterio dominico en ruinas. Un lugar lleno de sentimiento y poesía, de romanticismo de los tiempos de Bécquer y Larra en donde yo, una vez, guardé un minuto de silencio delante del nicho de un poeta. Era la tumba de José Somoza, escritor, intelectual y político que vivió a caballo entre los siglos XVIII y XIX. Un nicho blanco, de mármol, perdido a ras del suelo entre matojos que le crecieron alrededor contribuyendo al olvido de la muerte. Sobre el mármol se leía una inscripción en letras capitales negras: "D.E.P: JOSÉ SOMOZA, 1781-1852. AMÓ A SU PUEBLO, PIEDRAHITA. AMÓ LA LIBERTAD. AMÓ LAS LETRAS".

¿Y mi tumba?, ¿qué palabras le arrancarían los canteros a la piedra, o qué letras de plástico pegarían encima para recordar mi paso por la vida? Tal vez

mi nombre y la fecha de mi muerte. Y nada más. Quizás un simple mensaje en el que mi familia afirmara que no me olvida. Y ya está. Yo también amé a mi pueblo, Ávila y también amé la libertad, porque siempre fui prisionero de mí mismo, y lo que más amé en la vida fueron las letras. Claro que yo no fui Somoza, sino la mediocridad hecha hombre y a nadie se le ocurriría enterrarme bajo los versos de Garcilaso que a menudo me dictaba la conciencia mientras existí en vida: "*Coged de vuestra alegre primavera el dulce fruto, antes de que el tiempo airado cubra de nieve la hermosa cumbre*". Formaban parte del soneto XXIII, aquél que recité en el momento final. Eran versos dirigidos a una dama, cuyo significado, amoldado a mis circunstancias personales, utilizaba mi conciencia para intentar, aunque infructuosamente, que yo aprovechara cada instante. Pero esa primavera mía, para nada alegre, nunca dio lugar a otras estaciones. Un seiscientos se llevó por delante la posibilidad de que un día mi cabeza se llenara de canas, al igual que la *hermosa cumbre* de Isabel Freyre, la amada de Garcilaso, tampoco pudo cubrirse de nieve por su muerte prematura.

El tiempo en la muerte ya no existe, por eso no puedo precisar si transcurrieron horas, días, semanas, meses e incluso años desde aquel momento en que sentí el golpe seco y rotundo del seiscientos que me elevó por los aires y me arrojó a varios metros de distancia. La muerte me atrapó sin remedio al traspasar el arco de la Catedral y yo me entregué a ella.

Mis preocupaciones cambiaron a partir de ese instante, cuando me supe muerto y me inquietaba conocer mi próximo destino. ¿Iría al cielo o al infierno o acaso al purgatorio?. Junto a la preocupación nació la curiosidad de conocer cada uno de estos tres ámbitos y quienes serían mis compañeros. ¿Estaría Garcilaso? Acaso podría saludarle y a lo mejor podríamos iniciar juntos una particular Divina Comedia por la otra vida. Este pensamiento me animó bastante y empecé a descifrar las ventajas de la muerte. Imaginé que mis sueños perpetuos de la vida pudieran estar destinados a cumplirse en la eternidad y mi alborozo no tuvo límites. Pero no aparecía nadie, ni ángeles, ni santos, ni demonios ni una mezcla de ambos, ni se veían nubes de algodón y plata, ni llamas al rojo vivo, y no había Laguna Estigia ni estaba Caronte con su barca.

Sólo había la nada y un vacío lleno de silencio. No puedo definir el color de la nada, ni el olor, ni el movimiento ni el paso del tiempo, del que no era cons-

ciente. Por eso pude repasar varias veces toda mi vida anterior y reprocharme más de la mitad de lo que hice.

Y en medio de esta incertidumbre general la eternidad dio las primeras señales de vida, entendido el término vida en otra dimensión diferente en la que ahora tenía la suerte o la desgracia de estar.

Sentí que no estaba solo y poco a poco percibí la presencia de alguien. Imaginé por un momento, en medio de la emoción, que era Garcilaso y que venía a acompañarme en mi recorrido por la nueva dimensión. Ante mi desencanto, apareció un hombre joven, como yo, y muy desaliñado en su aspecto al contrario que yo, que siempre fui una persona muy pulcra. Sus ojos eran saltos y estaban muy abiertos. Me miraba fijamente, en silencio.

– ¿Quién eres tú? -me preguntó.

– Soy un muerto -le contesté.

– Yo también. Me acabo de tirar por el puente de Calicanto y me he hecho papilla, pero ya no me duele -dijo tranquilamente, como si en realidad hubiera hecho algo de lo más normal.

– Claro, ¿cómo va a dolerte si estás muerto?.

– ¿Y yo qué sé? si nunca hasta ahora me había muerto.

– ¿Y por qué te has tirado por el puente de Calicanto?.

Al preguntar, evoqué el paraje de Calicanto, situado a poca distancia del pueblo de Ojos Albos, en dirección a Madrid y atravesado por un débil río Voltoya. De allí guardo recuerdos de la infancia. No volví desde que se iniciaron las obras de construcción del puente para evitar accidentes de tráfico en ese tramo de carretera. De Calicanto rescaté sensaciones como el sabor especial de la comida en el campo, e imágenes como la de los turbantes de moro que confeccionábamos los niños con las toallas de baño.

– Porque al otro lado estaban esperándome unos cuantos picoletes con las motos y una furgoneta. -me respondió.

– Bueno, ¿y qué?, ¿ibas bebido?.

– No, es que diez minutos antes me había cargado a un tío, creo, pero no estoy muy seguro, y supongo que la Guardia Civil iba a detenerme para llevarme al trullo, y claro, me puse nervioso, y cuando uno se pone nervioso, no sabe ni lo que hace, y mira la que he liado, ya para toda la vida...

- Querrás decir para toda la muerte.
- Sí, eso.
- ¿Y entonces eres un asesino?
- No, bueno, en realidad soy un ladrón profesional.
- ¿Sí?
- Y esta noche he dado el golpe de mi vida ¿sabes?

Mi interlocutor suspiró y se lamentó:

- Si no me hubiera muerto... la de cosas que habría hecho yo, Dios mío. Tenía unos planes que no te los puedes ni imaginar.

La historia me resultaba harto familiar. Ahora fueron mis suspiros los que se sumaron al diálogo. Planes, siempre planes y nunca realidades palpables, contantes y sonantes. Me consolé pensando que no era yo el único soñador frustrado que hubo en el mundo cruel que ya no nos pertenecía ni a mi compañero ni a mí. Cambié de tema para no deprimirme con la misma cantinela y descubrí que mi interlocutor y yo compartíamos algunas aficiones comunes, por ejemplo, la pasión por la serie televisiva *La ciudad sin ley*. Él se identificaba siempre con los malos porque decía que son los que dominan el mundo, y él primero le hubiera gustado dominar a su abuela, después su barrio, luego su ciudad, su región, su país y su continente.

"Este es infinitamente peor que yo", pensé sorprendido y me lamenté de no haber tenido la suerte -una vez más paradójica- de encontrar a un compañero de muerte más interesante.

Le pregunté por los libros que solía leer en vida y me respondió que su favorito era la revista *Playboy*. También había ojeado algunos tebeos cuando era pequeño, según me explicó.

"Genial", pensé. Y le miré con un gesto de desdén que no le pasó desapercibido.

- ¿Qué pasa tío?, cada uno se lee lo que más le gusta, chaval, ¡Pues vaya un cantamañanas que estás tú hecho!

Mi compañero, al fin y al cabo, tenía razón, pero no me dio tiempo a disculparme porque enseguida la conversación cambió de rumbo.

- ¡Mira lo que tengo, chaval!

Era un teléfono móvil que había sacado del bolsillo de su cazadora y que pretendía utilizar llamando a su novia para decirle que estaba bien, que no se

encontraba solo, aunque se hubiera muerto, y que ni se le ocurriría buscarse otro novio. No pude persuadirle de su idea ni consolarle cuando se posó a llorar de una forma desgarradora al comprobar que su teléfono era un objeto completamente inútil y silencioso, que nunca más podría hablarle a su novia que estaba en la tierra, porque él ya no se encontraba allí, sino en otro lugar desconocido, y lo peor de todo, nunca podría evitar que su novia le sustituyera por otro hombre.

Mi colega lloró durante largo tiempo, no puedo definir cuánto, y yo, mientras, canturreaba una canción uruguaya de los años setenta: "si cada hora viene con su muerte, si el tiempo es una cueva de ladrones, los aires ya no son los buenos aires, la vida es nada más que un blanco móvil, usted preguntará por qué cantamos". Para ajustar la canción a la realidad sólo tuve que suprimir el adjetivo *blanco* y variar en mi mente el significado de la palabra *móvil*, que de ser causa y fundamento se convirtió en modalidad de teléfono.

Cuando el de los ojos saltones recuperó la serenidad, me interesé por su vida en el mundo de la delincuencia, por el golpe del que anteriormente me había hablado y por el asesinato que cometió. Al mismo tiempo reflexionaba sobre mi eterna mala suerte. ¿Quién me iba a decir a mí que cuando muriera iba a ordenarme –al menos por el momento– a la compañía perpetua de un criminal? Comprobé cuánta razón albergaban las coplas de Manrique al señalar que la muerte iguala a todos los hombres cualquiera que sea su condición.

Entonces, mi compañero narró mil y una peripecias, desde que nació, hasta que decidió que lo suyo eran las malas artes, no por necesidad, sino por el placer de pecar, de sentirse vivo rayando el mundo de lo ilegal, de lo inmoral. Hasta ahora había estado aprendiendo con varios maestros licenciados en la materia, pero ese mismo día tomó la decisión de empezar por su cuenta en el oficio para labrarse un prometedor futuro.

El resto de la historia no tenía desperdicio, como suele decirse. "Está loco, rematadamente loco", era mi única reflexión mientras escuchaba, atónito, el relato.

– Pues verás, chaval, salí de casa de mi abuela, que vivo con ella ¿sabes?, y me fui a pasear al Rastro porque se me había ocurrido una idea colosal.

El Rastro. La nostalgia me invadió repentinamente al acordarme de aquellos paseos solitarios al atardecer, cuando dejaba los ternerías de la oposición para un mejor momento y salía de mi habitación para despejarme. El Valle Ambles

al rojo vivo, el silencio interrumpido por el grito de miles de pájaros negros que cruzaban el aire, y yo, comiendo pipas o helados, encaramándome a las piedras desordenadas que parecían sujetar los torreones de la muralla. El ocaso desde El Rastro era una obra de arte.

Mi compañero contaba como paseó por El Rastro de arriba a abajo, de abajo a arriba, una y otra vez, hasta que anocheció y dirigió sus pasos hasta la Plaza de Santa Teresa, a pocos metros de allí. Entonces caminó sin descanso alrededor, en linea recta, en diagonal, por los soportales y por fuera de los mismos, maquinando su plan y esperando que la plaza se vaciara de gente.

– ¿Y cuál era el plan?

– Tranquilo chaval que te lo contaré todo con pelos y señales. Si no hay prisa ¿no?

– Por desgracia no, tengo entendido que la muerte es para siempre -dijo con una media y amarga sonrisa.

Y relató cómo un día se había fijado en una tienda de deportes que había cerca de allí, y él, que siempre se consideró un ladrón original, proyectó sustraer todas las zapatillas que hubiera en el escaparate.

– Son artículos que valen una pasta ¿sabes?

No sé por qué, pero estaba seguro de haber oído o leído una historia parecida en alguna ocasión anterior. Me extrañé nuevamente por la indefinición de tiempo y espacio en que me había sumido con la muerte.

El hombre que estaba conmigo me informó de la cotización de las zapatillas deportivas en el mercado negro y prosiguió su historia. Continuaba recorriendo todo el Mercado Grande, planificando el golpe a la tienda de deportes. Robaría las zapatillas que al día siguiente, viernes, vendería a buen precio en el mercadillo ambulante. Con el dinero que sacara, se compraría una motocicleta de segunda mano para huir más rápido de los atracos que perpetrara en lo sucesivo en establecimientos de alimentación. Cuando ahorrara, compraría una pistola del calibre 33 para intimidar más en los robos y entonces avanzaría un estadio en su carrera profesional, ya que pasaría a los atracos en bancos y otras entidades de crédito, primero tímidamente y luego ya "a un nivel medio alto" según dijo, para finalizar "forrado de millones".

Mi asombro crecía por momentos cuando refirió que después de hacerse rico gracias a los fondos ajenos de las sucursales bancarias, invertiría "en lo de las

acciones de la Bolsa" para enriquecerse más aún, y cuando llegara un momento en que ya no supiera qué hacer con tanto dinero, se metería "en el tinglao de la política".

– Claro que primero tendría que haberme sacado el Graduado Escolar, pero no creo que me hubiera llevado mucho tiempo ¿no te parece?

– No, no mucho. A mí sólo me llevó diez años, dos de párvulos y ocho de Educación General Básica.

– Anda que no eres bruto, chaval, idiez años!, iqué barbaridad!

– Bueno, pero tú, seguro que con lo listo que pareces lo habrías conseguido en menos de un año.

– Gracias hombre. Lo malo es que ya no tiene remedio.

Yo le seguía la corriente y para entonces ya me había convencido de que mi compañero de viaje era un demente.

– A ver, ¿y qué hiciste luego?

Lo que hizo fue ir hasta la tienda, que estaba cerrada con una reja metálica. Metió el puño en la manga de la cazadora y con él golpeó entre los barrotes el cristal del escaparate, con tan mala fortuna que se cortó en la mano a pesar de todo. Agarró con dificultad una raqueta, y con el mango logró atraer algunas zapatillas que fue introduciendo en el saco de esparto que llevaba en el bolsillo. Al final consiguió un botín inferior al previsto inicialmente, porque se puso nervioso y huyó corriendo, sin molestarse en limpiar las gotas de sangre que habían caído en el mostrador del escaparate.

– Los nervios, siempre los nervios, malditos nervios. Podía haberme llevado el saco lleno de zapatillas.

– ¿Y cuántas cogiste?

– Unas veinte o así.

¡Vaya! El relato me resultaba cada vez más familiar.

Entonces fue a casa de su abuela, que se enfadó mucho con él por llegar tan tarde, y mientras él se curaba la herida de la mano en el cuarto de baño, la abuela inspeccionó el contenido del saco, diciéndole que todas las zapatillas eran del pie derecho y preguntándole para qué las quería si ni siquiera eran de su número. Mi compañero montó en cólera con su abuela, quien aprovechó un descuido del nieto para tirar el saco a un contenedor que había en la calle.

Cuando el infeliz ladronzuelo fue a buscarlo, ya había pasado el camión de la basura.

Me acordé entonces de haber leído, meses atrás, en el periódico, una noticia referente a un robo de zapatillas del mismo pie de un establecimiento situado en las inmediaciones del Mercado Grande. Nada se supo del autor o autores del delito. ¡Dios mío! ¿Ya habían pasado meses desde que aconteciera mi muerte? ¿O acaso yo había muerto antes de que se cometiera aquel robo?. Y en el caso de que fuese así ¿Por qué tenía la certeza de haber leído el suceso en la prensa?. De cualquier modo, me hice un lío enorme e indescifrabla.

– Bueno chaval, ¿qué te ha parecido mi movida?

– Acabas de contarme el cuento de Doña Truhana.

– ¿Cómo que acabo de contarte un cuento? ¿Qué cuento ni qué narices?, Si hubiera sido un cuento yo ahora estaría vivito y coleando y no aquí contándote a ti mi vida, chaval.

– No quería decir eso, no te pongas así. Quise decir que lo que has contado se parece mucho al cuento de Doña Truhana.

– Y esa tía, ¿quién es?

– ¿Nunca oíste hablar del cuento de la lechera?

– ¿De qué lechera?

– Hay un cuento muy antiguo que habla de una lechera llamada Doña Truhana, que fue una vez al mercado a vender un cántaro de barro lleno de leche y se imaginó por el camino lo que haría con el dinero que consiguiera de su venta. Pensó en comprarse huevos que se convertirían en pollitos, que cambiaría por ovejas y las ovejas las cambiaría por otra cosa y así sucesivamente, hasta que llegó un momento en que se imaginó que era la mujer más rica de su pueblo, pero tropezó con una piedra y se le cayó el cántaro y derramó por el suelo la leche. Todos sus sueños se vinieron al traste, como te ha pasado a ti.

"Y a mí", pensé y me dije que toda mi vida había sido romper y derramar cántaros, recoger pedazos de barro, reconstruirlos y volverlos a romper de nuevo. "Desde luego no soy el más adecuado para adoctrinar a este chiflado", concluí.

– Pero yo no he tenido la culpa, que conste. Si hubiera sido por mí...la culpa ha sido de mi abuela.

- En parte sí, pero reconoce que hiciste lo mismo que Doña Truhana.
- ¿Y esa Doña Truhana ha salido alguna vez en la televisión?
- ¡No hombre! ¿No ves que es un cuento? Claro que tú solamente has leído tebeos y el Playboy.
- Ya estamos con el retintín de antes. Mira chaval, que tengo muy malas pulgas, y hoy más que ningún día, ¿te enteras?. Así que no me vaciles, que te la cargas.

A estas alturas de la vida en la otra dimensión de la nada, no le tenía ningún miedo a mi compañero, que pronto se olvidó de sus modales groseros para culminar la narración de la que fue su última aventura.

- Pues nada, resulta que me cogí un cabreo de mil demonios con la bruja de mi abuela, pero como pasa siempre de mí, ¿sabes?, que decía a todas horas que yo era un sinvergüenza como mi padre y un golfo como mi madre, pues me fui de casa y robé el primer coche que encontré fácil de abrir con un alambre muy finito. No me digas cómo le puse en marcha porque no me acuerdo, el caso es que salí a toda pastilla, recorrió todas las calles de Ávila y al llegar al Mercado Grande otra vez, vi a lo lejos el camión de la basura, que iba por la Calle San Segundo, como para la iglesia de San Vicente, ...

Y me contó como aceleró al máximo, cómo puso el vehículo al límite de la velocidad permitida, saltándose los semáforos y sin hacer caso a las señales de dirección prohibida. "Iba como un loco, ciego, disparado, como volando, ¿sabes?"... y entonces atropelló a un hombre que cruzaba a la altura del arco de la Catedral, conocido como el arco de los Leales o del Peso de la Harina.

Yo noté la sangre que empezó a hervir en mis venas instantáneamente, que me cubría el rostro, que se me subía a la cabeza...

- ¿Qué coche era? -le pregunté empezando a temblar de ira.
- Un seiscientos, más viejo que yo qué sé, ¿por qué?

La vista se me nublaba por momentos. Cerré los puños, apreté los dientes y eché espumarajos de saliva por la boca, igual que un perro atacado por la rabia. Era una rabia acumulada desde que el tiempo me colocó en otra dimensión y que ahora me poseía y yo perdí el control de mis ya desordenados pensamientos. Mi compañero se jactaba de haberse dado a la fuga, aunque no llegó a saber si el peatón habría muerto o no.

- ¿De qué color era el seiscientos? -dije casi sin aliento.

– Naranja, más feo que yo qué sé ¿por qué?

Me lancé sobre él, le apreté el cuello con las manos, le grité: "asesino, asesino, fuiste tu, me atropellaste, me mataste!" y le exigía, sin soltarle, que me devolviera mi vida. No recuerdo el tiempo que transcurrió. Yo seguía con las manos en el cuello del hacedor del fin de mis días. Tal vez pasaran años en esa posición. Él me miraba con los ojos saltones muy abiertos, y ya no oponía resistencia.

– Chaval, creo que no me vas a poder matar.

Ya lo sabía. ¿Cómo matar de nuevo a una persona que ha muerto? Entonces lloré, primero con fuerza, después con suavidad. Lloré por haberme condenado a la compañía de aquel sujeto infame que me había llevado hasta la muerte de la mano de un seiscientos naranja robado que perseguía a un camión de la basura cargado con una veintena de zapatillas de deporte del mismo pie. El panorama no podía ser más patético, más demoledor, más mediocre en definitiva. Pensé, en medio de tanta desesperanza, que el infierno no debía ser tan horrible, a no ser que aquella situación fuera el propio infierno. Cuando me tranquilicé, miré a mi compañero, ahora mi enemigo eterno. Sólo pude decirle con todo el odio y rencor que fui capaz de expresar:

– Asesino.

La eternidad se extendía ante mí, infinita como el océano, y busqué un débil refugio en los sonetos de Garcilaso de la Vega, que fue el único que estuvo junto a mí en forma de versos en aquel momento final.

Ahora rememoraba cada cuarteto, cada terceto, e imaginaba que los estaba recitando ante un auditorio de alumnos en el aula magna de la Universidad, mientras les explicaba cada palabra con mis artes retóricas, didácticas y pedagógicas. Yo iba a ser un día profesor de Literatura. Lo soñé mil veces en vida y lo peor de todo es que ahora lo estaba soñando en la muerte.

Ya me había acostumbrado a no saber el tiempo transcurrido entre los distintos momentos de la nada en la que estaba cuando noté una fuerte sacudida.

– ¿Qué pasa, qué ocurre? -le pregunté a mi asesino.

No me contestó. De repente, la oscuridad más absoluta se hizo en aquel espacio indefinido y la angustia se apoderó de mí.

– ¡No veo nada! -grité.

Alguien me zarandeaba y el miedo se adueñó de mi y grité, y pedí auxilio y socorro, y entonces desaparecí en un espacio desconocido y negro y no recuerdo a dónde fui a parar. Sólo recuerdo que desde algún lugar remoto pude oír una voz que me resultó familiar.

Era la voz de mi madre. Primero me quedé aterrado al suponer que ella también habría muerto, pero egoístamente me sentí lleno de paz. Si mi madre había muerto y yo oía su voz tan cercana, lo más seguro es que fuéramos camino del cielo- mi madre siempre fue una santa- y que yo estuviera dejando atrás tan amargas experiencias.

– ¡Mamá! ¿Dónde estás?

– Estoy aquí hijo.

– ¿Dónde?.

– Aquí, ¿dónde voy a estar?

– Mamá, quiero verte.

– Pues despiértate ya de una vez, gandul, que no vas a llegar al examen.

– ¿A qué examen?

– ¿Estás tonto, hijo? Al examen de la oposición. Es dentro de una hora, así que levántate, dúchate y desayuna bien, que hoy lo vas a sacar porque yo le he puesto unas velas a la Virgen de las Vacas.

– Pero si estoy muerto, mamá.

– No me extraña, si te estuviste anoche hasta las tantas viendo La ciudad sin ley. Mira que te lo dije: acuéstate pronto, que mañana tienes el examen, que tienes que dormir muchas horas para no ir cansado y estar tranquilo. Pero como nunca me haces caso... por cierto, ¿qué pasó luego con Robert Turner?, porque yo ya no podía aguantar más y me fui a dormir. ¿Le mató al final el Cadillac naranja que le atropelló?

– Creo que sí, mamá.

– ¿Y quién iba conduciendo? ¿A qué era su sobrino Johny Turner?.

– Creo que sí, mamá.

Me incorporé en la cama. Vi mis libros colocados en la estantería. Vi mi mesa en la que descansaba el temario de la oposición. Vi mi ventana que daba

al patio interior del inmueble de la calle Reina Isabel. Vi mis pies blancos, desnudos y fríos. Me palpé el cuerpo y sentí dolor al pellizarme un brazo. Respiré hondo para notarme lleno de aire. Sonréi mientras me restregaba unos ojos cargados de sueño.

Media hora después salía de mi casa convencido de que dentro de poco iba a cumplir mi sueño de ser profesor. Bajé las escaleras del portal, salí a la calle y caminé hasta la avenida principal.

La grúa interrumpía el tráfico unos metros más abajo porque estaba recogiendo un seat seiscientos de color naranja, que llevaba abandonado varias semanas en la vía pública y que yo había visto cada día al pasar por allí, junto al quiosco de revistas que regentaba un joven desaliñado de ojos saltones.

Me sentí amenazado y la inquietud me invadió. Para ahuyentar todo tipo de pensamientos lúgubres recité mentalmente el soneto XXIII de Garcilaso, mientras seguía caminando sin abandonar la acera. Medio minuto más tarde me tranquilicé con el razonamiento de que, por lo menos, la muerte seguiría siendo una gran desconocida.

ÍNDICE

Primer Premio.- Eugenio González Martín	7
Accésit.- Javier Aroca García	17
De Ávila y sus Historias.- Iván Escobar Cuesta	37
Verde.- Marcos Antonio Hierro Menéndez	53
Ávila en milquinientas pesetas.- Carlos T. Beltrán Castañón	75
Órdago.- Alberto Sánchez Moreno	87
Castillos en el Aire.- Jesús Barroso Fernández	109
El Soufflé.- Teresa Núñez González	125
Tierra de Arévalo.- Andrés Carballo Expósito	137
Yo también recité a Garcilaso en el momento final.- Milagros Gil Lázaro.....	151



Institución Gran Duque de Alba

TÍTULOS PUBLICADOS

1. **Sangre en la tierra/Paramera**, de Juan García Damas.
2. **Nos dejan solos**, de Gonzalo Jiménez Sánchez.
3. **El turno de los malditos**, de Guillermo Blázquez Bestard.
4. **Amada mía**, de Juan Luis Fuentes Labrador.
5. **Mi cuenta atrás**, de Jesús González Minguez.
6. **El tiempo de los ecos**, de Carlos Sánchez Pinto.
7. **¿Y la felicidad?**, de María Francisca Ruano.
8. **Con las primeras luces del alba**, de Juan García Damas.
9. **Onésimo**, de Felipe Doyagüez Chico.



INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

Inst. G.
82